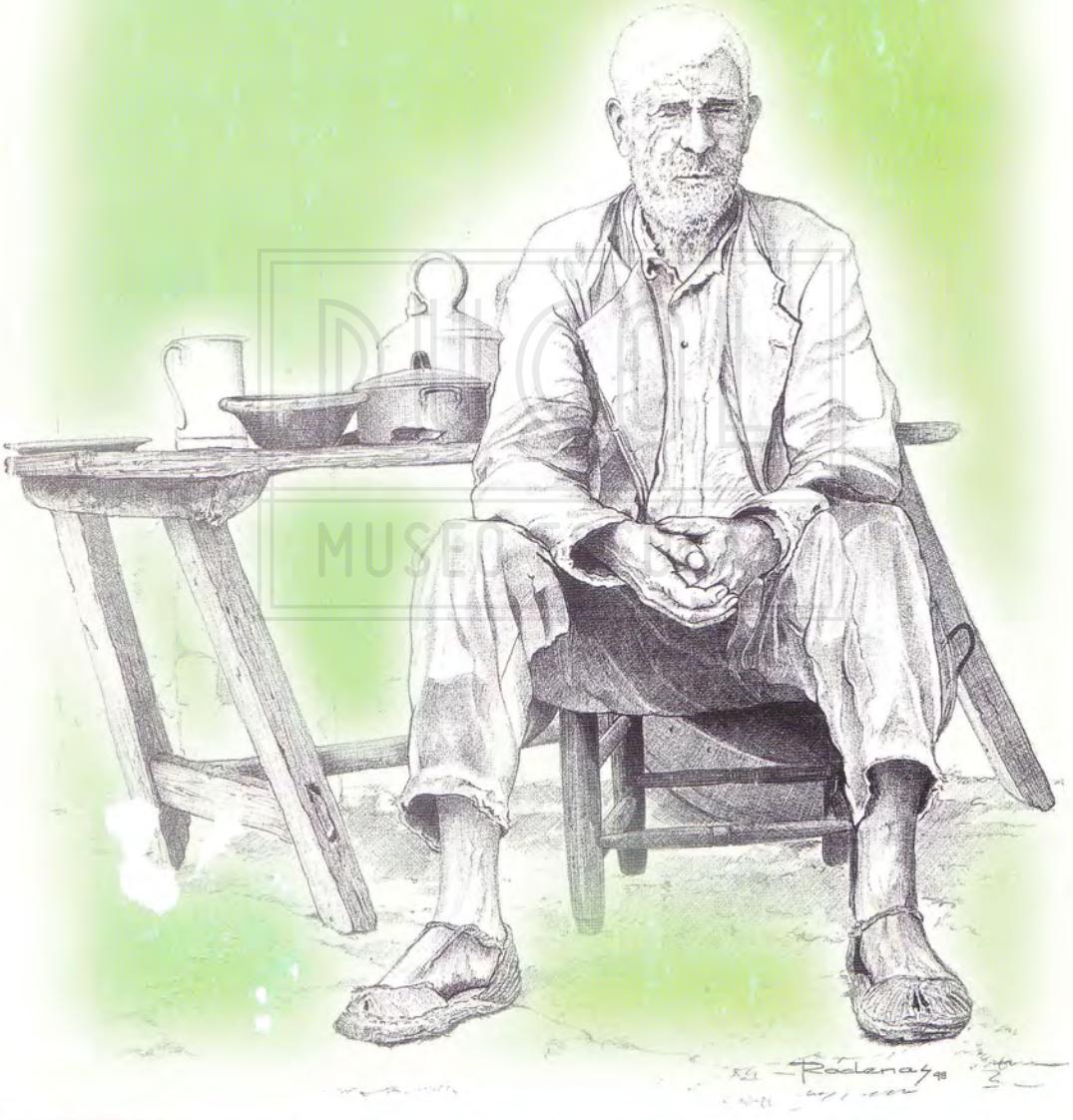
Carlos Tarí



Baltasar Brotóns García

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

sig - TE 347
R 1847.

Sum la biblioteca del
Museo del Prado

17 - 1 - 02

PRADO
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

© Baltasar Brotóns García
D. L.: A-39-1999
Portada e ilustraciones interior: Antonio Ródenas Maciá

Segarra Sánchez, S.L.
O. Winibal, 39 - Elche

Baltasar Brotóns García
De la Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo

PUCOL
MUSEO ESCOLAR

Carlos Tarí

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Prólogo

Antes de proceder a dar alguna información acerca del nuevo libro de Baltasar Brotóns, "Carlos Tarí", que tenéis en las manos, permitidme, como hombre al que le duele en lo más profundo el campo, rendir un merecido homenaje por toda su extensa y variada obra, pero, de modo especial, por su constante, y sentida preocupación hacia la problemática del campo de Elche, que a mi modesto entender, es la constante que subyace en toda su producción literaria. Por todo esto, nuestra admiración y gratitud.

El noble menester de rescatar nuestras tradiciones y costumbres, es lo que Baltasar se ha propuesto, consiguiéndolo sin duda, al plasmar la vida rural del campo de Elche, y de una determinada época, en las vivencias de esa familia de ficción, según el autor, representada por Carlos Tarí y familia de la partida rural de Daimés.

Aquello, de que la ficción supera a la realidad, o la realidad a la ficción, nos parece que queda patente, en todo el relato del libro que hoy ve la luz.

Los que por nuestra edad, hemos vivido esos años en los que se desarrolla la novela, hemos conocido algunos Carlos Tarí. ¿Estamos realmente ante una novela o ante la crónica realista de una época crucial en la historia del campo de Elche? Es esta ambigüedad, en donde reside y se evidencia el gran acierto del relato.

Baltasar consigue hacernos vivir en el campo de Elche, en un período de vertiginosos cambios sociales y espectaculares avances técnicos en todo el mundo, todo esto, de la mano de unos personajes que resultan muy reales y creíbles en todo momento.

Sin apenas darnos cuenta, a lo largo de los doce capítulos del libro "Carlos Tarí", nos introducen en hechos históricos nacionales e internacionales coetáneos. De este modo, vivimos el final de la destructora experiencia de nuestra Guerra Civil, en la piel de un pequeño propietario agrícola. La reanudación de su vida campesina, con las enormes dificultades que entrañaba, y así mismo las renovadas esperanzas de su futuro personal y familiar.

Se nos narra, a modo de crónica, la difícil situación política de la postguerra, recordando los hombres influyentes de nuestro cam-

po, las costumbres rurales, etc. Todo esto, nos lleva a conocer la gran revolución que experimentaron las mujeres y los hombres del mundo rural, que no pudieron sustraerse a los cambios sociales que tuvieron lugar más allá de nuestras fronteras. Como se pasa del arado romano al tractor...

Baltasar es un especialista en enaltecer, todo lo que de positivo hay en nuestro mundo rural, con un marcado afán pedagógico y reivindicativo, clara consecuencia de su fértil faceta en el mundo sindical agrario: Cámaras Agrarias, Cooperativas Agrícolas, Comunidad de Regantes..., que le convierten en un cronista de excepción.

No falta en el nuevo libro de Baltasar, el inevitable referente al árbol señero y emblemático de nuestro entorno, la palmera, y las grandes dificultades con que el agricultor tropieza, para su cultivo y conservación.

El desarrollo urbano de Elche, y su influencia en el campo, son también objeto de su análisis. Nos habla de la llegada del "Seiscientos" y su efecto social, de la parcela y el chalet, con todo lo que de beneficioso o nocivo representan.

En el Capítulo XII, último del libro, nos presenta a Carlos Tarí, como al "home bo", referencia y ejemplo de los labradores de nuestro campo.

El hombre, padre abnegado, trabajador incansable, buen amigo y consejero, que nunca desaparecerá de nuestros campos.

El que las tierras de Carlos Tarí, sean las primeras que se riegan con el agua del Trasvase, forma también parte del realismo simbólico, clave del texto.

Nacen los nietos, Tarí - Sempere, que simbolizan la continuidad y la gran esperanza de nuestro futuro agrícola, recogiendo el testigo para las nuevas generaciones de "llauraors del camp d'Elx".

Acabo, recordando que si "obras son amores", no cabe duda que Baltasar nos ha dado una medida de amor muy colmada, con su extensa y sustanciosa producción literaria, la cual confiamos poder seguir recibiendo, dada la juventud espiritual y el gran entusiasmo de nuestro autor Baltasar Brotóns García.

Vicente Martínez Irles
Profesor Mercantil

Capítulo 1

Una vez finalizada la Guerra Civil Española, y después de cinco meses de ausencia, al ser movilizado por el Gobierno de la República, cuando Carlos Tarí regresó a su casa, en la Partida de Daimés, del término municipal de Elche, tenía treinta y cinco años recién cumplidos. Desde que naciera en 1.904 hasta que lo movilizaron en el mes de Noviembre de 1.938, apenas había salido del Campo de Elche, salvo algunos esporádicos viajes a Alicante, para realizar algunas gestiones en los Departamentos Oficiales de la capital de la provincia. Incluso, cuando se casó con María Sempere, en el mes de Abril de 1.930, que vivía también en la misma pedanía, tampoco salieron fuera de Elche, en viaje de novios, ya que en aquellos tiempos, los campesinos ilicitanos cuando se casaban, en su inmensa mayoría no acostumbraban a salir de casa, ya que ese acontecimiento era solo un breve paréntesis en sus ocupaciones habituales en el cultivo de la tierra.

En el mes de Diciembre del año 1.931, el matrimonio Tarí-Sempere, tuvo una hija, que le pusieron de nombre Ana María, como su abuela materna y en el mes de Julio del año 1.933 tuvieron un

hijo, que le pusieron de nombre Carlos, como su padre y abuelo paterno.

(Antes de seguir adelante con esta narración, tenemos que manifestar que tanto Carlos Tarí, como los demás componentes de su familia, son personajes ficticios que solo existen en la imaginación del autor. Por lo tanto, cualquier parecido, en cuanto a los nombres y circunstancias personales de esta familia, con otros personajes reales que existieran en aquellos tiempos, en la Partida Rural de Daimés, no deja de ser una pura y simple coincidencia).

La quinta de Carlos Tarí, fue una de las últimas que movilizó el Gobierno de la República, para reponer los diezmados efectivos que combatían en los frentes de batalla, (ya cuando la guerra estaba más que decidida a favor del Ejército de Franco), en un esfuerzo baldío de evitar lo que a todas luces parecía inevitable, y mucho más aún, después de quedarse la Zona Republicana partida en dos y de haber fracasado la Batalla del Ebro que fue una de las más sangrientas y encarnizadas de toda la guerra. En esta Batalla, que duró cerca de cuatro meses, al decantarse a favor de las Tropas Nacionales, la República perdió las pocas esperanzas que le quedaban de ganar la guerra.

A Carlos Tarí le vino muy cuesta arriba el tener que abandonar su casa y su familia, dejando a la mujer sola con una niña de cinco años y un niño de tres, sin ayuda de nadie. Pero las circunstancias le obligaron a ello y tuvo que aceptar la triste realidad y abandonarlo todo, una mañana de a mediados del mes de Noviembre. El y cuarenta y siete más de su mismo reemplazo, cogieron el tren en la estación de Elche y partieron hacia Alicante. En la Caja de Reclutas de la Capital de la Provincia, reunieron a unos cuatrocientos hombres más, procedentes de diferentes pueblos alicantinos, y con todos ellos, a las diez de la noche, acompañados por un Capitán y dos Sargentos salieron hacia la Estación de Madrid, donde montaron en un tren compuesto de diez vagones destartalados, que les condujo hacia Albacete, a donde llegaron al amanecer.

Al subir al tren, en Alicante, les dieron a cada uno de ellos una ración de comida en frío, para cenar, aunque todos ellos llevaban algunas viandas, que traían de sus propias casas.

Durante el trayecto, nadie se durmió, y en la cara de todos, se reflejaba el pesar y la zozobra que sentían, pues casi todos ellos eran hombres casados con niños pequeños que estaban muy enraizados en sus propios domicilios y con una gran responsabilidad a sus espaldas.

Como solía ocurrir en estos casos, se agrupaban todos los que eran del mismo lugar ya que el paisanaje une mucho en estas circunstancias adversas. En el caso concreto de Carlos Tarí, desde que salieron de Elche se unió a otros tres que vivían en otras partidas rurales del campo de Elche, y a los que conocía de una manera superficial. A partir de esos instantes, siempre iban los cuatro juntos, formando un cuarteto inseparable, en la medida de lo posible, compartiéndolo todo; inquietudes, secretos y hasta la propia comida. De esta manera, la ausencia de sus propias familias, se hacía mas llevadera y menos traumática.

Cuando llegaron a la estación de Albacete bajaron todos del tren, y acompañados del Capitán y de los dos Sargentos, subieron en unos camiones de fabricación rusa y partieron hacia la Base de Entrenamiento, que estaba a unos veinte kilómetros al oeste de la Capital Manchega. A pesar de que aún estaban a mediados del mes de Noviembre, aquella mañana había una temperatura muy baja y llegaron a la base de instrucción tiritando de frío pues las ropas que llevaban puestas eran muy ligeras y de poco abrigo.

Una vez que llegaron al punto de destino y el Jefe del Campamento de Instrucción, se hizo cargo de la expedición, el Capitán y los dos Sargentos, que les habían acompañado regresaron a Alicante.

La Base de Instrucción estaba ubicada en un descampado, donde habían montado tiendas de campaña de grandes dimensiones para albergar a los soldados que pasaban por allí un tiempo, instruyéndose en el manejo de las armas y aprendiendo las reglas más elementales de la instrucción militar. Después de ese periodo instructivo, más o menos largo, los iban destinando a las diferentes unidades regulares que estaban combatiendo en los frentes de lucha, para cubrir las bajas que se iban produciendo en esas unidades.

Una vez que fueron acomodados en las tiendas de campaña lo primero que hizo Carlos Tarí –y también, por supuesto, la mayoria

de sus compañeros de expedición– fue escribirle una carta a su mujer, contándole las peripecias del viaje y dándole las señas para que pudiera contestarle a vuelta de correo.

Al día siguiente de su llegada, les suministraron ropa militar consistente en un mono color kaki, unas botas y un gorro. También les dieron un macuto, una cantimplora, un plato de aluminio, una cuchara y una manta, a cada uno de ellos.

La comida en el campamento, era escasa y de mala calidad, pues a medida que se iba alargando la guerra se deterioraba más el abastecimiento de productos alimenticios, no solo para las gentes de la retaguardia, si no también para las fuerzas combatientes. Los puertos marítimos del Mediterráneo por donde el Gobierno de la República recibía la mayor parte de los cargamentos de productos alimenticios que le mandaban algunos de los países extranjeros, como México y algunos otros más, estaban sometidos a un estrecho bloqueo y a feroces bombardeos de la aviación franquista, con base en la isla de Mallorca, que ocasionaban cuantiosos destrozos en estos campamentos, ya que la producción nacional de productos agrarios estaba semiparalizada, después de dos años y medio de guerra y de haber una gran cantidad de hombres jóvenes militarizados que tuvieron que abandonar sus tareas productivas por las exigencias de la guerra.

La instrucción militar en aquel campamento era un tanto monótona y rutinaria y corría a cargo de Sargentos instructores y de Comisarios Políticos, que tenían como misión específica el mentalizar a los recién llegados de la conveniencia de continuar luchando contra las tropas franquistas que se habían sublevado contra el gobierno legal de la República. (Estos Comisarios eran todos hombres destacados dentro de los partidos políticos a fines a la República y que si se perdía la guerra podía repercutir negativamente, en su propia vida personal. Por eso ponían tanto interés en defender la causa republicana).

Pero aquellas prédicas propagandísticas de los Comisarios hacían poca mella en los ánimos alicaídos de unos hombres de treinta y cinco años que estaban más pendientes y preocupados por las familias y los intereses que habían abandonado en sus casas, que de la suerte que pudiera correr la República. Y por lo tanto, su espíritu

combativo, estaba bajo mínimos. En realidad, lo que estaban esperando y deseando con todas sus fuerzas era que terminara la guerra, lo más pronto posible para poder regresar a sus lugares de origen y reanudar su vida civil en paz de la mejor manera posible.

En los ratos libres que les dejaba la instrucción, se reunían por grupos, en las tiendas de campaña para charlar de sus cosas, charlas que siempre giraban alrededor de sus vivencias personales y de sus problemas familiares. Lógicamente, Carlos Tarí se reunía con sus tres paisanos con quien compartía afinidades y preocupaciones. Y hablaban largo y tendido del campo de Elche, de sus respectivas familias, de sus años de solteros, cuando iban a visitar a su novia en bicicleta; de las fiestas patronales de sus respectivas pedanías que se celebraban todos los años en las correspondientes Ermitas, antes de la guerra, y de tantas y tantas otras cosas entrañables que les enternecía el corazón y que al estallar la Guerra Civil, había nido todo al garete, de la noche a la mañana.

Y después de estas charlas amigables al recuperar la intimidad, Carlos Tarí sacaba de su cartera la fotografía de su esposa y la de sus dos hijos, y al contemplarlas no podía evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas, particularmente, cuando se despertaba por la noche y las preocupaciones le quitaban el sueño.

Los primeros días en el campamento, se le hicieron interminables, como si el tiempo se hubiese detenido y no corrieran las horas.

El momento más esperado del día, era alrededor de las doce de la mañana, cuando el cartero repartía la correspondencia que llegaba al campamento. Este iba voceando los nombres de los destinatarios de las cartas y los agraciados, acudían solícitos y anhelantes para hacerse cargo de ellas. Los que recibían cartas, discretamente, se separaban de los demás para poder leerlas tranquilamente, huyendo de la curiosidad de los otros.

La primera carta que le escribió su mujer, la recibió Carlos Tarí ocho días después de haber llegado al campamento. En ella le decía que los niños estaban bien de salud y que ella también se encontraba en perfectas condiciones físicas, pero que se sentía muy sola, aunque animada esperando que esta separación no se prolongaría mucho tiempo. Por lo tanto no tenía que preocuparse en absoluto, ni por ella ni por los niños.

Tan pronto recibió esta carta, Carlos Tarí le contestó de inmediato, contándole lo que le había ocurrido desde que le escribió la carta anterior aunque no era mucho lo que tenía que contar, ya que como dijimos antes, la vida en el campamento era muy monótona y ofrecía pocas novedades: instrucción militar durante varias horas al día, manejo elemental de armamento y las consabidas charlas propagandísticas del Comisario Político.

Después de la expedición alicantina, no llegaron al campamento mas expediciones de recién movilizados. Los que estaban allí cuando ellos llegaron fueron partiendo poco a poco para los distintos puntos del frente central. Ellos fueron los últimos en abandonar el campamento y lo hicieron a primero de Diciembre. Carlos Tari y veinticinco soldados más los agregaron a una brigada que estaba reorganizándose en la retaguardia de la provincia de Castellón, después de las muchas bajas sufridas durante los combates en los que tomaron parte en el frente de Levante, los meses anteriores.

Los componentes de esta brigada, en sus últimas incorporaciones, los habían de todas las edades, desde los dieciocho hasta los treinta y cinco años. Estos novatos eran la antítesis de los más veteranos, que llevaban combatiendo, en diferentes frentes a lo largo de más de dos años de guerra, y que miraban a los recién llegados, con recelo y con desdén, como elementos poco útiles para una lucha eficaz por su inexperiencia y falta de preparación.

A los pocos días de incorporarse Carlos Tarí a su nueva unidad, el Ejército Franquista desencadenó una ofensiva general contra Cataluña, desde el norte, ofensiva que no finalizaría hasta completar la ocupación de todo el territorio catalán, –incluida la ciudad de Barcelona, a primeros de febrero del año 1.939– que provocó la dimisión del Presidente de la República Manuel Azaña y su exilio al sur de Francia, donde murió a los pocos meses. Mientras duró esta ofensiva los demás frentes de combate estaban inactivos ya que Franco sabía que la conquista de Cataluña, suponía el final de la guerra como así ocurrió en los últimos días del mes de Marzo. Como durante estos últimos meses de la guerra, la Brigada donde estaba Carlos Tarí, permaneció inactiva en la retaguardia, este no llegó a estar en el frente, ni disparó un solo tiro.

El avance de las Tropas Franquistas en todos los frentes de Cataluña, provocó un río humano de gentes que huían de Barcelona y de otras ciudades catalanas hacia la frontera francesa de los Pirineos, caminando a pie o en cualquier clase de vehículo que encontrasen a mano. Entre esta masa de gente que trataba por cualquier medio posible alcanzar el territorio francés, estaba Antonio Machado, uno de los mejores poetas españoles del siglo XX, que acompañado de su madre, anciana y enferma, caminaron a pie muchas horas para poder cruzar la frontera francesa, pues sabía muy bien que si se quedaba en la España Franquista, lo pasaría muy mal, como le ocurrió también a Federico García Lorca y Miguel Hernández, otros dos eminentes poetas, por sus ideas políticas, contrarias al Régimen Franquista. Machado consiguió ponerse a salvo, después de una larga y fatigosa caminata, pero cansado y un tanto desilusionado, murió a los pocos días en el pequeño pueblo francés de Collioure, cercano a los Pirineos, donde aún reposan sus restos, ya que nunca fueron trasladados a España y aún permanecen en el exilio.

Después de la pérdida de Cataluña y del exilio y dimisión de Manuel Azaña, como Presidente de la República, el Presidente del Gobierno Juan Negrin, quería continuar la guerra aún, a pesar de la agónica situación en que se encontraba la España Republicana. Este criterio no era compartido por el Coronel Segismundo Casado, Jefe del Ejército del Centro que obligó a Negrin a dimitir, como presidente del Gobierno, iniciando contactos con el General Franco para poner fin a la guerra. Pero Franco solo admitía la rendición incondicional, que fue aceptada por Casado, por que no tenía otra alternativa viable en aquella situación desesperada.

Los comunistas se opusieron a que finalizase la guerra de aquella manera, y algunas unidades del Ejército Republicano se sublevaron en Madrid y en Cartagena contra Casado, pero fueron dominados con facilidad.

El Coronel Casado, después de firmar la rendición del Ejército Republicano se exilió a Inglaterra y no volvió a España hasta 1.961, donde se le juzgó en Consejo de Guerra que lo absolvió. En cambio Julián Besteiro, que era una figura política de primera magnitud, que apoyaba al Coronel Casado, en su intento de terminar la guerra, no quiso abandonar Madrid, cuando pudo hacerlo y Franco

le juzgó y le condenó a treinta años de cárcel en 1.940, en un Campo de Concentración, donde pasó muchas calamidades.

Carlos Tarí contempló la descomposición del Ejército Republicano, cansado y vencido sin paliativos por unas causas que no vamos a analizar en estos momentos.

Y vio como los principales políticos republicanos en su inmensa mayoría y los más altos mandos militares del Ejército Popular, ponían pies en polvorosa, para ponerse a buen recaudo, ante la inminente finalización de la guerra, en una descomposición general de la República Española. Así las cosas pensó, con buen criterio, que lo mejor que podía hacer era tratar, por todos los medios a su alcance, en aquel estado de convulsión, procurar llegar a Elche lo antes posible, antes que las Fuerzas Nacionales ocuparan aquella zona.

Así es que con esa idea fija, de llegar a Elche lo antes posible, a primeras horas del día 29 de Marzo, Carlos Tarí abandonó la unidad militar donde estaba encuadrado sin decirle nada a nadie y por caminos y carreteras secundarias salió en dirección a Valencia, caminando a pie nueve horas seguidas. Cuando amaneció al día siguiente, se refugió en una casa abandonada que había junto a la carretera, para dormir un poco y reponerse del cansancio de tan larga caminata.

A la caída de la tarde continuó la marcha hacia Valencia a donde llegó a media noche, dirigiéndose hacia la Estación del Ferrocarril, donde a las pocas horas cogió el último tren de pasajeros que salió hacia la Estación de Albacete, antes que las tropas de Franco ocuparan Valencia y le pudieran impedir la salida.

Cuando este tren llegó a la estación de la Encina, bajó del mismo y quedó a la espera de que descendiera otro tren de Albacete en dirección a Alicante, como así ocurrió unas horas mas tarde. Subió a este nuevo tren y al enterarse que las Tropas Nacionales ya habían ocupado Alicante, lo abandonó en la Estación de Novelda y se dirigió a pie hacia Elche, que está a dieciséis kilómetros de distancia.

Antes de llegar a la población, bajando por la carretera de Aspe se desvió hacia la izquierda y se dejó caer al cauce de la Rambla, porque de esta manera podría continuar hasta su casa de Daimés sin

ser visto por nadie. A pesar de que estaba muy cansado y de que no había comido en todo el día, continuó caminando sin cesar hasta que llegó a su casa. Eran las seis de la mañana del día 2 de Abril. Su mujer y sus dos hijos aún estaban durmiendo y se quedaron gratamente sorprendidos al oír su voz, cuando llamó a la puerta ya que hacía diez días que no tenían noticias suyas. Es fácil de imaginar el contento y la alegría de toda la familia, al poderse reunir todos de nuevo después de cinco meses de ausencia y de haber finalizado la pesadilla de la guerra, que en los últimos coletazos, había transtornado sus vidas. Transcurridos los primeros momentos de euforia y alegría, por el feliz regreso, sano y salvo de Carlos Tarí. Su mujer le preparó un abundante desayuno que devoró con fruición, se cambió de ropa se afeito y se quedó como nuevo.

No quiso acostarse a dormir como le recomendaba su mujer, pues con la alegría del regreso, el sueño y el cansancio le había desaparecido como por arte de magia. Lo único que le apetecía era ver como estaban sus tierras y sus cultivos después de este abandono transitorio y reanudar de nuevo en paz y sin sobresaltos, su vida habitual de agricultor ilicitano como lo había sido siempre el y todos sus antepasados.

Estuvo varios días sin salir de casa, mientras en la población, los partidarios del Régimen Franquista, estaban exultantes de alegría por haber triunfado en la guerra que dividió a los españoles en dos mitades, una pesarosa y maltrecha, quedaba a la espera de las posibles represalias que pudieran emprender los vencedores contra ellos, y la otra mitad contenta y alborozada.

Como Carlos Tarí no se había significado nunca lo más mínimo en política, no se metieron con el ni le molestaron para nada, después de finalizada la guerra.

Durante su ausencia la mujer de Carlos Tarí solo se había preocupado de sacar a sus dos hijos adelante y de su propia supervivencia. En esas circunstancias, es fácil de imaginar que sus tierras se habían quedado un tanto abandonadas y sin los cuidados necesarios para continuar produciendo cosechas. Pero eso ya era historia y ahora lo que procedía era que la familia Tarí-Sempere, como otras

muchas familias de agricultores ilicitanos, reanudaran su vida habitual, aunque las circunstancias habían cambiado mucho en los últimos tiempos. Pero la vida continuaba y lo que había que hacer era tratar de seguir viviendo, de la mejor manera posible, adaptándose a la situación y a las circunstancias de aquellos momentos.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo 2

Cuando terminó la Guerra Civil en Abril de 1.939, España se quedó depauperada y empobrecida, después de la enorme sangría que había sufrido durante treinta y tres meses de guerra, con varios centenares de miles de muertos, en uno y otro bando en los frentes de combate.

Su recuperación fue muy lenta, y no podía ser de otra forma, si tenemos en cuenta que en los tres primeros años de la postguerra, la mayor parte de los hombres jóvenes de España, que no murieron en la guerra, estaban prestando el servicio militar o detenidos en las cárceles y en los campos de concentración y en los batallones disciplinarios y, por consiguiente, no produciendo bienes de consumo que eran tan necesarios.

Por otra parte, como a primeros del mes de Septiembre de 1.939, se inició la Segunda Guerra Mundial entre las potencias Occidentales y Alemania, y por motivos políticos, España se quedó aislada del concierto internacional de naciones, ya que Francia e Inglaterra, por una parte, y Alemania por otra, la abandonaron a su suerte y no

le prestaron ninguna ayuda, que tanto necesitaba, pues estaban enfrascadas en una lucha sin cuartel y todos sus medios y energías las necesitaban para abastecer a sus propios Ejércitos y a sus respectivas poblaciones civiles.

Y esta depauperación y empobrecimiento, se notaba mucho más aún en lo referente al abastecimiento de productos alimentarios de primera necesidad, que escaseaban sobremanera, hasta tal punto, que los alimentos que suministraban los Organismos Oficiales, mediante las correspondientes cartillas de racionamiento, no cubrían, en su totalidad, las necesidades alimenticias de la población, por insuficientes. De esta manera, en los primeros tiempos de la posguerra, en términos generales, el conjunto de la población Española, sufrió mas hambre que durante la guerra.

Así estaban las cosas cuando Carlos Tarí se reincorporó a las ocupaciones habituales, como profesional de la agricultura.

Dinero en metálico, contante y sonante, de curso legal, admitido por las Autoridades del Nuevo Régimen Político, tenía muy poco, prácticamente nada, ya que solo poseía tres billetes de cincuenta pesetas cada uno de ellos, de las series más antiguas, que el Banco de España, con arreglo a las nuevas normas monetarias dictadas por el Gobierno, le dieron validez. Todos los demás billetes de veinticinco, cincuenta y cien pesetas que poseía, de ediciones posteriores, se habían convertido en papel mojado, sin ninguna validez, como moneda de curso legal. Así es que con aquellos treinta duros que había podido recuperar, como moneda válida, en la nueva situación política, adquirió algunos objetos y productos más imprescindibles para el sustento de su familia y para poder continuar sus labores en el cultivo de la tierra.

Carlos Tarí, tenía en propiedad, cincuenta tahullas de tierra, que había heredado de sus padres que murieron relativamente jóvenes, (el padre en 1.932 y la madre dos años después). De estas cincuenta tahullas, cuarenta estaban alrededor de su vivienda en la pedanía de Daimés y las otras diez estaban situadas en Carrizales, concretamente, en la Cuadra de Vistabella, cerca de la carretera de Dolores.

En las tierras de Daimés, habían algunos arbolados y las diez tahullas de Vistabella, eran tierras de sembradío, sin ningún árbol.

Todo el patrimonio de sus padres, fue a parar a Carlos, ya que era hijo único, al no tener ningún hermano.

En cuanto a María, la esposa de Carlos Tarí, que también era unigénita, había heredado de sus padres, (que también habían fallecido) como patrimonio veinticinco tahullas de tierra y una vivienda bastante deteriorada, a poco más de un kilómetro de distancia. La vivienda estaba deshabitada desde hacía algún tiempo y en la tierra había un pequeño huerto de palmeras, diez tahullas de granados, cinco tahullas de limoneros, tres tahullas de naranjos y siete tahullas de tierra blanca con algunas higueras y varios olivos diseminados. Para cultivar todas estas tierras, Carlos Tarí, tenía una caballería, un carro y todas las demás herramientas y aperos necesarios, que precisaba un agricultor ilicitano de estas características, para poder desempeñar, adecuadamente sus funciones como tal.

Seis semanas antes de movilizar su quinta y verse obligado a abandonar su casa, Carlos Tarí había sembrado sus diez tahullas de Vistabella, mitad de trigo y mitad de cebada, que pudo llegar a buen fin, a pesar de su ausencia, ya que en aquellos tiempos, en los Carrizales, entre los meses de Septiembre y de Abril, habían unos hombres que llamaban «regaors», que se encargaban de regar las tierras de los demás propietarios, con las aguas sobrantes de las Pías Fundaciones, cobrando una cantidad determinada por cada tahulla de tierra regada. Gracias a ese sistema y a esa costumbre, las diez tahullas de cereales de Carlos Tarí se salvaron y dieron su fruto, a pesar de su ausencia. Por eso, lo primero que hizo después de su regreso fue visitar al «regaor» y pagarle lo que le debía por los dos riegos que le había dado a su tierra, durante su ausencia, dándole además las gracias mas efusivas por su trabajo, ya que gracias a él, había salvado su cosecha de cereales, que significaba el haber asegurado para toda la familia, el pan del año, que era entonces, el alimento básico, así como el pienso de la caballería y demás animales domésticos.

Unos días después de su regreso, Carlos Tarí, su esposa y sus dos hijos pequeños, montaron en el carro y se fueron todos juntos a visitar su finca de Vistabella, que daba gozo verla ya que era un pequeño mar de espigas moviéndose a impulsos del viento mañanero. La cebada, ya había adquirido la tonalidad pajiza, precursora

de la granazón, mientras el trigo, de ciclo vegetativo mas largo, aun conservaba su color verde intenso, mientras las espigas, en agraz, empezaban a descuellar, ganando altura. Ver aquellos sembrados y aquella pequeña cosecha, próxima a su recolección, les produjo un gran contento, ya que suponía mucho para toda la familia, en aquellos tiempos difíciles, de escaseces y privaciones. Aquellas espigas que se movían ante sus ojos, eran para ellos como un tesoro, que les aseguraba el sustento familiar en los meses venideros.

A mediados del mes de Mayo, Carlos Tarí, con la ayuda de un vecino realizaron la siega de la cebada, trabajo que llevaron a cabo en cuatro días. Y dos semanas después, segaron el trigo. A medida que llevaron a cabo la siega, ataban la mies con «cordeta d'espart,» «cuyas garbas las unían formando», «cavallons», de doce unidades. (el hacer «els cavallons» de doce garbas y no de diez, como era costumbre, obedecía a que desde que se colonizaron los Carrizales, a mitad del siglo XVIII, los agricultores, que adquirieron estas tierras, por el sistema de enfiteusis, tenían que pagar al Dominio Directo, (ya que ellos solo eran dueños del Dominio Util de estas tierras) la sexta parte de los productos que cosechaban en ellas. De ahí que «els cavallons», fueran de doce garbas, diez para el Dominio Util y dos para el Dominio Directo.

Y lo mismo que ocurría con los cereales, pasaba también con los demás productos que se cosechaban en estas tierras que se habían adquirido por el sistema de enfiteusis.

Pocos días después de finalizada la siega, con el carro y la caballería, transportaron las garbas a su casa, (en lo que se llamaba «garbejar» en el lenguaje coloquial de los agricultores) donde en una era que tenía junto a la vivienda, trillaron la mies, separando el grano de la paja. La cebada y el trigo, por separado, los puso en sacos en el almacén que tenía junto a la vivienda y con la paja de cebada hizo un pequeño pajar, en forma de pirámide, y con la paja del trigo otro. El poner la paja de cebada separada de la del trigo, obedecía a que la paja de cebada es de mejor calidad que la de trigo, para alimentar a las caballerías, por su mayor suavidad y aprovechamiento.

Como los productos de primera necesidad estaban intervenidos por la Comisaría de Abastecimientos y Transportes, que se en-

cargaba de su distribución, mediante las correspondientes cartillas de racionamiento, tuvo que declarar la cosecha obtenida en el departamento correspondiente, donde le asignaron una cantidad determinada de kilos de trigo por cada miembro de la familia, para el sustento de todo el año, y también una cantidad de kilos de cebada por cada caballería o otra clase de animales domésticos que poseía, para pienso de todo el año. El resto de la cosecha tuvo que entregarlo en los almacenes que tenía la Administración para tales efectos, y se lo pagaron a precios oficiales. Aunque estos precios oficiales eran muy bajos con el dinero que le dieron pudo seguir cultivando la tierra y cubrir los primeros gastos que llevaba consigo estos cultivos.

Durante aquellos meses de la Primavera, lo que mayor atención requería, eran los granados, los limoneros y los naranjos, que estaban en plena floración, para preparar, adecuadamente, la cosecha venidera. Y también, por supuesto, lo que mas gastos le ocasionaba, particularmente, en agua de riego, agua que casi siempre la compraba en Nuevos Riegos El Progreso, que era un poco mas barata que la que suministraba la Real Compañía de Riegos de Levante. Y para que le costase más barata aún, la compraba en los turnos de la noche, que tenían unos precios más económicos que los turnos del día. Regar por la noche era poco apetecible, pero solía hacerlo con mucha frecuencia, por que así se ahorraba algún dinero, y en aquella de época de escaseces y dificultades económicas, había que gastar lo menos posible y a una peseta se le hacían siete nudos, para que durara todo lo más posible.

Todos los productos que se cosechaban en el campo, en aquellos tiempos difíciles, que fueran comestibles, se pagaban a buenos precios, por la mucha necesidad que había de ellos. Todos, menos los limones y las almendras, ya que al estar los mercados extranjeros obstruidos por la Guerra Mundial y el aislamiento de España del resto del mundo, como hemos dicho en páginas anteriores, no había posibilidad de exportación a los mercados europeos, que eran donde se consumían, en su mayor parte, y por consiguiente, estaban muy depreciados. Por lo tanto de la cosecha de limones prácticamente, no sacó nada. En cambio, de las naranjas, de los dátiles, de los higos y de las granadas, (todas las variedades de frutas se podían comercializar libremente, al no estar intervenidas) recogió

bastante dinero. Las granadas se vendían hasta las abiertas y se sacaba dinero de todo aquello que friera comestible.

Desde Abril hasta Octubre, Carlos Tarí, pasó muchos agobios y dificultades económicas, para sacar adelante sus cultivos. Pero a medida que iba recogiendo las cosechas y vendiéndolas, su situación económica iba mejorando mucho, hasta tal punto que a finales de año ya había conseguido reunir unos pequeños ahorros, que iba depositando, poco a poco, en la libreta que tenía abierta, desde antes de la Guerra en la Cooperativa del Campo de Elche.

La esposa de Carlos Tarí, le ayudaba todo lo que podía en los trabajos agrícolas, aunque era muy poco lo que podía hacer ya que el cuidado de la casa y de los dos hijos le absorbía todas las horas del día. No obstante, su colaboración, aunque fuera mínima, le era de mucha utilidad.

Las Fiestas Navideñas las pasaron en paz y alegría y en una situación económica un poco más boyante que en los meses anteriores, aunque el trabajo y el esfuerzo realizado, había sido enorme, en aquel primer año de la posguerra, que había sido muy difícil y complicado.

Tanto el niño como la niña, que eran la alegría de la casa y el orgullo de sus padres, crecían sanos y robustos y les daban impulso e ilusión para seguir luchando y trabajando sin descanso, pues ellos eran la esperanza y el futuro.

El trauma y el transtorno que supuso la Guerra Civil, se había quedado atrás y todos trataban de olvidarla de la mejor manera posible. La nueva situación política que se había implantado en España después de la Guerra, se había consolidado y el campo de Elche recobraba su actividad normal, aunque faltaban muchos hombres jóvenes para cultivar la tierra. Tampoco habían abonos químicos, ya que la producción nacional estaba paralizada y la importación de materias primas reducida a cero, lo que producía una cierta merma en el volumen de las cosechas obtenidas. No obstante, el matrimonio Tarí-Sempere, lo mismo que los demás agricultores ilicitanos, continuaban cultivando las tierras con el mismo afán y dedicación de siempre, para sacar adelante a sus familias.

Pero más allá de nuestras fronteras, el mundo ardía por los cuatro puntos cardinales, en la Mayor Guerra Mundial que conocieron los siglos, Guerra que empezó en Europa, el día uno de Septiembre de 1.939 y que después se extendió a escala planetaria, hasta que finalizó en Mayo de 1.945, en Europa y tres meses después en Asia con la derrota de las Potencias del Eje (Alemania, Italia, Japón y otros paises secundarios aliados) que fueron los que la promovieron y la iniciaron.

España se mantuvo al margen de aquella contienda, aunque hubo varios intentos de involucrarla en la misma.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR



Transportando la mies a la era



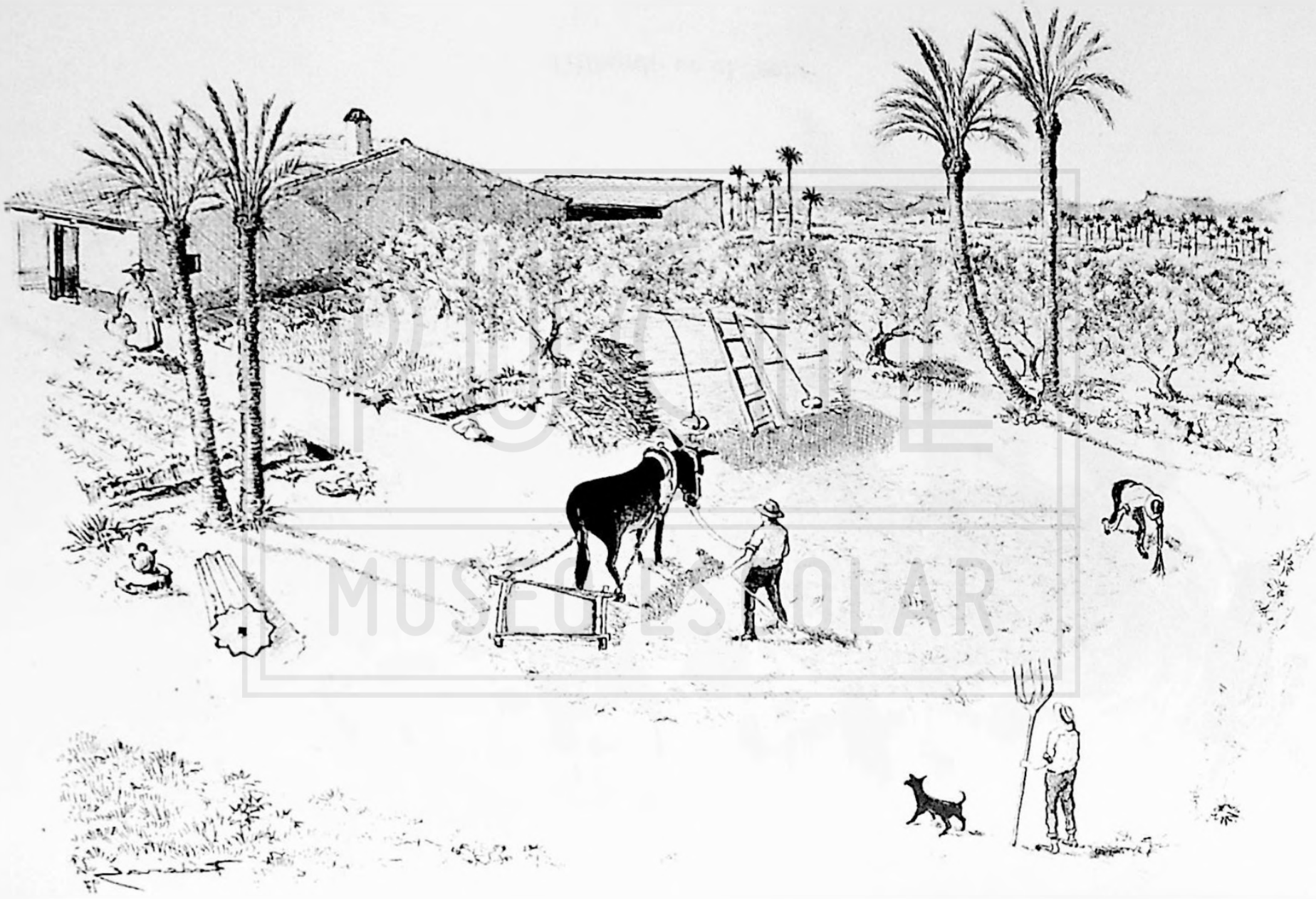
Preparando la "parva" en la era



Preparando la caballería para la trilla



Trillando en el "rulo"



Trillando en la era



"Aventar" (separar el grano de la paja)

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo 3

Tanto para Carlos Tarí como para su esposa, les preocupaban mucho la educación de sus dos hijos. A partir de los cuatro años, tanto a la niña primero, como al niño después, les enseñaron las primeras letras y las nociones más elementales de la escritura, en los ratos que tenían libres, que eran muy pocos, ya que tanto el uno como la otra, trabajaban muchas horas al cabo del día. La ilusión del matrimonio era que la chica y el chico hubieran podido adquirir una cultura general bastante amplia, ya que los estudios secundarios, y menos aun los estudios superiores, no estaban al alcance de sus posibilidades económicas, ni en aquellos ambientes rurales, había costumbre de estudiar.

Por otra parte, ni en Daimés ni en las otras partidas rurales de los alrededores habían escuelas públicas. En la población de Elche, si que habían algunas escuelas pero no podían asistir a ellas por estar demasiado lejos, y además, tenían muy poca edad para ir solos.

Así las cosas, obtaron por contratar los servicios del «Mestre Oliver», para que fuera a su casa, un día si y otro no, para que les enseñara bien a leer, escribir y «hacer cuentas», que es como se

llamaba en el campo de Elche, el aprendizaje de las cuatro reglas aritméticas, (sumar, restar, multiplicar y dividir).

«El Mestre Oliver», vivía en Elche, y todos los días, a primeras horas de la mañana, cogía su bicicleta y salía al campo, en la zona sur de la población, a «donar llisió», a los chicos y a las chicas de las familias campesinas, que no tenían otras posibilidades de enseñanza. Aquel hombre, alto y serio hacía el mismo papel en Daimés y sus alrededores, que el que desempeñaba el «Mestre Canaletes», en las Bayas, aunque su dedicación a la enseñanza, no fue tan prolongada. De todas formas, dos generaciones de agricultores de aquella comarca no recibieron más educación que la proporcionada por el «Mestre Oliver», que era bastante limitada.

El matrimonio Tarí-Sempere, hubiera preferido otra clase de educación para sus dos hijos. Pero ante la imposibilidad de proporcionársela, tuvieron que conformarse con esta enseñanza tan alicorta. Pero al menos sabrían leer y escribir correctamente y además, aprenderían también lo más elemental de la aritmética, que les sería de mucha utilidad, para desenvolverse mejor en la vida, cuando fueran mayores. Al fin y al cabo, el porvenir que les esperaba, no era otro, que ayudar a sus padres en los trabajos agrícolas, continuando la tradición familiar, que en aquellos tiempos, era lo corriente y lo normal.

Como dijimos en páginas anteriores, desde que el Duque de Arcos, Señor de Elche, colonizó los Carrizales, a mitad del siglo XVIII, y pasó a ser dueño del Dominio Directo de estas tierras colonizadas, los agricultores que las adquirieron por el sistema de enfiteusis, estaban obligados a pagar la sexta parte de los productos que cosechaban en las mismas (excepto la barrilla, el salicor y el aguazul, que pagaban la cuarta parte, por la gran importancia que tenían estas tres plantas en la época de la colonización). Esta servidumbre se mantuvo así hasta el año 1942, en que a través del Grupo de Colonización número quince, de reciente creación, que agrupaba a todos los enfiteutas y que fue promovido por Carlos Antón Antón que fue Presidente del mismo durante muchos años, se pudo redimir, mediante el pago de dieciocho pesetas por tahulla. Y a partir de esos momentos, los enfiteutas pasaron a ser dueños absolutos de estas tierras, de las que antes solo lo eran del Dominio Útil de las mismas. De esta manera Carlos Tarí mediante el pago de ciento ochenta

pesetas, exoneró sus diez tahullas de tierra de la Cuadra de Vistabella, de la Servidumbre del Dominio Directo que pesaba sobre las mismas, desde hacía doscientos años, circunstancia que se hacía constar en la escritura notarial correspondiente de todos los enfiteutas, que al redimirlas, pasaron a ser dueños absolutos de estas propiedades rústicas de los Carrizales, lo que supuso un cambio importante en el panorama agrario de esta pedanía del campo de Elche.

El último poseedor de este Dominio Directo, fue Carlos Amorós Gonzálvez, que lo ostentaba desde hacía muchos años.

La Guerra Mundial continuaba en toda su virulencia. Nuestro país seguía aislado del resto de las naciones y los productos más necesarios para una alimentación correcta de la ciudadanía, continuaba escaseando mucho, ya que el suministro que se realizaba mediante las cartillas de racionamiento, era, a todas luces, insuficiente. Y al socaire de estas escaseces y deficiencias, surgió con fuerza un comercio clandestino de estos productos de primera necesidad, que se conocía con el nombre de «estraperlo», al margen del comercio legal que llevaba a cabo la Comisaría de Abastecimientos y Transportes. La Comisaría de Abastecimientos y Transportes pagaba a los agricultores estos productos (cereales, carne, aceite, patatas, leche, etc.), a precios oficiales, que eran muy bajos, mientras los «estraperlistas», los pagaban mucho más caros. Por eso, los agricultores procuraban, por todos los medios a su alcance, no entregar a la Comisaría, la totalidad de sus cosechas, como era obligatorio, para vender el resto a los «estraperlistas», que pagaban a mejores precios. Esta ocultación, suponía un riesgo, ya que si se descubría, les imponían fuertes sanciones económicas, pero a pesar de todo, esto se convirtió en una práctica generalizada. Además, las frutas, las hortalizas y las verduras, no estaban intervenidas y podían venderse, libremente, a cualquier comprador, en el momento que se quisieran. Como la necesidad era mucha, cualquier producto comestible, (estuviera o no, intervenido), se vendía pronto y a buenos precios. La cuestión era producir, ya que la venta estaba asegurada de inmediato.

Lógicamente, esta situación, era propicia para que los agricultores ilicitanos obtuvieran buenos ingresos, mejorando, sobremanera, sus economías particular, hasta extremos que no habían conocido nunca, excepto los que sólo tenían almendros o limoneros, ya que

tanto las almendras como los limones, al ser productos que se consumían en su mayor parte, en los mercados extranjeros, estaban completamente depreciados, al no existir comercio internacional, por causa de la Guerra y el completo aislamiento de nuestro país.

Y de esa bonanza económica generalizada, que gozaban los agricultores del campo de Elche, también participaba, por supuesto, la familia Tarí-Sempere, que obtenía buenos ingresos de todos los productos que cosechaba; de todos, menos de los limones, que apenas tenían valor comercial, por los motivos antes expuestos. Y después de tres cosechas seguidas de limones, que apenas pudo vender a unos precios ruinosos, Carlos Tarí tomó la decisión de arrancar los limoneros, a pesar de estar en plena producción, para dedicar esta tierra a sembrar trigo, que era en aquellos años difíciles lo que más falta hacía y que se vendía a buenos precios. Y lo que hizo Carlos Tarí no fue un caso aislado, ni mucho menos, ya que otros muchos agricultores ilicitanos arrancaron también los limoneros y los almendros, para sembrar trigo que era el producto más apreciado y valorado en aquellos tiempos de penurias y privaciones.

Y se daba la paradoja, de que en aquellos años de la Postguerra Civil, en que tenían tan buenos precios la mayor parte de los productos que se cosechaban en el campo de Elche, muchas de estas tierras, se pusieron a la venta, sobre todo, las grandes fincas rústicas, cuyos propietarios, eran familias que vivían en la población y que tenían otras ocupaciones, al margen de la agricultura, con la particularidad de que estas tierras se vendían a unos precios relativamente baratos. Hubo algunas de estas fincas que compraron los agricultores y que con una cosecha de trigo, vendido en el mercado negro, sacaron dinero suficiente para pagar la tierra que habían adquirido unos meses antes. De esta forma, muchos agricultores ilicitanos, incrementaron su patrimonio particular, adquiriendo parcelas de tierra, productivas y fértiles, a bajos precios, tierras que producían cosechas muy rentables, aunque estas cosechas no eran muy abundantes al no existir posibilidades de adquirir fertilizantes, ya que la producción nacional de abonos químicos, estaba paralizada por falta de materias primas y de no existir tampoco comercio internacional en los años de la Postguerra.

Algunas de estas grandes fincas rústicas, que en los años de la Postguerra se vendieron a bajos precios y cuyos dueños vivían en la población y eran de tendencias políticas derechistas, contrarias a la República, al principio de la Guerra Civil, fueron requisadas por el Ayuntamiento de Elche y que las continuó cultivando por su cuenta y riesgo, y que los productos que se cosechaban en ellas, los entregaban a la Comisaría de Abastecimientos y Transportes. A este requiso lo llamaban el «Control».

Estas fincas, al finalizar la Guerra Civil, fueron devueltas a sus legítimos dueños, que se posesionaron de las mismas después de aquel paréntesis en que el Ayuntamiento «las controló». Esa fue, tal vez, una de las principales causas, para que sus dueños, decidieran desprenderse de ellas, después de la amarga experiencia vivida durante la guerra. Nunca había ocurrido un caso semejante en Elche, en que tantas familias de la clase más acomodada de la sociedad ilicitana se desprendiera, con tanta facilidad de sus propiedades rústicas del campo de Elche, propiedades, que en la mayoría de los casos, las habían heredado de sus antepasados, y que se fueron transmitiendo de padres a hijos, a través de las generaciones.

Recién terminada la Guerra Civil, el precio que se pagaba, por estas tierras, fértiles y productivas, que se vendían oscilaba alrededor de quinientas pesetas la tahulla, mientras un kilo de trigo, vendido de « estraperlo», en el mercado negro, se pagaba a cinco pesetas y un hombre, trabajando en el campo ocho horas, en cualquier trabajo agrícola ganaba un jornal que oscilaba entre quince y veinticinco pesetas diarias, según la clase de trabajo que realizase. Jamás el precio de la tierra fue tan bajo y comparativamente, el precio de la mayor parte de los productos que se cosechaban en ellas fue tan alto.

El Nuevo Régimen Político, que surgió en España, como consecuencia de la victoria de la Guerra Civil, abolió, casi en su totalidad, todo el Ordenamiento Jurídico que estuvo vigente hasta entonces, alumbrando nuevas Leyes y Normas Legales para regular la Política, la Economía, la Educación, la Relaciones Sindicales, la Vida Laboral, etc. En lo que al campo y a la agricultura se refiere, suspendió en sus funciones, a las Comunidades de Labradores que se crearon en función de una Ley que se publicó en el mes de Julio

de 1.898, y que estuvieron vigentes, incluso durante la Guerra Civil. Concretamente, la Comunidad de Labradores de Elche fue legalizada en el mes de Junio del año 1.900, creando la Guardería Rural que se encargaba de la vigilancia y cuidado del término municipal de Elche, y cuyos gastos de mantenimiento, corrían a cargo de los terratenientes ilicitanos, que pagaban una cantidad determinada, anualmente, por cada tahulla de tierra que poseían. Por lo tanto, las Comunidades de Labradores, no eran, en modo alguno Organismos Reivindicativos, si no Entidades cuya principal función era la defensa de los intereses específicos del sector agrario de cada uno de los municipios donde se crearon.

De la misma manera, abolieron los Partidos Políticos y los Sindicatos Reivindicativos, y para sustituirlos crearon una figura nueva que llamaron «Movimiento Nacional», en el aspecto político y la Organización Sindical, en cuanto a la regulación de las relaciones entre los diferentes estamentos productivos, que no eran otra cosa que unos Sindicatos Verticales, donde estaban encuadrados tanto los empresarios, como los trabajadores. Y dentro de la Organización Sindical, crearon las Hermandades Sindicales de la Labradores y Ganaderos que asumieron las competencias de las disueltas Comunidades de Labradores, en cuanto a la gestión y mantenimiento de las Guarderías Rurales y además dilucidaba las diferencias y las cuestiones que surgían dentro del sector campesino, que estaba encuadrado en la Hermandad, íntegramente, tanto los empresarios agrícolas y ganaderos, como los asalariados en estos sectores productivos.

La recién creada Hermandad, en Elche, no solo asumió las competencias y funciones de la desaparecida Comunidad, si no que también quiso asumir su patrimonio, que en realidad, era de todos los agricultores del campo de Elche, que lo habían sufragado con las cuotas anuales que satisfacían a la Comunidad de Labradores, hasta que desapareció, legalmente, en el mes de Diciembre de 1.945. Pero esta apropiación de patrimonio, en cuanto al edificio que poseía en la calle Puente Ortices 13, que era su sede social en el momento de su desaparición, no se pudo materializar, aunque lo intentaron, por que hubiera sido una usurpación ilegal de unos bienes patrimoniales que figuraban escriturados a nombre de la Comunidad de Labradores.

Durante los treinta y dos años de vigencia activa de la Hermandad Sindical de Labradores y Ganaderos de Elche, (1.945 - 1.977), solo hubo un Presidente y un Secretario al frente de la misma, ya que se iban reeligiendo una y otra vez de una manera ininterrumpida, al no presentarse ninguna alternativa ni repuesto a estos dos hombres que lo eran todo en la Hermandad de Elche. Nos estamos refiriendo a Carlos Antón Antón y a José Picó Ibarra, Presidente y Secretario, respectivamente de la Hermandad Sindical de Labradores y Ganaderos, durante tan largo espacio de tiempo. Carlos Antón, como Presidente y José Picó, como Secretario, respectivamente, gestionaron a su manera la Hermandad de Elche, durante más de tres décadas, y en el campo de Elche lo eran todo, hasta tal punto que tenían que pasar todos los asuntos por sus manos, particularmente, del primero, que además de Presidente de la Hermandad, era también Presidente de la Cooperativa del Campo de Elche y de otras entidades similares. Como no podía ser de otra manera estos dos hombres eran partidarios acérrimos del Régimen Político imperante entonces en España, como lo eran también todos los que desempeñaban algún cargo público, por insignificante que este fuera.

Para llevar a cabo las funciones administrativas de la Hermandad, había una funcionaria llamada Conchita, que era mujer de baja estatura y de un temperamento áspero y quisquilloso, que trataba a los agricultores que acudían a ella para que les informara o les hiciera alguna gestión con muy poca consideración. Pero no le podían replicar ya que gozaba de la plena confianza del Presidente y del Secretario que le daban vía libre para actuar a su manera.

Carlos Tarí, estaba también vinculado a la Hermandad, en su calidad de agricultor que trabajaba por cuenta propia, como lo estaban la totalidad de los agricultores ilicitanos. Y de cuando en cuando, acudía a la calle de Puente Ortices 13, cuando tenía que realizar alguna gestión relacionada con su profesión, como podía ser recoger algunos productos fitosanitarios para combatir las plagas de las plantas y los árboles o para pagar los cupones de la Rama Agraria de la Seguridad Social, que en los primeros años de su implantación, era de pertenencia voluntaria y tenía escasa cobertura sanitaria y asistencial. De ahí el que al principio, los agricultores ilicitanos se mostrasen un tanto remisos a inscribirse en la Seguridad Social, aunque las cuotas mensuales que se pagaban, eran mínimas.

Pero con el paso de los años, aumentaron las cuotas a pagar, pero también se incrementaron las coberturas y las asistencias sanitarias, hasta universalizarse por completo.

Carlos Tarí, fue uno de los primeros agricultores ilicitanos que se inscribió en la Rama Agraria de la Seguridad Social, tan pronto ésta se implantó en todo el territorio nacional, aunque en los primeros años sólo cubría las llamadas «enfermedades profesionales», y las cuotas que se pagaban eran de diez pesetas mensuales solamente. Pero era lo único que había en aquellos tiempos para la protección sanitaria y asistencial de todos los españoles, cuando el Nuevo Régimen Político, salido de la Guerra Civil, trataba de establecer un nuevo entramado de Normas Legales, muy diferentes a lo que existía anteriormente, para regular la vida de los españoles en aquella nueva etapa histórica de nuestro país.

Abolidos los Partidos Políticos y las Organizaciones Reivindicativas, los agricultores del campo de Elche sólo disponían de las Cooperativas, de los Grupos de Colonización y de la Hermandad, como Organizaciones Asociativas. Las Cooperativas y los Grupos de Colonización, para organizar y desarrollar su trabajo profesional y productivo en común y la Hermandad para regular dentro del nuevo Ordenamiento Jurídico, establecido por la Organización Sindical, sus derechos y sus obligaciones de cara a la Administración del Estado, en sus distintos ámbitos. De la Hermandad dependía también la Organización y funcionamiento de la Guardería Rural, que patrullaba y vigilaba la totalidad del término municipal de Elche, y que sufragaban todos los terratenientes ilicitanos, mediante una cantidad determinada por tahulla de tierra, que se pagaba anualmente, como un añadido al importe de la contribución rústica de todas las tierras del campo de Elche, que figuraba en todos los recibos. Es decir, que la Guardería Rural que vigilaba los campos, siempre la sufragaron los agricultores ilicitanos, primero a través de la Comunidad de Labradores y en el Nuevo Régimen, a través de la Hermandad, mientras los guardas municipales que vigilaban la población los sufragaba el Ayuntamiento, de los impuestos que pagaban el conjunto de todos los ilicitanos, tanto de los que vivían en la población, como de los que vivían en el campo. En ese aspecto, los campesinos, estaban peor tratados que los «ciudadanos», ya que pagaban por dos veces, los impuestos locales referentes a la Seguridad Ciudadana.

Capítulo 4

La Guerra Mundial finalizó en el mes de Mayo de 1.945, con la derrota de Alemania y sus aliados que fueron los que la promovieron y la iniciaron. Y España pudo mantenerse al margen de la misma, resistiendo la presión de Alemania que tenía mucho interés en ocupar el Peñón de Gibraltar, para dominar el Estrecho del mismo nombre, que hubiera estrangulado la entrada del Mediterráneo a la flota aliada, y que era un punto estratégico de primer orden, vital para los aliados, que también dominaban el Canal de Suez.

Vencidas estrepitosamente Italia y Alemania, que fueron las dos naciones que ayudaron, de una manera decisiva, a que Franco ganara la Guerra Civil Española, el Régimen Franquista perdió sus dos principales valederos, y parecía que se iba a desmoronar de la noche a la mañana, pero no fue así, ya que las diferencias entre la U.R.S.S, por una parte y las Potencias Occidentales por otra, favorecieron, de rebote, al Régimen Franquista, y en vez de tomar medidas militares contra el mismo, como se esperaba, se limitaron a tomar medidas diplomáticas y comerciales, retirando sus Embajadores de Madrid y aislando, por completo, a España, diplomática y comercialmente. De ahí el que, en función de ese aislamiento comercial los productos de primera necesidad, alimenticios y de toda índole continuaron escaseando mucho, a pesar de haber finalizado

el conflicto internacional. Solo Portugal y Argentina continuaron manteniendo relaciones diplomáticas y comerciales con la España Franquista. Y de Argentina llegaron a nuestros puertos algunos barcos de trigo, que paliaron, en una mínima parte la deficiente situación alimenticia que padecía nuestro país, durante aquellos difíciles años de la vida española. Aquellos cargamentos de trigo vinieron acompañados de una Embajadora de Lujo, como fue Eva Duarte de Perón, esposa del Presidente Argentino, Domingo Perón, que fue paseada por las calles de Madrid, acompañada del General Franco, como si fuera un Hada Benefactora.

Por lo tanto, continuaron en plena vigencia las cartillas de racionamiento, a pesar del tiempo transcurrido desde que se implantaron, por que continuaban las escaseces y deficiencias alimentarias. De la misma manera, el mercado negro de los artículos de primera necesidad, llamado «estraperlo», no había forma de erradicarlo, ya que estaba muy enraizado en la vida nacional. Y al socaire de este mercado negro, se amasaron grandes fortunas entre los que movían grandes volúmenes de productos intervenidos de primera necesidad y también los que «estraperlaban», al por menor, se enriquecieron un tanto, a pesar que de cuando en cuando, la Guardia Civil les cogía «in fraganti», y les ponía fuertes multas, además, de decomisarles los productos intervenidos.

Esta situación, un tanto anómala, favorecía a los agricultores ilicitanos que estaban atravesando una bonanza económica, como no se había conocido nunca hasta entonces, situación que se prolongaba años y años, y que parecía no tener fin. Y de esta bonanza económica, participaba también, por supuesto, la familia Tarí-Sempere, que veían como la libreta de ahorros que tenían en la Cooperativa del Campo, iba incrementando los saldos que figuraban en la misma, hasta tal punto, que Carlos Tarí decidió poner un millón de pesetas a plazo fijo, por que le generaba más intereses que la libreta a la vista, y por consiguiente, le reportaba, mayor rentabilidad aquel dinero que lo había depositado para un plazo de tres años.

En la vida diaria de la familia Tarí-Sempere, todo marchaba de una manera satisfactoria: gozaban todos sus miembros de una buena salud; la hija y el hijo iban haciéndose mayores, sin ningún contratiempo y la situación económica era próspera y boyante. ¿Qué

más podían desear dentro de la vida laboriosa y un tanto sacrificada que llevaban los agricultores ilicitanos por aquellos tiempos que no tenían más ambición que trabajar muchas horas al día y vivir tranquilos en sus casas de campo?

La agricultura marchaba sobre ruedas; todos los productos que se cosechaban se vendían pronto y bien, excepto los que había que entregar a la Comisaría de Abastecimientos y Transportes y los limones y las almendras que no tenían salida por que los mercados internacionales estaban completamente obstruidos; la vida política española se había estabilizado, después de las incertidumbres de los años anteriores; las heridas producidas por la Guerra Civil, se iban cicatrizando, poco a poco, aunque los españoles seguían divididos, políticamente, en dos bandos antagónicos, pero ya con los ánimos más calmados; los costos de cultivo, eran relativamente bajos; había agua suficiente para regar los campos; no se producían contratiempos significativos relevantes ni desastres naturales que produjeran daños importantes en la agricultura, ni alteraran el curso normal de la vida y de las cosas. En definitiva, la vida en el campo de Elche, se iba desarrollando dentro de una normalidad más absoluta, y un día se sucedía a otro día sin sucesión de continuidad.

Así las cosas, Carlos Tarí, en las vísperas de las Fiestas Navideñas del año 1.948, quiso alegrar la vida de toda su familia, comprando algunos objetos que mejorasen su nivel de vida, y que les ilusionasen un tanto, ya que su situación económica se lo permitía. En primer lugar, le compró a su esposa una vajilla completa de porcelana, ya que la que se compró cuando se casaron, era de calidad inferior, y además estaba muy deteriorada por los dieciocho años de uso. Esta vajilla, le costó dos mil pesetas, que en aquellos tiempos era una auténtica fortuna.

A la hija y al hijo les compró una bicicleta nueva a cada uno, de la marca B.H, que, le costaron seiscientas pesetas cada una. La bicicleta de la chica tenía una estructura diferente a la del chico, para que pudiera subir y bajar de ella, sin levantar la pierna y se le remangara la falda, (entonces, las mujeres, todas vestían faldas y los pantalones solo los usaban los hombres). en el campo de Elche, a estas bicicletas, se les llamaba «bicicletes de dona», y tenían el mismo precio que las de los hombres.

Desde hacía varios años, la chica y el chico, sabían montar en bicicleta, ya que habían aprendido con la de su padre, que se compró siendo aún soltero, hacía más de veinticinco años, y aún la conservaba, aunque estaba ya bastante deteriorada por un uso tan prolongado.

En esos momentos, la chica tenía diecisiete años recién cumplidos y el chico quince años y medio, y aquellas dos bicicletas nuevas fueron para ellos, el mejor regalo que les pudo hacer su padre, en esas edades venturosas, en que despertaba a la ilusionada pubertad.

Y también Carlos Tarí, quiso tener su propio regalo, como los demás miembros de su familia y se compró una motocicleta marca «Lube» que le costó ocho mil quinientas pesetas y que fue una de las primeras motocicletas, que se vieron circular por los caminos y carreteras del campo de Elche. Para poder circular con la motocicleta, tuvo que someterse a un ligero examen en una escuela de aprendizaje que le concedió el carnet correspondiente, sin la menor dificultad, ya que entonces, ese examen sólo era un mero trámite administrativo, sin las menores complicaciones.

Para ponerle gasolina a la «Lube», iba a la única gasolinera que había en Elche, y que estaba en la «Placa de Baix», y que la gasolina se bombeaba accionando una manivela, manualmente, mediante unos movimientos laterales. Entonces, la gasolina estaba baratísima, como todo lo demás, y en veinte pesetas llenaba el depósito de la motocicleta, que tenía para circular varias semanas, ya que la utilizaba muy poco. Ni que decir tiene, que todos los vecinos y conocidos de Carlos Tarí, le tenían mucha envidia al verlo circular montado en su flamante «Lube», pues fue uno de los primeros agricultores ilicitanos que se motorizaron, y aquello constituyó una verdadera novedad. A partir de esos momentos, ya se vieron algunas motocicletas más circulando por el campo de Elche.

Aquellas Fiestas Navideñas, fueron muy gratificantes y venturosas para la familia Tarí-Sempere, y se comieron con mucho gusto un pavo negro de seis kilos de peso, que sacrificaron la víspera de Navidad por la tarde, después de haberlo criado con mucho cuidado y esmero, durante diez meses, alimentándolo con piensos naturales, cosechados en sus propias tierras, (aun no se conocían los piensos compuestos).

Después de la abundante cena familiar de la Noche Buena, a base de pavo asado y frito y para postre nueces y dátiles de una palmera que tenían de muy buena calidad, (lo del turrón y los mazapanes, eran artículos de lujo, desconocidos en el campo de Elche, en aquellos tiempos), mientras Carlos y los dos hijos charlaban alrededor de la lumbre que ardía en la «llosa», que había en todas las cocinas de las casas de campo, la mujer preparaba la comida para el día siguiente, a mediodía, a base de «Puchero y Terongetes», que era lo tradicional, en esas entrañables fechas navideñas. De esa manera todo se lo dejó listo y preparado antes de irse a dormir y el día de Navidad se levantó temprano y puso la olla en la lumbre, con su sabroso contenido, y a las once de la mañana ya tenía la comida a punto. De esta manera después del almuerzo, a base también de carne de pavo como principal ingrediente, el matrimonio Tarí-Sempere, acompañado de sus dos hijos, ataviados con sus mejores ropas, se marcharon a pie a la Ermita de la Hoya, que distaba menos de dos kilómetros de su casa, a oír misa que se celebraba a las doce de la mañana.

Hacia un día tranquilo y soleado y no demasiado frío, para estar a finales del mes de Diciembre. Esta circunstancia, influyó bastante para que acudiera mucha gente a misa, de Daimés y de la Hoya, ya que los habitantes de las dos pedanías formaban una sola feligresía, bajo la advocación de San Antonio de Padua. Esta Ermita, que fue siempre para la Hoya y Daimés, estuvo hasta la Guerra Civil, en el límite de las dos pedanías, pero la incendiaron durante la contienda y al finalizar la misma, «el Tío Diego Pomares», que vivía en la Hoya y que era muy influyente en los años de la posguerra, cedió unos terrenos, de su propiedad, en la Hoya, para que construyeran una Ermita nueva allí, con el mismo patronazgo, aunque continuaba siendo para las dos pedanías.

Cuando finalizó la misa, toda la gente que había asistido a la misma, que eran vecinos y conocidos, se reunieron en grupos, delante de la Ermita, para felicitarse las Pascuas mutuamente y hablar de sus cosas en amigables conversaciones. Los hombres hablaban del tiempo y de las cosechas y las mujeres de la casa y los problemas familiares y de los hijos. Como entonces las familias campesinas, tenían pocas oportunidades para saludarse y charlar entre sí, porque había menos comunicación que ahora, cuando se presenta-

ba una ocasión como aquella, hablaban largo y tendido de todas las cosas que les eran comunes, ya que todos ellos vivían y se desarrollaban en los mismos ambientes, y compartían idénticos pesares y alegrías, como componentes que eran de la misma colectividad humana. Entonces las relaciones entre vecinos y conocidos, eran más íntimas y solidarias, y cuando alguna familia sufría alguna luctuosa adversidad, las gentes de sus entornos, se mostraban más solidarios y afectuosos que en estos tiempos actuales, en que cada cual va a sus cosas y a sus asuntos, y por lo tanto, se preocupan menos de los problemas de los demás.

Entonces la vida era más tranquila y sedentaria y se cuidaban mucho más las relaciones amistosas, dentro de los estrechos círculos en que se movían las familias campesinas. En la actualidad, todo el mundo tiene prisa, como si temiera llegar tarde a todas partes, a pesar de que todos nos movemos en vehículos más rápidos. Y este mayor impulso y velocidad en que nos movemos, nos produce más estrés, ansiedad y egocentrismo, que deshumaniza un tanto, las relaciones amistosas entre unos y otros, aunque sean vecinos y conocidos. Y eso no ocurre solo en los medios rurales, si no también en las grandes poblaciones, hasta tal punto, que en las grandes ciudades, donde hay bloques de viviendas con muchas alturas, los vecinos que entran y salen por la misma puerta, en muchos casos apenas se saludan cuando se cruzan por las escaleras o suben o bajan en el mismo ascensor. Y cuando entran en sus respectivas viviendas, cierran las puertas de acceso a las mismas y se aislan por completo del vecindario que le circunda y estas viviendas se convierten casi en compartimientos estancos, con muy poca comunicación entre si.

La esposa de Carlos Tarí, ya que no había podido darles una educación más amplia a sus hijos, como hubiera sido su deseo, quería que su hija Ana María aprendiera corte y confección, para que al menos supiera confeccionarse sus propios vestidos y los de sus allegados. Y en tal sentido habló con una modista que tenía abierto un taller en el barrio de las Puertas Coloradas, para que su hija asistiera todos los días laborables unas horas, por las mañanas, para que le enseñaran bien a coser y a cortar patrones. Y con su bicicleta nueva todos los días a primera hora, por la carretera de Dolores, recorría los cuatro kilómetros que le separaban de la población y a las dos de

la tarde regresaba a su casa y ya no volvía al taller de costura hasta el día siguiente por la mañana. El resto del día lo dedicaba a ayudarle a su padre en las tareas agrícolas, lo mismo que hacia su hermano, sobre todo en la recolección de frutas y hortalizas.

Este aprendizaje duró dos años y medio y cuando ya dominaba bien el oficio de corte y confección, dejó de asistir al taller, pues en realidad, ella no quería llegar a ser una profesional de la costura, si no más bien aprender lo suficiente para cubrir sus propias necesidades en este aspecto.

En aquellos tiempos, era muy importante que las mujeres tuvieran amplios conocimientos en corte y confección, para hacerse sus propios vestidos, pues aún no se había puesto de moda lo de la venta de los vestidos confeccionados, como ocurre ahora, en que hay muchas tiendas de ropa de «Prêt-à-Porter», tanto en vestidos para hombres como para mujeres, que salen ya confeccionados de las fábricas, y por lo tanto, no son necesarios los sastres y las modistas que tenían sus talleres particulares. En eso, como en otras muchas cosas, han cambiado mucho las costumbres de unos años a esta parte.

Durante el tiempo que Ana María estuvo asistiendo, por las mañanas, al taller de costura, conoció a otras muchachas de su misma edad, que también estaban aprendiendo a coser. Con algunas de estas muchachas, entabló una estrecha y entrañable amistad que mantuvo durante muchos años.

Los Domingos y días festivos, Ana María iba por las tardes, acompañada de su madre, al caserío de la Hoya, donde el «Tío Diego Pomares», había construido dos locales públicos, dedicados a actos lúdicos, fueron de los primeros que se abrieron en el campo de Elche, después de la Guerra Civil y que se constituyeron en un foco de atracción para la juventud de la Hoya y de las pedanías adyacentes. En el cine pasaban películas y en el casino organizaban bailes los sábados por la noche y en las tardes de los domingos y de los días festivos, donde la juventud se lo pasaba muy bien, rompiendo la monotonía casi total en que habían vivido hasta entonces, cuando no habían locales públicos donde reunirse para bailar y divertirse. Esto fue un punto y aparte en las costumbres de la juventud campesina de aquella zona.

Cuando en el año 1.942, la Comunidad de Labradores de Elche, que aún continuaba funcionando normalmente, compró el edificio número 13, de la Calle Puente Ortices, para establecer allí su sede social, (hasta entonces, los diferentes locales que habían ocupado desde su fundación, en el año 1.900, los había usufructuado en alquiler), lo primero que hicieron, fue comprar una imagen de San Isidro, Patrón de los agricultores españoles, que les costó quinientas pesetas y que fue colocado en una pequeña hornacina, que construyeron exprofeso, para tales fines. Y cuando tres años después, la Hermandad de Labradores y Ganaderos, de reciente creación, asumió las competencias y el patrimonio de la disuelta Comunidad, entre ese patrimonio figuraba, entre otras muchas cosas esta imagen de San Isidro.

Y a partir de finales de la década de los años cuarenta, todas las Primaveras, cuando llegaba el día quince de Mayo, Fiesta de San Isidro, los Directivos de la Hermandad organizaban una romería por las principales calles del centro de la ciudad, para honrar al Patrón del campo y de los agricultores. En este desfile-romería, tomaban parte mucha gente del sector campesino ilicitano, la mayor parte de ellos ataviados con la vestimenta típica campesina, sobre todo los chicos y las chicas que llevaban ofrendas de frutos y flores al Santo Patrón. También participaban en la romería, carrozas engalanadas, tiradas por parejas de bueyes, cada una de las cuales, llevaba el nombre de la pedanía a la que pertenecían. Y la carroza de la partida de Daimés, no faltaba ningún año, y era una de las más distinguidas entre todas las que participaban. Junto a cada una de estas carrozas iban los pedáneos de cada una de estas partidas rurales acompañados de los agricultores más notables de cada lugar. Y en el caso concreto de Daimés, Carlos Tarí, no faltaba ningún año a estas romerías. De la misma manera su hija Ana María y su hijo Carlos, también participaban junto con otros jóvenes de la partida, llevando ramos de flores, cestas de frutos o animales de corral, objetos todos ellos, que al terminar la romería entregaban a las monjas del Asilo de los ancianos, como alimentación complementaria de las personas mayores acogidas en esta Institución Benefactora.

En estas romerías, que resultaban muy vistosas, participaban también, algunos jóvenes campesinos, montando caballos ricamente

enjaezados, que llamaban mucho la atención, convirtiéndose en las estrellas de estos desfiles festivos.

Estas romerías del día de San Isidro, que se celebraban por las calles de Elche cada quince de Mayo, hasta finales de la década de los años cincuenta, que tuvieron que suspenderse, ante el incremento del tráfico rodado por las calles de la ciudad, que las dificultaban mucho se convirtieron en la auténtica fiesta anual del campesinado ilicitano, en una época próspera para la agricultura del campo de Elche, cuyas gentes habían mejorado mucho su nivel de vida y su situación económica, en los últimos años, por las razones que ya expusimos en páginas anteriores.

Cuando el tráfico rodado hizo imposible que estas romerías se continuaran celebrando por las calles de Elche, se siguieron celebrando en el campo, cada año en una Ermita diferente, hasta que dejaron de celebrarse en la década de los años ochenta, cuando en la época de la Transición Política, de la Dictadura a la Democracia, desaparecieron legalmente, las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos y se implantaron las Cámaras Agrarias que asumieron sus funciones y competencias.

Una nueva época histórica se había iniciado en España, con la llegada de la Democracia, que cambió las Instituciones Oficiales y modificó sustancialmente, las costumbres y las formas de vivir de los españoles, en general, y de los agricultores del campo de Elche, en particular.

Capítulo 5

El año 1953, fue el de la consolidación y afianzamiento del Régimen de Franco, después de unos años de tensiones e incertidumbres al finalizar la Guerra Mundial e implantarse en Italia y Alemania gobiernos democráticos.

Como dijimos en páginas anteriores, las diferencias entre Rusia y las Democracias Occidentales, que generaron la creación imaginaria del llamado «Telón de Acero», favorecieron al General Franco, ya que su anticomunismo visceral sintonizaba con la nueva estrategia militar de Estados Unidos y sus antiguos aliados en la Guerra, para enfrentarse con la U.R.S.S, con mayor eficacia, en aquel nuevo desafío. Ciertamente, el Régimen de Franco no les gustaba a los Estados Unidos, pero como defendía sus intereses estratégicos, dejaron de combatirlo y trataron de apoyarlo, para que pudiera superar las dificultades de todo tipo que había padecido en los últimos años. En ese sentido, propiciaron que las Naciones Unidas tomaran el acuerdo de que los Embajadores Extranjeros de muchas Naciones que fueron retirados de Madrid unos años antes, volvieran a la



La carroza de Daimés en la romería de San Isidro del año 1954



Un grupo de muchachas del campo de Elche, durante la romería de San Isidro, llevando ofrendas al Patrón de los agricultores, en el año 1954

Capital de España y se reanudaran las relaciones diplomáticas y comerciales, que estaban interrumpidas desde hacía varios años.

Al margen de este acuerdo de la O.N.U, los Estados Unidos establecieron con el Gobierno Español, un Tratado de Ayuda y Colaboración, en el que se incluía la creación de unas Bases Militares Americanas Navales y Aéreas en territorio español, para que pudieran ser utilizadas en determinadas circunstancias, por los submarinos y los aviones de los Estados Unidos, como puntos de apoyo estratégico, de cara a una posible confrontación futura con la U.R.S.S. Esto supuso el final del aislamiento internacional de España del concierto de las Naciones y un espaldarazo definitivo al Régimen Político de Franco.

En este mismo año de 1.953, el Gobierno Español firmó también un Concordato con el Vaticano, en el que se establecía, entre otras cosas, que el Jefe del Estado Español podía proponer los Obispos que tenían que cubrir las vacantes dejadas en las diferentes Diócesis Españolas, cuando se produjeran cambios en las mismas y también que varios Dignatarios de la Iglesia Española pudieran ser Procuradores en Cortes, en la Cámara Legislativa Española en aquel Régimen de Democracia Orgánica.

Esta nueva situación política en España, propició el que se normalizasen los abastecimientos de productos de primera necesidad, después de muchos años de escaseces y privaciones y que las cartillas de racionamiento, pasaran a mejor vida y fueran una pura y simple referencia en el recuerdo de las gentes, que habían estado sometidas a ellas, desgraciadamente, durante tanto tiempo.

La esposa de Carlos Tarí, puso las cuatro últimas cartillas de racionamiento de su familia, dentro de un sobre, que guardó en un cajón donde conservaba otros papeles y documentos antiguos, como recuerdo familiar de aquella época pasada tan negativa y felizmente superada.

Durante aquellos largos años, en que estuvieron en vigor las cartillas de racionamiento, la familia Tarí-Sempere, se suministraba de los alimentos que les correspondían en la tienda del «Nugolau», que era la que tenían más cercana a su domicilio.

El Tratado Hispano-Americano de Ayuda y Colaboración, tuvo aspectos positivos inmediatos, en cuanto a la mejoría de los abaste-

cimientos de productos de primera necesidad de la población española, ya que empezaron a llegar a los puertos de nuestro país, muchos cargamentos de trigo, de maíz, de leche en polvo, etc, en un auténtico aluvión. Pero no sólo nos trajeron los americanos productos alimenticios, que nos hacían tanta falta, si no que nos trajeron también muchas películas producidas en Hollywood, que reflejaban el modelo de vida americano, tan distinto al nuestro, y también los pantalones vaqueros y las camisas a cuadros, entre otras muchas cosas. Aquello fue una auténtica invasión cultural, que modificó, sustancialmente, las costumbres y la mentalidad de los españoles, hasta tal punto, que todo lo que venía de los Estados Unidos era bien recibido y se consideraba lo mejor del mundo, y a los americanos se les veía como a unos verdaderos benefactores. Ese espíritu y ese ambiente, quedó muy bien reflejado en la película de Berlanga «Bienvenido Mister Marshall», en tono de humor.

Y nos trajeron también otra cosa muy importante: las fórmulas de los piensos compuestos, que revolucionaron la alimentación de la Cabaña Nacional, que en pocos años se multiplicó enormemente, en todas sus variedades, cambiando, radicalmente, la nutrición de la ganadería española, productora, de leche y de carne.

Poco tiempo después de firmarse el Tratado Hispano-Americano, vino de visita a Madrid el General Eisenhower, a la sazón Presidente de los Estados Unidos, que desfiló por el Paseo de la Castellana, en un coche descubierto, junto al General Franco, con mucha pompa y boato.

Aquello fue una manifestación inequívoca de agradecimiento ante las ayudas recibidas, aunque estas ayudas tenían la contrapartida de la servidumbre que suponía tener en suelo español, unas Bases Militares de, un país extranjero, con todo lo que ello significaba, lo que demostraba, fehacientemente, que aquellas ayudas no eran tan desinteresadas como se quería dar a entender a los españoles.

A partir de aquellos momentos, cambiaron mucho las cosas en el campo de Elche, ya que los cereales, que hasta entonces habían sido los productos preferidos y mejor valorados, dejaron de serlo y perdieron interés para los agricultores En cambio, los limones y las almendras, postergados durante muchos años, al normalizarse de

nuevo el comercio internacional, recuperaron su valor normal de mercado, como habían tenido hasta el año 1.936.

Ante esta nueva disyuntiva, los agricultores del campo de Elche, se decantaron por los frutales y las hortalizas y empezaron a plantarse, por todas partes, almendros, naranjas, limoneros, granados, higueras, melones, sandías, tomates de conserva, tomates de plaza, patatas, berenjenas, habas, alcachofas, pimientos para el pimentón y dos plantas industriales : el algodón y el cáñamo, hasta tal punto, que durante las décadas de los años sesenta, setenta y ochenta, el campo de Elche, se convirtió en un auténtico vergel, con todas las tierras bien cultivadas y en plena producción.

Los pimientos para pimentón (ñoras), era un cultivo oriundo de Murcia y de la Vega Baja del Segura y se introdujo en el campo de Elche cuando estas tierras empezaron a regarse con aguas dulces procedentes de los sobrantes de la Vega Baja del Segura. Pero a partir de los años cincuenta se incrementó mucho este cultivo, hasta el extremo de que en 1.978, se plantaron en el campo de Elche, 1.200 hectáreas de ñoras.

En los primeros tiempos, los agricultores ilicitanos compraban la planta de las ñoras de los viveros que hacían los huértanos en los alrededores de Orihuela. Pero unos años después, ya se hacían estos viveros aquí en el campo de Elche, con la misma facilidad que los hacían en Orihuela.

Hasta los años sesenta, las ñoras en todas partes, se secaban al sol en las eras y a su debido tiempo, se abrían una a una manualmente. Después, ya se secaban artificialmente y se abrían también mecánicamente. Con este sistema se ganaba tiempo y se eliminaban los riesgos de mojaduras, cuando llovía y las ñoras estaban aún abiertas en las eras.

En los años ochenta, en el campo de Elche, montaron varios de estos secadores artificiales, cuando el cultivo de las ñoras estaba en todo su apogeo, unos particulares y otros en las Cooperativas Agrícolas, para el servicio de sus socios.

El algodón se conocía en Elche desde hacía mucho tiempo y según algunas referencias de los cronistas antiguos se plantaba en los huertos de palmeras, como un cultivo complementario, pero en

pequeñas cantidades. Fue a finales de los años cincuenta, cuando empezó a plantarse en grandes extensiones, alcanzando las 600 hectáreas en 1.960, y superando mucho esta superficie después de nuestra integración en la Comunidad Económica Europea, cuando ya se sabía a priori el precio a que se iba a cobrar la fibra, cuando se cosechaba, puesto que estos precios se fijaban al principio de cada campaña.

Las familias campesinas que solían plantar algodón eran, en su mayor parte, aquellas que disponían de mano de obra propia, ya que el importe de los trabajos de la recolección de la fibra, suponía casi el 50%, del total de los costos de cultivo, y si esos jornales, se quedaban en casa, la rentabilidad era mayor. Los trabajos de la recogida de la fibra, pueden hacerlos, lo mismo los hombres que las mujeres, e incluso los niños, ya que no requiere ningún aprendizaje. Estos trabajos suelen hacerse a destajo, pagando una cantidad determinada por cada kilo de fibra recogida. De unos años a esta parte y en las zonas donde se plantan grandes extensiones de algodón, (como son Andalucía y Extremadura, por ejemplo,) la fibra se recolecta mecánicamente, lo que ahorra muchos gastos y jornales. En esas zonas, donde la fibra se recoge mecánicamente, el algodón suele plantarse de forma tal, que la maquinaria empleada para estos fines, pueda desarrollar su trabajo de una manera mas óptima y con mayor aprovechamiento. Recoger la fibra mecánicamente, forma parte de la creciente mecanización de la agricultura, que se inició en la década de los años sesenta y que continua alcanzando nuevas metas. Pero en el campo de Elche, la fibra se sigue recolectando manualmente, ya que se planta en parcelas reducidas, y, además, la mayoría de los bancales no están acondicionados para emplear esta clase de maquinaria.

Hubo otro cultivo desconocido hasta entonces que irrumpió con fuerza en el campo de Elche, en el año 1.950 y que procedía de la Vega Baja del Segura, y que tuvo mucha aceptación entre el campesinado ilicitano, hasta tal punto, que en 1.958, se plantaron 1.500 hectáreas de tierra de este cultivo. Nos estamos refiriendo al cáñamo, que pasó por aquí como una estrella fugaz, ya que, desapareció por completo en 1.965, no sólo en el campo de Elche, si no también en las demás zonas productoras, ya que al aparecer los plásticos y

las fibras sintéticas, el cáñamo y las demás fibras naturales, perdieron todo su valor comercial y se paralizó por completo su cultivo, al perder todas sus cuotas de mercado, que había tenido hasta entonces.

Durante esos quince años en que se plantó tanto cáñamo aquí, en el campo de Elche, entre los meses de Mayo a Julio grandes extensiones de tierra se convertían en manchas verde-azuladas, que es el color de estas plantas, que despiden un olor fuerte muy característico. De la misma manera, se construyeron muchas balsas por las orillas de los caminos, para ponerlo en remojo, durante unos días, con el fin de que la agramadera pudiera hacer bien su trabajo de separar la piel de las cañas, (que es la fibra del cáñamo) de la parte dura del interior, que es la agramiza.

La introducción del cultivo del cáñamo en el campo de Elche, originó una nueva cultura en el campesinado ilicitano, cultura que no asimilaron del todo, y que aprendieron «dels castellans» (así llamaban los agricultores del campo de Elche a sus homólogos de la Vega Baja del Segura), que llevaban mas tiempo realizando esta clase de trabajos. Y no asimilaron del todo porque para realizar los trabajos de agramado, siempre buscaban «als castellans», que traían sus propias agramaderas.

El trabajo de agramar, que era muy pesado y además muy nocivo para la salud, puesto que el polvillo que despedía perjudicaba mucho los pulmones, se realizaba a destajo, pagando una cantidad determinada por cada quintal de fibra limpia, (el quintal de cáñamo tenía cuarenta y cuatro kilos y medio de peso). Estos quintales eran también las unidades de venta de la fitra.

El centro comercial del cáñamo, estaba en Callosa del Segura, (recientemente, montaron allí un Museo del Cáñamo, en el que se exhiben todas las herramientas y aperos que se empleaban en el agramado y limpieza de la fibra), y allí estaban también los principales mayoristas de este comercio, mayoristas que tenían sus intermediarios, que venían en bicicleta al campo de Elche, para comprarles la fibra a los cosecheros.

Si llegaban a un acuerdo en la compraventa, el «correor» le daba al vendedor una cantidad determinada de dinero; como «señal», y cuando retiraba la mercancía, le abonaban, la totalidad del

importe. Estos «correors», en la mayoría de los casos, eran personas, cuya seriedad dejaba mucho que desear, y por lo tanto, los agricultores desconfiaban de ellos ya que si podían les engañaban sobre todo, cuando la fibra tendía al alza, circunstancia que los agricultores desconocían, por estar más alejados de este centro comercial. Además, eran muy marrulleros en el trato.

La fibra del cáñamo tenía la ventaja que podían retenerla todo el tiempo que quisieran, sin sufrir merma ni deterioro, siempre y cuando se conservara en un almacén apropiado, donde no hubiese la más mínima humedad. Por lo tanto, podían esperar a venderla cuando, estuviera más cara y así poder sacarle mayor rendimiento, si el cosechero no necesitaba dinero de una manera inmediata. De ahí el que se dijera que el cáñamo era una cosecha de ricos, lo mismo que se decía de los cosecheros de almendras, que también pueden conservarse dos o tres años, en las mismas condiciones de almacenamiento que el cáñamo.

En la década de los años cincuenta, otro producto del campo de Elche tenía mucha aceptación en los mercados extranjeros, particularmente, en el Reino Unido de la Gran Bretaña. Nos estamos refiriendo a los melones, de la variedad tendral negro, que eran muy resistentes para la exportación. Estos melones se hicieron famosos en Inglaterra y se pagaban a muy buenos precios, hasta tal punto, que unos años después cuando empezaron a producirse melones de la misma variedad, en los Campos de Cartagena, los exportaban a Inglaterra con las etiquetas de «Melones de Elche».

La B.B.C., de Londres, emisora de radio que se oía mucho en España, en sus programas en lengua castellana, de las diez de la noche en adelante, porque publicaba noticias políticas que aquí no permitía publicar la censura, una vez a la semana, daba noticias comerciales del Covent Garden, que era el principal mercado de, productos agrícolas de Londres, y con frecuencia hablaba de los melones de Elche y de los buenos precios a que se vendían.

Durante estos años, se plantaron muchos melones en el campo de Elche, alcanzando en el año 1 .955 las 1.500 hectáreas de tierra de este cultivo, para ir decayendo, paulatinamente hasta desaparecer casi por completo, al cabo de unos años., La principal causa de esta decadencia fue que las tierras se cansaron de criar este cultivo,

hasta tal punto que en el bancal que se plantaban melones ya no podías repetir plantar lo mismo en ocho ó diez años, si no se sometía la tierra a un tratamiento de desinfección, a base de unos productos químicos muy fuertes.

Uno de los mayores inconvenientes que presentaba los melones, de aquella variedad era que tenían que cubrirlos cuando estaban en las matas, para que no les diera el sol, ya que si no lo hacían se manchaba su piel y perdían valor comercial. Y eso era un auténtico problema para los agricultores, Por eso, después salió otra variedad de melones amarillos que no se manchaban por el sol, aunque tenían la piel más fina, y por lo tanto eran menos aptos para la exportación.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo 6

En Diciembre de 1.952, cuando Ana María cumplió 21 años, que era entonces la fecha en que los españoles adquirían la mayoría de edad, a todos los efectos legales, Carlos Tarí, suscribió un depósito de un millón de pesetas, a plazo fijo, a nombre de su hija, como una especie de regalo, para que tuviera algo a su nombre, en lo que se convertiría en el origen de su patrimonio particular. Este depósito lo realizó en la Sección de Créditos y Ahorros de la Cooperativa del Campo de Elche, que era donde él llevaba a cabo la mayoría de sus operaciones bancarias, como otros muchos agricultores del campo de Elche.

Dos años después, hizo lo mismo con su hijo Carlos, porque en eso, como en todas las cosas, medía a sus dos hijos con el mismo rasero, para que no hubiera diferencias ni rencillas entre ellos, ya que a los dos los trataba con la misma consideración, y de ellos, recibía el mismo afecto filial.

Carlos Tarí entendía, que con esta donación monetaria que les hacía a sus dos hijos, en el momento de cumplir su mayoría de edad, les haría más responsables y conservadores de unos bienes que ha-

bían sido producto del trabajo colectivo de toda la familia, en general, y de ellos dos en particular, y como premio a la dedicación absoluta al cultivo de la tierra junto a sus padres, y que más pronto o más tarde, iría a parar a ellos, en concepto de herencia. Por otra parte, al recibir ese dinero, que les iba a producir unos intereses, era como un anticipo del patrimonio que recibirían después, cuando sus padres se lo transmitieran en herencia. De esta manera, trabajarían más a gusto y con más interés, al comprobar que sus padres trabajaban también pensando en ellos, que eran en definitiva, sus legítimos herederos.

Carlos Tarí y sus dos hijos, que ya tenían criterio propio, y que en la mayoría de los casos, coincidía con el de sus padres, en lo que tenían que planificar el cultivo de sus tierras, que no tenían arbolados, plantaban hortalizas de Verano, de Otoño y de Primavera, con el fin de que ellos pudieran cultivarlas y recolectar las cosechas con sus propios medios, sin necesidad de pagar jornales a otras personas ajenas a la familia.

Con esa finalidad, en la Primavera, solía plantar unas tahullas de algodón, de ñoras y de berenjenas o melones; en el mes de Agosto, unas tahullas de alcachofas y en el mes de Septiembre plantaba habas. Así tenían un trabajo escalonado para los últimos seis meses del año y los primeros del año siguiente, que empezaban con la recolección de las berenjenas, a partir del mes de Julio y terminaba con la recolección de las habas en el mes de Mayo. Las habas, las alcachofas y las berenjenas, solían llevarlas con el carro a la Lonja de Frutas y Verduras de Elche, para su comercialización; las ñoras, las secaban y las abrían en la era y el algodón lo entregaban en los almacenes de la Algodonera.

Esta variedad de cultivos, que se recolectaban, de una manera escalonada, propiciaba el que tuvieran ingresos en casi todos los meses del año, pues tenían también las cosechas de las granadas, de las naranjas, de los dátiles y de otros arbolados. Y de todas estas cosechas se recogía un dinero en mayor o menor cantidad. La cuestión era, que la familia Tarí-Sempere, trabajando muchas horas al día, por supuesto, y gastando lo estrictamente imprescindible, gozaban de una situación económica bastante desahogada y el balance de todos estos años, era positivo, ya que siempre había superávit,

aunque en unas cantidades no demasiado elevadas. Y en esa misma situación, estaba la mayor parte de las familias campesinas ilicitanas, en la década de los años cincuenta.

Esta bonanza económica, que estaba experimentando la agricultura ilicitana, se traducía también en un mayor desarrollo y prosperidad de las Cooperativas Agrarias, que funcionaban en el campo de Elche, Cooperativas que les prestaban a sus socios determinados servicios y les suministraban fertilizantes, semillas y otros productos que les eran necesarios para el cultivo de sus tierras.

Entre las distintas Cooperativas Agrícolas que funcionaban en el campo de Elche, había una que se destacaba sobre todas las demás: la Cooperativa Agrícola del Campo de Elche, fundada en 1.903, (como Caja Rural de Préstamos y Ahorros, que en un principio estaba domiciliada en la pedanía de Daimés), y que desde entonces, fue siempre una verdadera Institución, algo así como el Buque Insignia del campesinado ilicitano.

A lo largo de su dilatada vida, (en estos momentos aún está en funcionamiento), ha tenido altibajos en su trayectoria, pero en esta época esplendorosa de la agricultura ilicitana de mitad del presente siglo, llegó a tener 6.100 socios en los años ochenta, de todas las pedanías del campo de Elche, socios que en su mayor parte, tenían depositados en la Cooperativa casi todos sus ahorros, y que alcanzaron un montante de cerca de mil millones de pesetas, en depósitos a plazo fijo. De la misma manera, la mayor parte de los agricultores, que siendo socios, necesitaban algún dinero, para cubrir determinadas necesidades de sus explotaciones agrarias o ganaderas, pedían préstamos a la Cooperativa, que se los concedía a menor interés que los Bancos y además, con mayores facilidades. Estos préstamos solía concederlos la Cooperativa, para uno, dos o tres años, para reintegrarlos en plazos trimestrales.

Como tanto los Rectores como los empleados eran hombres sencillos del campo, como lo eran también, la mayoría de los socios, de trato sencillo y llano que utilizaban el mismo lenguaje, los socios iban a las oficinas o a los almacenes de la Cooperativa, como si fueran a su propia casa, sin ningún complejo de inferioridad, lo cual les inspiraba mayor confianza en sus gestiones al frente de la entidad.

Como ya dijimos en páginas anteriores, Carlos Tarí también era socio de la Cooperativa del Campo de Elche, como no podía ser de otra manera, utilizando todos los servicios que prestaba, que iban desde el puesto de venta que tenía en la Lonja de Frutas y Verduras, hasta la Sección de Créditos y Ahorros.

Así las cosas, un día, un corredor de fincas, le ofreció a Carlos Tarí un solar de doscientos cincuenta metros cuadrados, en el barrio de las Puertas Coloradas, diciéndole que aquello podía ser un buen negocio, pues el precio era relativamente barato, ya que el dueño quería venderlo por que tenía necesidad de dinero, con urgencia. Quedaron en que le contestaría en un plazo de dos días y Carlos Tarí, consulto con su mujer y sus dos hijos que no les pareció mal la idea. Así es que al día siguiente, se fue la familia en pleno, acompañada por el intermediario, a visitar el solar, que formaba esquina en una de las calles mas céntricas de aquella barriada. Una vez, que ya lo habían visto y les gustó su ubicación, iniciaron el trato. El intermediario les dijo que el precio que le había puesto el dueño al solar, era de mil pesetas el metro cuadrado. Lógicamente, este precio lo consideró Carlos Tarí demasiado elevado y le hizo una oferta en firme de setecientas pesetas. El intermediario le manifestó que para cerrar el trato a menos de mil pesetas, tenía que consultar con el dueño del solar. Así es que quedaron emplazados para el día siguiente, para ver si había posibilidad de entendimiento. Y después de los regateos que siempre se producen en estos casos, se formalizó la compraventa del solar a ochocientas pesetas el metro cuadrado, con la condición de que el comprador pagaría la totalidad de los gastos de notaría y el tres por ciento de comisión que se interesaba el intermediario, y por supuesto, que el pago del solar fuera al contado, tan pronto se firmase la correspondiente escritura notarial, que se formalizaría de una manera inmediata.

En ese momento, Carlos Tarí, le dijo al intermediario que quería conocer al dueño del solar y comprobar la escritura correspondiente, para cerciorarse que no había ninguna pega ni cosa extraña, una vez en presencia del dueño del solar, que resultó ser un conocido industrial ilicitano, y hacer las comprobaciones pertinentes, Carlos Tarí, le entregó cincuenta mil pesetas a cuenta, previo el recibo correspondiente, y le pidió la escritura del solar para llevarla a la

notaría. Tres días después, comprador y vendedor firmaron la correspondiente escritura de compraventa, después de haberle entregado Carlos Tarí las ciento cincuenta mil pesetas que le faltaban al vendedor y las seis mil pesetas de comisión al intermediario.

Una semana después, Carlos Tarí volvió a la notaría, pagó la minuta del notario y con la escritura nueva en su poder, se fue al Registro de la Propiedad, donde cumplieron los requisitos pertinentes, con el fin de que aquel solar figurara a nombre suyo a todos los efectos legales.

A partir de entonces, Carlos Tarí y su esposa, de cuando en cuando, pasaban por el solar para hacerle una visita y comprobaban, con satisfacción, como se iba edificando mucho a sus alrededores, lo cual significaba la revalorización del mismo. Fue aquella la época en que se inició la gran expansión urbanística de la ciudad, por los cuatro puntos cardinales, al socaire del auge industrial y a la gran inmigración que se produjo de gentes foráneas, que venían a Elche en aluvión, en busca de un puesto de trabajo, que les ofrecía ese gran desarrollo industrial ilicitano.

En esa época eufórica de Elche, muchas personas, que se dieron cuenta lo que significaba y a donde conducía ese «boom», expansivo de la ciudad, amasaron cuantiosas fortunas en la compraventa de solares, que en muchos casos, duplicaban su valor de mercado en el plazo de un año. La cuestión era comprar al precio que fuera, pues se tenía la seguridad que se vendería más caro, al cabo de poco tiempo.

Entre las personas que se dedicaban a este tipo de negocios, había también algunos industriales, que ganaron más dinero comprando solares que fabricando zapatos. El negocio de la compraventa de solares, duró hasta finales de los años ochenta, cuando la expansión urbanística de Elche, ya perdió el ritmo tan acelerado y trepidante que había tenido en los treinta años anteriores.

Ana María, que se había convertido en una real moza, bastante agraciada, por cierto, a la edad de veintidós años, inició relaciones amorosas, formales, con un muchacho de la Hoya, dos años mayor que ella, llamado Andrés Esclapez. Era hijo de una familia de agricultores como ellos, que estaba muy bien considerada entre sus veci-

nos y conocidos, y que tenía su mismo nivel económico, poco mas o menos.

Se conocían desde niños y tenían una cierta amistad, desde hacía bastante tiempo, amistad que se fue incrementando más y más hasta desembocar en noviazgo. Estas relaciones amorosas entre Andrés y Ana María, fueron muy bien acogidas por las familias de ambos, que estrecharon, así mismo, sus relaciones amistosas, a partir de esos momentos.

La verdad es que Andrés y Ana María hacían muy buena pareja, en el aspecto físico, los dos eran casi de la misma estatura y parecía que estaban hechos el uno para el otro. Al menos así lo manifestaban las madres de ambos, que eran, entre todos los familiares, las que mas contentas estaban por aquel emparejamiento.

A partir de la formalización de las relaciones, Andrés iba a casa de Ana María, los sábados por la noche y las tardes de los domingos y días festivos, como era costumbre, en aquella época, a lo que las gentes del campo de Elche, en su lenguaje coloquial, llamaban «festejar».

Casi todos los domingos y días festivos, por las tardes, la pareja de novios, acompañados por la madre de Ana María (también como era costumbre, por aquellos tiempos), solían ir al caserío de la Hoya, a ver una película o al baile que se organizaba en el Casino del Tío Diego Pomares.

Las dos familias, a partir de entonces, ya estaban trazando planes de futuro, para la pareja de novios, planes a medio plazo, por supuesto, ya que de momento, ni el uno ni el otro pensaban casarse, hasta que pasaran unos años, por que querían tener la seguridad de que el mutuo afecto que se profesaban, era sólido y perdurable, y no una pasión pasajera que se difuminaría a las primeras de cambio. Además, los dos se consideraban demasiado jóvenes para dar ese paso decisivo en sus vidas, de contraer matrimonio, que conlleva tanta responsabilidad, y por consiguiente, no se debe actuar a la ligera, si no que por el contrario, hay que meditarlo mucho, para evitar, en la medida de lo posible, una lamentable equivocación. En este sentido, los dos demostraron tener una gran sensatez que no siempre es garantía de acierto, por supuesto, pero al menos, puede reducir los porcentajes de error.

A finales del año 1.953, el hijo de Carlos Tarí, fue llamado a filas y lo destinaron a Cartagena, para que allí prestara el servicio militar en el arma de artillería, obligación ineludible, en aquellos tiempos, en que ningún hombre se libraba de dedicarle al Ejército unos meses de su vida, a partir de los veinte años de edad. Después de todo, consideraban que habían tenido suerte al haberlo destinado al lugar más cercano posible, y de esa manera, tenía más facilidades para venir a su casa en permiso todos los fines de semana, por la mayor proximidad. Peor hubiera sido que le hubieran destinado a un punto más lejano de la geografía española.

Por otra parte, a Cartagena fueron destinados también muchos quintos de Elche, entre los que había varios conocidos de Carlos. Esto contribuiría a que el servicio militar le resultara menos traumático.

A Carlos Tarí, la marcha de su hijo a Cartagena, le transformó un poco su plan de trabajo, en el cultivo de la tierra. Como ya eran menos para trabajar en su explotación agraria, tenían que optar por plantar menos hortalizas o buscar mano de obra ajena, con el consiguiente gasto añadido en jornales. Lo primero que hizo fue dejar inculta su parcela de tierra de Carrizales, que era lo que más dificultades le proporcionaba, por su lejanía. Por otra parte unos años antes, en Carrizales se habían quedado muchas tierras abandonadas por sus dueños, que no querían cultivarlas, porque los cereales que eran el cultivo más abundante allí, habían perdido interés en las preferencias de los agricultores ilicitanos. Incluso, muchos de ellos, vendieron estas tierras a precios relativamente baratos, por que no les interesaba cultivarlas.

Al quedarse en Carrizales muchas parcelas de tierra abandonadas por sus dueños, los que continuaban cultivando sus propiedades, tenían más dificultades para regarlas, ya que eran menos los propietarios que contribuían a la limpieza de los cauces de riego menores, y si querían que continuaran en las debidas condiciones para desempeñar sus funciones específicas, tenían que limpiarlas a costa de muy pocos terratenientes, lo cual encarecía mucho este servicio, que en circunstancias normales, hubiera supuesto un gasto mínimo para cada uno de ellos, así es que, por esta y otras razones, muchos de los antiguos enfiteutas abandonaron sus tierras o las

vendieron a cualquier precio, y los Carrizales, que en épocas anteriores, habían sido una de las pedanías más productivas del campo de Elche, sobre, todo, en lo que se refiere a la producción de cereales, se estaban convirtiendo en un auténtico erial.

Durante aquellos años, surgieron algunos especuladores que compraban todas las parcelas de tierra que estaban a la venta, a unos precios que oscilaban alrededor de mil pesetas la tahulla, no con la intención de cultivarlas, si no por que esperaban que se revalorizarian mucho en el plazo de pocos años, para hacer un buen negocio con ellas. Pero fallaron en sus previsiones, ya que los Carrizales, no recuperaron nunca, la pujanza y el esplendor productivo que tuvieron en otros tiempos.

Carlos Tarí, además de abandonar su parcela de tierra de Carrizales, por las razones antes expuestas, mientras el hijo estuvo prestando el servicio militar, plantó menos hortalizas y en la Primavera del año 1.954, no plantó algodón tampoco, que era lo que mas jornales precisaba para la recolección de la fibra, rompiendo una tendencia que había seguido en los años anteriores. El resto de los cultivos, con la ayuda de la esposa y de la hija, pudo llevarlos todos a buen puerto.

En el mes de Febrero del año 1.955, después de estar catorce meses en la « mili », el hijo de Carlos Tarí, fue licenciado del servicio militar y regresó a su casa, reintegrándose a sus ocupaciones habituales. Atrás quedaron aquellos catorce meses de vida militar, que él consideraba una pérdida de tiempo, pero que tuvo que asumir, por que así lo requería el Ordenamiento Legal, vigente el aquellos momentos, y que por consiguiente, constituía una obligación ineludible que tenían que cumplir todos los hombres, a partir de los veinte años de edad.

En Abril de 1.955, el matrimonio Tarí-Sempere, se dispuso a celebrar las bodas de plata de su enlace matrimonial, al cumplirse los veinticinco años de su casamiento, que habían transcurrido felizmente, sin grandes contratiempos ni dificultades. Estas efemérides, no solían celebrarse entre las familias campesinas ilicitanas, pero ellos, alentados por sus hijos, si que quisieron hacerlo, pues les había ido muy bien, en todos los aspectos y sentidos. No quisieron pasar por la Iglesia de nuevo, como querían sus hijos, para repetir la

ceremonia nupcial, pero se intercambiaron regalos y ese día fue una verdadera fiesta para toda la familia. La verdad era que tenían motivos suficientes para sentirse contentos y satisfechos de como les iban las cosas. Todos estaban bien de salud; el hijo había regresado a su casa, después de haber cumplido el servicio militar; la hija tenía un novio que había sido muy bien recibido por todos los familiares; la situación económica de la familia era bastante boyante; la agricultura en general, y su explotación agraria, en particular, marchaba relativamente bien... ¿Qué más podían desear? Así, pues, en estas circunstancias favorables, el matrimonio Tarí-Sempere, conmemoró sus bodas de plata, con la complacencia y la satisfacción de todos los miembros de la familia, que se consideraban afortunados por lo bien que les había tratado la vida.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo 7

Como reseñamos en capítulos anteriores, una de las cosas que nos trajeron los americanos en el año 1.953, cuando se firmó el Tratado de Ayuda y Colaboración Hispano-Americano, fueron las fórmulas de piensos compuestos, desconocidas hasta entonces en nuestro país, y que significaron una auténtica revolución en la alimentación de la cabaña nacional.

Al socaire de estos nuevos métodos de nutrición animal, en todas las especies ganaderas, la ganadería española de todas las variedades, experimentó un auge inusitado, en el plazo de pocos años, aumentando paulatinamente, la producción de carne y de leche, de las que tan escasos estuvimos, durante tantos años, en aquella época aciaga de la postguerra. Y surgieron por doquier, granjas ganaderas de todo tipo, en una proliferación como no se había conocido nunca, desde los antiguos tiempos de los Concejos de la Mesta. Y la ganadería española, que había estado un tanto postergada en las décadas anteriores, resurgió con fuerza, adquiriendo un protagonismo en el campo español del que había carecido antes, eclipsando un tanto, al sector agrario.

Lógicamente, esa eclosión ganadera que se produjo a escala nacional, también tomó carta de naturaleza en el campo de Elche, como no podía ser de otra manera. Hasta entonces, y desde tiempos muy antiguos, la única ganadería que hubo en el campo de Elche, exceptuando los animales de trabajo y de carga, al servicio de los agricultores, habían sido los rebaños de ovino y de caprino de pastoreo, que se nutrían, preferentemente, de las malas hierbas que generaban las propias tierras de labor, entre cultivo y cultivo.

Generalmente, estos rebaños de pastoreo, eran propiedad de unas personas que tenían la ganadería como ocupación profesional exclusiva, desligada de la agricultura, y que para alimentar a sus rebaños, arrendaban los pastos a los agricultores, por una cantidad determinada, pagadera en metálico o a cambio de estiércol. También aprovechaban los pastos que producían los terrenos comunales, como eran los Saladares y los Almarjales de Balsa Llarguera (Carrizales), antes de su colonización por el Duque de Arcos, Señor de Elche, a mitad del siglo XVIII.

Según lo que relatan algunas Actas del Concejo Municipal de los siglos XV y XVI, en aquellos tiempos, venían al campo de Elche algunos ganaderos valencianos, con sus rebaños, a pasar largas temporadas en esta comarca, para alimentarlos con los pastos que producían estas tierras, lo cual originaban enfrentamientos con los ganaderos ilicitanos, que de esta manera veían disminuir las posibilidades de alimentar a sus propios rebaños. Aquellos ganaderos foráneos solían cometer muchos abusos y tropelías en el medio rural, hasta tal punto, que en algunos casos, el Concejo Municipal se veía obligado a imponerles fuertes sanciones económicas, e incluso, decomisarles algunos animales, si no pagaban las multas que se les imponían.

Durante aquellos tiempos, habían amplias zonas del campo de Elche, además de los Saladares y de Balsa Llarguera, que no se cultivaban, y por consiguiente, se dedicaban a pastizales. Eran zonas marginales, que estaban fuera de la zona regable con aguas de la Acequia Mayor y de la Marchena, como era el caso de lo que son hoy las pedanías de Llano de San José, Peña de las Águilas y Carrús. Al ser estas tierras de secano, la mayor o menor cantidad de pastos, siempre estaban en función de que las lluvias fueran abundantes o escasas.

Unas líneas antes, hemos mencionado la Mesta, que por la importancia que tuvo y lo que significó en otros tiempos en la cabaña nacional, merece una explicación más amplia. Se llamaba Mesta a la Asociación o Gremios de Ganaderos Españoles de rebaños de pastoreo, que se ocupaba de la crianza y desarrollo de este tipo de ganadería y del aprovechamiento de los pastos que alimentaban esta clase de rebaños, siendo reconocida como tal, por el Rey Alfonso X, el Sabio, en 1.273, y que era gobernada por el Honorable Concejo de la Mesta, que se reunía anualmente y aprobaba los nombramientos de una especie de «Alcaldes», a propuesta de las cuadrillas de ganaderos. La Mesta fue la que trazó a lo largo y ancho de todo el territorio nacional, la densa red de vías pecuarias, para facilitar la trashumancia de los rebaños de unos lugares a otros, en determinadas épocas del año, en busca de pastos nuevos donde los rebaños pudieran alimentarse mejor o donde hubiera mejores condiciones climáticas para veranear o para invernar. Una de esas vías pecuarias, pasaba por el centro del Madrid antiguo, y de un tiempo a esta parte, una vez al año, por el Otoño, de una manera simbólica, cruzan por la Puerta de Alcalá, varios miles de ovejas, con sus pastores, sus perros y sus acémilas, por unas calles cortadas al tráfico rodado, ante el asombro de los viandantes. La Ley les ampara, ya que hasta estos momentos, no se ha promulgado ninguna Norma Legal que haya abolido las vías pecuarias.

Ver transitar por el centro de Madrid, a miles de pacíficas ovejas acompañadas de los pastores, es noticia de primera página, en todos los medios de comunicación.

La Mesta, fue abolida en 1.836 y sus funciones fueron reemplazadas por la Asociación General de Ganaderos del Reino.

La Mesta le dio un poder inmenso al sector ganadero, en detrimento del sector agrícola, hasta tal punto, que los ganaderos cometían muchos abusos con sus rebaños, en los cultivos y cosechas de los agricultores. Estos comportamientos, un tanto irregulares, de los ganaderos, originaban crispaciones y enfrentamientos entre unos y otros, en los que los agricultores, en la mayoría de los casos, salían perjudicados. Esto propició a que el Gobierno en el mes de Julio de 1.898, promulgara una Ley, de ámbito nacional, mediante la cual, se facilitaba la creación de Comunidades de Labradores,

cuyo principal cometido, era la organización y puesta en funcionamiento de Guarderías Rurales, para vigilar los campos y atender las quejas de los agricultores. A partir de la promulgación de esta Ley, empezaron a crearse Comunidades de Labradores, en los principales pueblos de España, que tenían un sector agrícola bastante desarrollado. Elche fue uno de los primeros pueblos de la provincia de Alicante, que creó su propia Comunidad de Labradores, ya que fue legalizada el día 24 de Junio de 1.900 y que acto seguido, organizó una Guardería Rural, compuesta de veinte Guardas y un Cabo, que salieron a prestar servicio, por primera vez, el día 13 de Agosto del mismo año.

Para sufragar los gastos de mantenimiento de la Comunidad de Labradores, recién creada, todos los Terratenientes de los términos municipales de Elche y de Santa Pola, (esta Guardería tenía competencias de vigilancia en ambos términos municipales) pagaban una cantidad determinada al año, que consistía en un porcentaje del importe de la contribución rústica, que pagaban estas tierras, a la Hacienda Pública.

Estaba claro, que esta Ley del mes de Julio de 1.898, iba en contra de los ganaderos, aunque en su articulado no decía nada de eso. Pero los ganaderos ilicitanos sí que lo entendieron así, hasta el extremo de que trataron, por todos los medios a su alcance, de impedir su normal funcionamiento, por entender que perjudicaba sus intereses específicos.

Pero la Comunidad de Labradores de Elche, después de algunos contratiempos transitorios, continuó funcionando normalmente, hasta Diciembre de 1.945, en que fue abolida legalmente, con arreglo al Ordenamiento Jurídico, que promulgó el nuevo Régimen Político Español, nacido de la Guerra Civil. Y durante esos cuarenta y cinco años, los Guardas del campo de Elche, que dependían de la Comunidad de Labradores, primero a pie y después en bicicletas, transitaban por sendas y caminos, todos los días del año, formando parte del paisaje rural ilicitano. Y los abusos y desmanes de los ganaderos, antes tan frecuentes, disminuyeron sobremanera.

Y ahora, volvamos al año 1.953, cuando los americanos introdujeron en España, las fórmulas de los piensos compuestos, que revolucionaron, por completo, el desarrollo de la cabaña nacional,

creando unas perspectivas de futuro, como no se habían conocido nunca hasta entonces.

Y a lo largo y ancho de todo el campo de Elche, empezaron a surgir granjas ganaderas por doquier. Primero, de patos, a continuación de pollos y después de cerdos, hasta tal punto, que en las décadas de los años sesenta y setenta, en el noventa por ciento de las casas campesinas, había alguna clase de ganado estabulado, que se alimentaba con piensos compuestos, que habían irrumpido con una fuerza arrolladora, en el ámbito de la nutrición animal. En un principio, estos piensos procedían de unas fábricas que se habían montado en Cartagena y en los alrededores de Valencia y que se distribuían en estas comarcas a través de unos intermediarios que visitaban a los ganaderos y les ofertaban sus productos, productos que servían a domicilio, por medio de los camiones de las propias empresas. Pero a medida que se iba incrementando la ganadería y por consiguiente, el consumo de piensos, se montaron dos fábricas de piensos compuestos en el campo de Elche, una de capital privado, en la pedanía de Algorós, llamada Levantina de Piensos, S.A (L.E.P.S.A.), y otra comunitaria, a través de una Cooperativa de Ganaderos, llamada AGRUPOR, en la partida del Llano de San José. Estas dos fábricas de piensos compuestos, con una producción diaria global de unas cuarenta toneladas, satisfacía las necesidades de todos los ganaderos ilicitanos, que eran, en la mayoría de los casos, profesionales de la agricultura y que tenían la ganadería como una ocupación complementaria. Hubo también algunos ganaderos, que a título particular, montaron unos pequeños molinos, que mediante las correspondientes fórmulas, se fabricaban los piensos compuestos que consumían su propia explotación ganadera. Compraban todos los elementos necesarios para todo tipo de piensos, y mezclándolos convenientemente, fabricaban el pienso que necesitaban, que siempre le resultaba un poco mas barato que si lo compraban en la fábrica, con lo cual ahorraban gastos de explotación.

Las pequeñas granjas de patos que se montaron, tuvieron una vida corta, ya que al poco tiempo desaparecieron, puesto que tanto la carne como los huevos de esta variedad de aves perdieron las apetencias de las gentes, que querían consumir carne y huevos de mejor calidad que la de los patos. Por eso las granjas de patos fue-

ron sustituidas por las de pollos, en mayor cantidad para producir carne, (en el campo de Elche, hubo muy pocas granjas de gallinas ponedoras, con sus correspondientes incubadoras), comprando los polluelos de granjas foráneas que se los suministraban a domicilio, a los pocos días de nacer.

Pero lo que más se extendió por el campo de Elche, fue la ganadería de cerdo, tanto de carne como de reproducción, habilitándose para tal efecto, una gran cantidad de pocilgas y cochiqueras, en los alrededores de las casas de campo, para cobijar a todos estos animales.

Aunque en menor cantidad, durante aquellos años, también se montaron en el campo de Elche algunas vaquerías productoras de leche o para la crianza de novillos para la carne.

El caso fue que en las décadas de los años sesenta y setenta, hubo en el campo de Elche, (y también a escala nacional), un «boom» ganadero, como no se había conocido nunca, abasteciendo con creces el mercado de carne y de huevos, de producción nacional, que tan desabastecido estuvo durante tantos años, en la época de la posguerra, hasta rebasar los límites de la demanda de estos productos de primera necesidad y producir excedentes. Y los excedentes de producción, con arreglo a los principios de la Ley de la oferta y la demanda, produjeron una bajada en los precios de la carne, de la leche y de los huevos. De esta manera, la actividad ganadera, que durante veinte años, había sido una actividad rentable, se fue convirtiendo, poco a poco, en una actividad ruinosa, sin perspectivas claras de mejoría, a corto plazo. Estas nuevas circunstancias, trajeron consigo, el que casi la totalidad de los pequeños ganaderos ilicitanos, que tenían la ganadería como un complemento de la agricultura, que había sido siempre su principal ocupación profesional, la abandonaron por completo, y se dedicaron por entero al cultivo de la tierra.

Y esta decadencia ganadera llevó aparejada la desaparición de todos los establos y pocilgas que se habían construido en las casas de campo, para estos fines, que tuvieron que derribar o dedicarlas a otros menesteres ajenos a la ganadería. De la misma manera, las dos fábricas de piensos compuestos que se habían montado en el campo de Elche, tuvieron que cerrar sus puertas y abandonar la actividad que habían desarrollado desde que se crearon.

De esta «debacle» ganadera, sólo se salvaron las grandes empresas que abarcaban todo el ciclo completo de producción, (la mayoría de ellas radicadas en Cataluña), tanto en la crianza de aves, como en la crianza de cerdos, pues tenían incubadoras, fábricas de piensos, veterinarios para vigilar la sanidad de la cabaña, mataderos, vehículos para distribuir sus productos en todo el mercado nacional, etc, es decir, todo el ciclo completo y muchos recursos económicos a su servicio, además de la más avanzada tecnología, en todos los aspectos y sentidos. En estas circunstancias, los pequeños ganaderos ilicitanos con escasos medios disponibles y sin ninguna preparación tecnológica, no tenían nada que hacer, y por consiguiente, tuvieron que abandonar esta actividad.

Carlos Tarí, como les ocurrió a la mayor parte de los agricultores del campo de Elche, no pudo librarse tampoco de la «fiebre ganadera», que se extendió por todas partes, en los años sesenta y le compró dos novillos de tres meses de edad a un intermediario, que los traía de Santander y los colocó en una cuadra que construyó exprofeso, en el corral, junto a la cuadra donde tenía la caballería de labor. Esto lo hizo con la doble finalidad de producir más estiércol para abonar sus tierras y también para aprovechar determinados productos que de otra manera los hubiera tenido que regalar o se hubieran perdido, como eran las hojas y los tronchos de las alcachoferas y las copas de las matas de maíz. Con estos desperdicios y «un bancal d'herba forastera i un altre bancal de gandía, alimentava els dos novillos durant tot el any».

Cuando los vendió al cabo de catorce meses de haberlos comprado, tuvo unos beneficios brutos de treinta mil pesetas, que para aquellos tiempos era una cantidad importante. Por otra parte, como el forraje lo producían sus tierras y la mano de obra la ponía la familia, el beneficio era mayor.

Esta misma operación, la repitió dos veces más, en los años siguientes, pero con menos beneficios que la primera vez. En vista de lo cual, abandonó, definitivamente, la actividad ganadera, como hicieron otros tantos agricultores ilicitanos, cuando comprobaron que esta actividad, en las condiciones que ellos las practicaban, había perdido toda la rentabilidad, que tuvo durante unas décadas. Y a partir de entonces, la única ganadería que tenía la familia Tarí-

Sempere, fue la que tuvo siempre: unas gallinas y unos conejos, que producían carne y huevos para el consumo familiar, y no en plan de negocio. Lo de la actividad ganadera, como complemento de la actividad agraria, había pasado a mejor vida, y tenía que olvidarse de ella.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo 8

La evolución continua que experimentan la vida y todas las cosas del mundo, al paso de los años, se acentúa mucho más aún durante los grandes conflictos bélicos, sobre todo, en lo que a la tecnología se refiere, ya que durante las guerras, por necesidades de defensa de las naciones que se encuentran implicadas en ellas, tienen que agudizar más el ingenio para proveerse todo lo más posible de aquellos elementos que les son necesarios para combatir en las mejores condiciones. Y esto fue, precisamente, lo que ocurrió durante la Segunda Gran Guerra Mundial, entre los años 1.939 y 1.945, en que se vieron involucrados los países más ricos y adelantados de la Tierra, que pusieron sus cuantiosos medios económicos y tecnológicos al servicio de sus respectivos Ejércitos, con el fin de que tuvieran mayores posibilidades de combatir y vencer a sus enemigos.

Después de terminada la Guerra, todos los adelantos que se habían producido en los armamentos destructivos, se aprovecharon, en parte, en la industria civil, que dejó de fabricar, masivamente, cañones, tanques, aviones de combate, etc, y empezó a fabricar, preferentemente, automóviles, tractores, camiones y otros elemen-

tos mecánicos necesarios para el desarrollo y las actividades de las colectividades humanas, en paz y armonía. De ahí el que a pesar de los quebrantos y desperfectos producidos en muchos de esos países involucrados en la guerra, que les llevó un tiempo en reponerse y cicatrizar las heridas que les había producido, la Humanidad en su conjunto, después de un breve paréntesis, inició un desarrollo acelerado como no se había conocido hasta entonces. Y ese desarrollo acelerado, vino unido a una mecanización general, en todos los sectores productivos, desde los transportes y la industria, hasta la agricultura.

España, aunque un poco después que los países más adelantados, continuando una tendencia general, también empezó a desarrollarse y mecanizarse, como no podía ser de otra manera, desarrollo y mecanización que también llegó a la agricultura española, en general, y a la ilicitana, en particular.

La primera maquinaria agrícola, llegó al campo de Elche a través de las Cooperativas Agrícolas, en los años cincuenta. De esta manera, las Cooperativas, (particularmente, la Cooperativa del Campo de Elche), empezaron a comprar tractores para el cultivo de la tierra y trilladoras para trillar las mieses, para el servicio de sus socios.

Como esta primera maquinaria era escasa, para las necesidades que se tenia de ellas, los socios que querían servirse de las mismas tenían que tomar turno, con bastante antelación, para que el tractor de la Cooperativa fuera a labrar sus tierras o la trilladora a trillar sus mieses en las eras.

Y a partir de esos momentos, empezó a cambiar el paisaje rural ilicitano, desapareciendo, paulatinamente, los arados tirados por caballerías (de una en una o de dos en dos, según «els aladres foren de forcat o de parell»), labrando los campos y esas mismas caballerías arrastrando en las eras «pedres de batre, rulos i trills», trillando las mieses, en los días más calurosos del verano. Esta tímida mecanización de la agricultura española, en general y de la ilicitana en particular, que se inició a principios de los años cincuenta, tuvo su culminación en las décadas de los años sesenta y setenta.

Esos años, fueron la divisoria de dos épocas históricas de la agricultura ilicitana, completamente diferentes la una de la otra, como la cara y la cruz de una misma moneda. Fueron, sencillamente, los

umbrales de la modernidad y el arrinconamiento de una cultura ancestral, que se iba transmitiendo de padres a hijos, a través de las generaciones. Fue la transición del arado romano, que salvo mínimas modificaciones se venía empleando desde hacía miles de años, al tractor más perfeccionado, y del carro tirado por caballerías, para el transporte al motocarro, la furgoneta y el camión.

Y en función de ese mayor desarrollo y mecanización de la agricultura, en el transcurso de pocos años, se produjo, paralelamente, un cambio de mentalidad de las gentes del campo de Elche y una nueva forma de entender la vida. Pero lo más positivo de esta evolución y de esta mecanización de la agricultura fue que la maquinaria iba sustituyendo al hombre y a la caballería en el cultivo de la tierra y en el transporte de los productos cosechados, con el consiguiente ahorro de esfuerzo humano y de trabajo, en llevar a cabo estas labores, hasta tal punto, que un solo hombre disponiendo de la maquinaria necesaria, podía hacer el mismo trabajo que veinte hombres, y además, con menos esfuerzo y mayor facilidad.

Con el paso de los años, esta mecanización de la agricultura fue tan generalizada, que salvo raras excepciones, para realizar cualquier trabajo agrícola había su maquinaria apropiada que manejaban los mismos agricultores, que se vieron forzados, por pura necesidad, a aprender las nociones más elementales de la mecánica, para poder desenvolverse mejor en aquella nueva situación.

En esta mecanización total de la agricultura ilicitana, ya no era suficiente la maquinaria que tenían las Cooperativas Agrícolas para el servicio de sus socios, y por consiguiente, la mayoría de los agricultores del campo de Elche, que tenían tierras propias, a título particular empezaron a comprar también tractores de mayor o menor tamaño, para el cultivo de sus propias tierras, en una proliferación asombrosa. Propició esta superabundancia de maquinaria agrícola, el hecho de que esta clase de elementos mecánicos, se podían comprar a unos precios relativamente baratos y los agricultores ilicitanos, en términos generales, en aquella época, gozaban de una situación económica relativamente boyante y próspera.

La cuestión fue que las cuadras se vaciaron de caballerías de labor y de «les porxaes», y los almacenes de las casas de campo fueron desapareciendo los carros y los aperos de labranza, para dar

paso a los tractores y demás maquinaria agrícola que había tomado carta de naturaleza y había impuesto su ley y su protagonismo, de una manera arrolladora.

Algunas de estas herramientas y aperos de labranza, que ya no tenían ninguna utilidad práctica, por ser inservibles, fueron a parar al Museo Agrícola del Pusol, para su cuidado y conservación de ese acervo cultural tan importante del campo de Elche. Pero la mayor parte de ellos, desgraciadamente, fueron quemados y destruidos por los propios agricultores, sin darse cuenta del gran valor testimonial que tenía ese legado cultural del campesinado ilicitano, de unas características propias y específicas, que debía conservarse como fiel testimonio de lo que había sido el campo de Elche y sus gentes, en los pasados tiempos. Ese criterio de que todo lo antiguo tenía que desecharse, por obsoleto, en aras de la modernidad, tuvo escasa vigencia, ya que muy pronto, muchas familias de la población, que se construían «chalets», en el campo de Elche, buscaban cosas antiguas, como ruedas de carro o «pedres de batre», para ponerlos en las verjas y en las entradas de estas viviendas campestres, como unos adornos extraños. Pero a los pocos años, fuera del Museo Agrícola del Pusol, de toda esta gran cantidad de objetos antiguos, a penas quedó rastro en las casas de campo, ya que se consideraban trastos inútiles y verdaderos estorbos que ocupaban los rincones que se precisaban para colocar otros objetos modernos de uso corriente inmediato.

Carlos Tarí, como era de suponer, también siguió la tendencia general, en lo que a la mecanización agrícola se refiere, pues no quería quedarse desfasado de esa corriente innovadora que habían traído los nuevos tiempos, y que todo el colectivo campesino se vio obligado a asumir, para estar al día. Lo primero que se compró fue un motocultor llamado «mula mecánica», y que el hombre que lo conducía, caminaba a pie, detrás del aparato. Estos pequeños tractores solamente servían para labrar la tierra con un juego de pequeños «rotavators», que hacían muy poco barbecho, y solían emplearse para eliminar las malas hierbas y labrar los arroyos de los bancales de hortalizas, sustituyendo «als aladres de forcat», aunque pro-

fundizaban menos en la tierra. De ahí el que se les conociera con el nombre de «mula mecánica».

Con la «mula mecánica», casi siempre labraba el hijo de Carlos Tarí, que tenía veinticuatro años, cuando la compraron, y era de toda la familia, el que más ilusionado se mostraba con aquella maquinaria, que para él era como una especie de juguete. El era también el que de cuando en cuando iba a la gasolinera y llenaba un bidón de diez litros de gasolina, para que en el depósito de la «mula mecánica», no faltara nunca el combustible, con el fin de que siempre estuviera a punto, cuando tuviera necesidad de hacer uso de ella.

Y a estos primeros y diminutos tractores, dieron paso a otros modelos más grandes y perfeccionados, con sus correspondientes aperos, para poder realizar toda la amplia gama de trabajos agrícolas que requería el cultivo de la tierra, en una agricultura tan variada y diversa, como era la ilicitana. De esa manera, y en función de sus necesidades, para sacar adelante su explotación agraria, Carlos Tarí, fue adquiriendo nueva maquinaria agrícola: primero compró un tractor más grande, con todos los aperos necesarios para poder realizar toda clase de, trabajos, incluido un remolque para el transporte de sus productos y sus cosechas. Después compró un equipo completo de fumigación, para poder realizar los tratamientos fitosanitarios a los diferentes cultivos, arbóleos y hortícolas, pues cada año salían plagas nuevas desconocidas hasta entonces, que precisaban ser tratadas con insecticidas y fungicidas, pues de lo contrario, las cosechas eran deficientes, o incluso, nulas.

Estos tratamientos fitosanitarios, a base de unos productos químicos que resultaban muy caros, era un gasto añadido a los costos de cultivo, con la particularidad de que estos gastos adicionales, no se podían calcular *a priori*, pues el precisar más o menos tratamientos, siempre estaba en función de las condiciones meteorológicas de cada año, que sólo se sabía a ciencia cierta, al finalizar cada campaña. Cada día salían plagas nuevas, que había que combatirlas con productos más fuertes y más caros, para poder eliminarlas, lo que siempre resultaba difícil y problemático.

Al comprarse un tractor más grande, tanto Carlos Tarí, que tenía cincuenta y seis años, como su hijo, que tenía veintisiete, tu-

vieron que proveerse del correspondiente permiso de conducir (que entonces se adquiría con mucha facilidad), ya que los dos lo utilizaban, tanto para cultivar la tierra como para transportar sus productos a la Lonja de Frutas y Verduras. Este tractor, muchos días estaba parado, pues no siempre tenían trabajos que realizar. De ahí, que con una cierta frecuencia, los vecinos solicitaban su servicios cuando tenían alguna labor precisa que llevar a cabo en sus propias tierras, solicitudes que ellos solían atender dentro de sus posibilidades. En estos casos el que llevaba el tractor siempre era el hijo. De esta manera cobraban algún dinero adicional a los ingresos que tenían al vender los productos propios que cosechaban, al mismo tiempo que amortizaban el coste del tractor.

Al disponer de un tractor pequeño y de uno grande, con su correspondiente remolque, ya no precisaban ni el carro ni la caballería, que ya no les era de ninguna utilidad. Por consiguiente, obtaron por desprenderse tanto del carro como de la caballería. Ambas cosas se las vendieron a unos marchantes que se dedicaban a este tipo de negocios.

En cuanto a los arados y demás aperos que habían utilizado siempre, los guardaron dentro de la cuadra, donde había estado siempre la caballería. En la obra adicional a esta cuadra, que construyó, en su día, para poner los novillos, la condicionaron para que sirviera de cochera al tractor y a sus aperos.

Como el cultivo de cereales, había perdido interés al disminuir la rentabilidad que tuvieron en los primeros años de la Posguerra Civil, dejaron de sembrarlos, y mucho más aun, al vender la caballería y no necesitar ni paja ni pienso para su alimentación. Y al no sembrar cereales tampoco necesitaban la era para trillarlos, y por consiguiente, la labraron, dedicando esta tierra a plantar hortalizas en ella.

La esposa de Carlos Tarí, desde que se casaron, amasaba una vez a la semana, para producir el pan que consumía la familia, pan que cocía en un horno de leña, que había en la cocina de la vivienda. Pero al dejar de sembrar trigo, ya no disponían de harina propia, para producir este pan, como habían hecho siempre. No obstante,

como querían continuar comiendo pan cocido en casa, de vez en cuando se acercaban a la fábrica de harinas del «Torrero», junto a la Estación del Ferrocarril, y se traían un saco de harina de trigo, de buena calidad, que les duraba alrededor de dos meses, para cubrir las necesidades familiares en este aspecto. Toda la familia quería seguir comiendo pan «hecho en casa», por que les gustaba y satisfacía más que el que vendían en las panaderías y en las tiendas de comestibles, que según ellos, tenía menos alimento y un sabor diferente.

En este mismo horno de leña, la mujer de Carlos Tarí, todos los años, en las vísperas de Pascua Florida, cocia «les mones», que elaboraba ella misma para el consumo familiar, en esas fechas tan entrañables que siguen a la Semana Santa, y en el que no podía faltar este rico manjar tan tradicional en Elche, continuando una costumbre tan enraizada en la cultura culinaria ilicitana.

La mecanización de la agricultura, trajo consigo una serie de palabras y vocablos, desconocidos hasta entonces, que se fueron agregando al léxico del lenguaje coloquial de los agricultores, ampliándolo y enriqueciéndolo un tanto relacionados todos ellos con la mecánica y el funcionamiento de esta maquinaria agrícola. A partir de entonces, ya supieron lo que era una batería, una culata, un motor de explosión, un «rotavator» y otras muchas cosas más, con las que se fueron familiarizando, a medida que pasaba el tiempo.

Hasta entonces, para ser un buen agricultor, con saber labrar y muy pocas cosas más, bastaba. Ahora, además de saber labrar, tenían que saber también mecánica, para manejar correctamente la maquinaria de que disponían y hasta ingeniería agrícola e industrial elemental, para poder aplicarle a los cultivos los tratamientos fitosanitarios necesarios, con el fin de combatir con eficacia las plagas y las enfermedades de los árboles y de las plantas, que se iban multiplicando, de año en año, para que no se malograsen sus cosechas.

Los nuevos tiempos, trajeron nueva maquinaria agricola, para el cultivo de la tierra, con el consiguiente ahorro de tiempo y de esfuerzo humano y también, nuevas necesidades de los agricultores, para ponerse al día y adaptarse a esta nueva situación, y así

poder seguir la corriente innovadora, que de una manera irreversible, se había abierto camino en el campo español, en general, y en el ilicitano, en particular, hasta tal punto, que a partir de esos momentos ya nada fue lo mismo a lo que había sido hasta entonces. En el espacio de pocos años, había aflorado, un nuevo tiempo, en la historia de la agricultura.

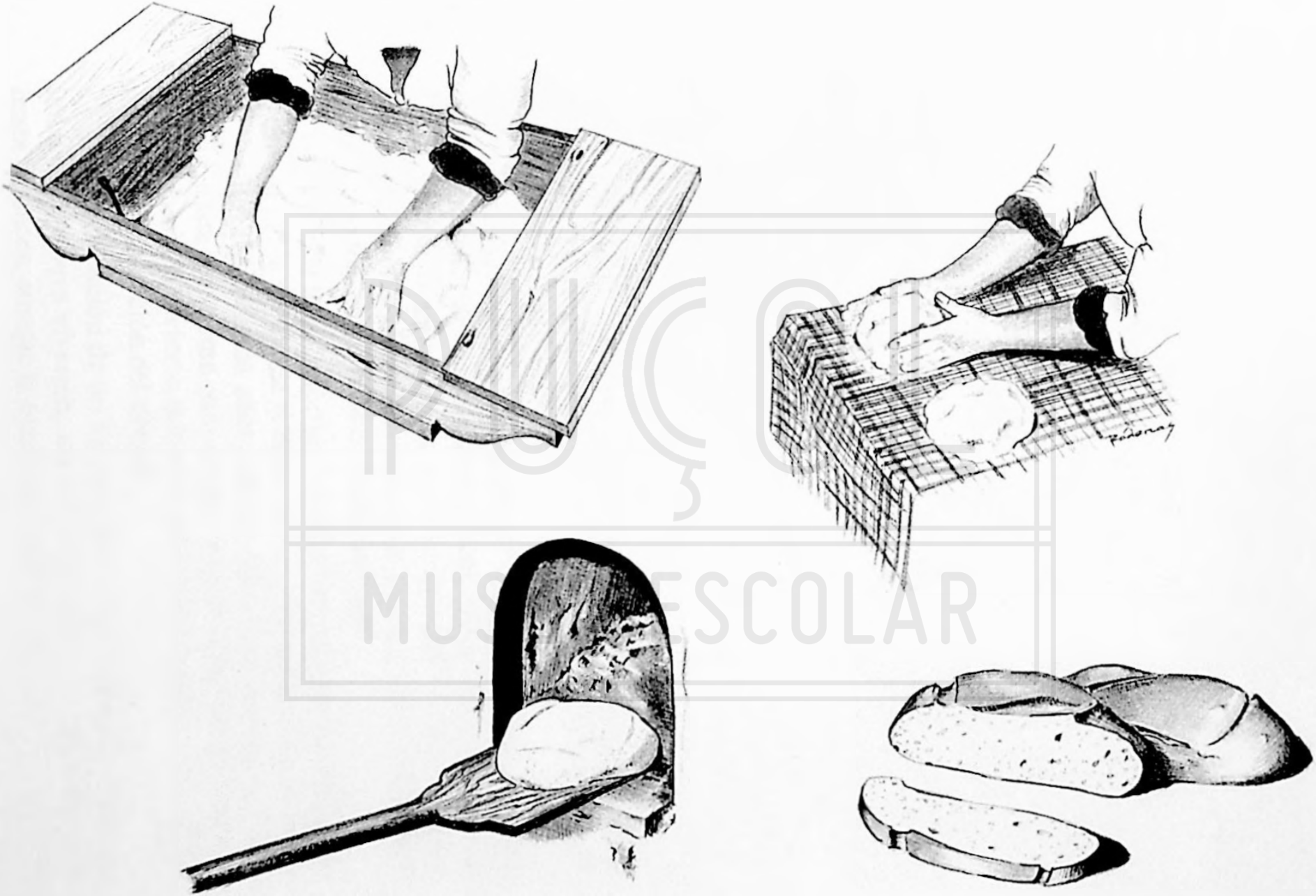
PUÇOL
MUSEO ESCOLAR



Uno de los primeros tractores que compró la Cooperativa del Campo de Elche, durante un concurso de arado, en el verano de 1953.



Horno típico de la casa de campo



Proceso completo de la elaboración del pan

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo 9

Ana María Tarí y Andrés Esclapez, después de pensárselo mucho, decidieron casarse y fijaron la boda para el mes de Abril del año 1957.

En esas fechas Ana María tendría veintiséis años y medio y Andrés alrededor de los veintiocho. Ambos estuvieron de acuerdo en que esa era la mejor edad para contraer matrimonio y también estaban de acuerdo en que querían seguir viviendo en el campo después de casados, como habían vivido siempre.

En vista de lo cual, Carlos Tarí decidió restaurar la casa donde su esposa había vivido de soltera, en la misma pedanía de Daimés, que ya llevaba muchos años cerrada. Esta restauración fue muy amplia, hasta el extremo que sólo aprovecharon las paredes exteriores, que también tuvieron que remozarse porque estaban muy deterioradas por la acción del tiempo.

La distribución de las habitaciones y dependencias de lo que iba a ser la nueva vivienda, era muy diferente a lo que había sido hasta entonces, aunque la estructura exterior era la misma. Pero las

costumbres, los gustos y las necesidades de las gentes, particularmente, de los más jóvenes, habían cambiado mucho, de una a otra generación, en todos los aspectos y sentidos.

Por eso, la restauración de la casa antigua, que emprendía Carlos Tarí, se llevó a cabo con arreglo a los gustos y a los criterios de los dos jóvenes que tenían que vivir en ella, después de casados, sobre todo de su hija, que como mujer tenía más conocimiento de causa de como debería ser un hogar cómodo, acogedor y confortable, para vivir en él de una manera agradable y satisfactoria. No obstante, Ana María, le pedía también a su novio que se pronunciara sobre determinados detalles de la vivienda para estar de acuerdo en todo. Pero la respuesta de Andrés, siempre era la misma: «mira jo en estes cuestions, no me clave i lo que tu façes, per a mi esta ben fet, i per consiguient estic d'acord en tot lo que tu dispongues. Per altra banda, com sec que tens bon gust i eres molt judiciosa, estic segur que qu'encertarás en tot».

Y Ana María le iba diciendo a los albañiles como tenían que distribuir los espacios interiores de la nueva vivienda, que se iba configurando en su nueva estructuración.

Lo primero que les dijo fue que quería un cuarto de baño y unos aseos bastante amplios, que nunca habían tenido las casas de campo hasta entonces. También quiso que le construyeran una cocina moderna de la que suprimirían el horno, que ensuciaba mucho. Este horno, lo construyeron en el exterior de la casa, porque quería continuar amasándose su pan de cada día. Así es que lo construyeron en el exterior.

Por aquellos años, se puso de moda en el campo de Elche, el hacerle dos puertas en la fachada principal de las casas, (una central y la otra a un lado). Por la puerta central se accedía a los dormitorios y por la puerta lateral a la cocina y el comedor. Para esa distribución, el cuerpo de la vivienda la distribuían en tres partes en una parte lateral estaban los dormitorios; en la otra parte lateral, la cocina y el comedor y en la parte central el «porxe», por el que se entraba a los dormitorios y también a la cocina y al comedor.

El mayor tiempo lo pasaban las familias en la cocina y el comedor, que era donde más se ensuciaba y en los dormitorios sólo

pasaban unas horas por las noches y el resto del día estaban cerradas. La ventana del dormitorio primero daba a la «porxà», (casi la totalidad de las casas del campo de Elche, que miraban hacia el sur, tenían «porxà», en la parte delantera y corral en la parte trasera) y del otro en la pared lateral.

Las ventanas de la cocina y del comedor, solían estar en el lateral opuesto de la casa.

Las paredes interiores de estas casas solían enlucirse con un yeso especial, que era más blanco y más fino que el yeso normal y a los pisos se les ponían azulejos, que tenían una gran variedad de dibujos donde elegir, al gusto del consumidor. En cuanto a las ventanas, todas llevaban en su exterior rejas de hierro, para más seguridad de sus habitantes.

En todas estas casas de campo, habían dos aljibes, uno interior, donde iba a parar el agua de lluvia del tejado, que conducía unos canalones de zinc, agua potable, para el servicio de la familia, y otro exterior, que se llenaba con agua de riego y que servía para beber los animales domésticos y para regar las plantas.

Los techos, incluidas las vigas, tuvieron que cambiarlos íntegros y poner vigas y tejas nuevas, por seguridad y por estética.

Lo cierto fue que cuando los albañiles terminaron su trabajo, se quedó una vivienda bonita y cómoda, que no era ni la sombra de lo que fue antes. Aquello era otra casa muy diferente y mucho mejor.

Como el aljibe interior estaba en malas condiciones, vertieron en el toda la «ruina» de la obra y lo inutilizaron, construyendo uno nuevo de más pequeñas dimensiones. El aljibe exterior, después de limpiarlo adecuadamente, lo dejaron tal como estaba, ya que era aprovechable. Las techumbres interiores las hicieron de cielo raso, que era lo que se estilaba entonces.

Delante de la «porxà», levantaron una estructura de hierros y alambres de unos tres metros y medio de alto, donde descansarían cuatro parras de uva de mesa, cada una de ellas de una variedad diferente, que cumplirían dos funciones: producir uva de buena calidad, para el consumo familiar y ofrecer sombra en los meses veraniegos, que tanto se agradece.

Casi la totalidad de las casas, del campo de Elche, que miraban hacia el sur, tenían «porxà», en la parte delantera y corral en la parte trasera.

La restauración de la casa, terminó a últimos de Diciembre y estuvo más de tres meses oreándose, antes de colocar los muebles, que le encargaron construir a un ebanista conocido que los construyó de la mejor madera que tenía, y con arreglo al gusto y al criterio de Ana María, aunque en algunas ocasiones, se dejaba aconsejar por su madre.

De esta manera, con el mismo dinero, o tal vez algo menos, que le hubieran costado comprándolos en una tienda de muebles, el ebanista les preparó un mobiliario completo, con madera de la mejor calidad y con la misma presentación estética. Este mobiliario estaba compuesto de dos dormitorios, (el principal y el secundario), un comedor y un cuarto de estar, además de unos muebles secundarios de madera blanca, para la cocina y para la «porxà».

Dos semanas antes de casarse, el mismo ebanista, con un furgón que se dedicaba a las mudanzas, trasladó los muebles desde su taller hasta la casa y los montó cada una de sus piezas en su lugar correspondiente. A partir de ese momento, la madre y la hija fueron llevando cosas a la casa nueva, para que todo quedara a punto, antes del día de la boda.

Desde hacía varios años, la madre de Ana María, que era muy previsora y juiciosa, poco a poco, iba preparándole el ajuar a la hija, con el fin de tenerlo todo listo, el día que pensara casarse. Así, un día le compraba un juego de toallas, otro un juego de sábanas, otro un juego de mantas, otro una vajilla completa, etc, hasta completar un ajuar con toda la ropa y enseres que pudieran necesitar durante varios años. También recogió la lana que precisaba para los dos colchones, lana que produjeron, durante varios años, unas ovejas, que tenían en la casa, casi con este exclusivo fin.

Desde el momento en que amueblaron la casa nueva, el hermano de Ana María iba allí a dormir por las noches, para evitar, en la medida de lo posible, que algún desaprensivo, amante de lo ajeno, tuviera la tentación de entrar y llevarse algunos de los objetos nuevos que allí se encontraban, como solía ocurrir, con demasiada frecuencia, en las casas de campo que estaban deshabitadas.

Por aquellos días, junto a la casa, y colgando de la rama de un árbol, se encontraron un enjambre de abejas, un hecho que ocurría con mucha frecuencia en los meses primaverales. Para su aprovechamiento, buscaron a un apicultor conocido, que con sumo cuidado, puso el conjunto del enjambre dentro de una bolsa. Después preparó un recipiente conico, que los agricultores, en el lenguaje coloquial llamaban «corxo», y sobre una piedra plana lo fijó con yeso, con su correspondiente tapadera, hasta convertirlo en una auténtica colmena. Después vertió el conjunto del enjambre dentro de la colmena y las abejas se acomodaron en su nuevo hábitat, y no hicieron el menor intento de marcharse. Desde ese momento, ese conjunto de abejas, alrededor de su «reina», iniciaron su hermosa labor de producir la dulce y rica miel, que ese mismo apicultor, se encargaba de recolectar una vez al año, cuando ya estaba repleta de panales llenos del dulce y rubio contenido.

Las abejas, eran los únicos animales que le proporcionaban a los agricultores, un apetitoso producto comestible, sin que le ocasionaran ningún gasto ni que tuviera que prestarle ningún cuidado, sólo tenían que recoger su dulce cosecha de cuando en cuando. De ahí el que en la mayoría de las casas del campo de Elche, habitadas por familias de agricultores hubiese una o varias colmenas, un poco alejadas de la vivienda, para que pudieran las abejas hacer su labor sin estorbos ni interferencias.

Unos días antes del casamiento, Ana María estaba en la nueva casa todo el día, desde primeras horas de la mañana, para recibir las muchas visitas que le hacían las vecinas, las amigas, y los familiares, a las que ella, con mucho gusto, enseñaba la casa, el mobiliario y el ajuar, como era costumbre por aquellos tiempos. Todas estas personas, solían llevar su correspondiente regalo tanto para Ana María como para Andrés. Entonces, no se había implantado aún la costumbre actual de establecer en un comercio del ramo, una lista de boda con numerosos objetos, de mayor o menor utilidad y más o menos lujosos, donde amigos y allegados de los contrayentes pasan y eligen una o varias cosas que figuran en esta lista, que después el mismo comercio se encarga de llevar al domicilio de los novios. Entonces, los regalos se hacían directamente y los entregaban a los novios en el mismo domicilio donde iban a establecer su nuevo

hogar, aunque a decir verdad, la cultura del regalo no estaba aun tan extendida como está en estos momentos. Y menos aun, entre las familias campesinas.

Y por fin, llegó el tan esperado día de la boda, que se había fijado para las doce de la mañana de un sábado de finales del mes de Abril en la Iglesia Arciprestal de Santa María de Elche, aunque no les pertenecía casarse allí. Pero quisieron hacerlo en Santa María, ante la virgen de la Asunción, patrona de la ciudad, por que la boda tenía más resonancia.

Amaneció un día claro y luminoso de primavera y Ana María con su impoluto traje blanco, estaba hermosa y radiante como suelen estar todas las novias, en esos gozosos momentos de su vida. Andrés vistiendo su traje negro y zapatos del mismo color, también tenía un gentil aspecto y no desmerecía en lo mas mínimo, la figura de la novia, ya que como dijimos en páginas anteriores hacían una buena pareja.

Los padrinos de los contrayentes, fueron la madre de Andrés y el padre de Ana María, como solía ocurrir en la mayoría de los casos, y para no desentonar, Carlos Tarí se hizo un traje nuevo, exprofeso para este acto, con el que caminaba un poco incómodo, ya que el solía llevar desde siempre la clásica «bruseta» negra, como todos los agricultores ilicitanos, y el traje que se hizo para casarse en 1.930, había envejecido en el ropero, ya que las veces que se lo había puesto, podían contarse con los dedos de una mano. Y no se lo podía poner más porque le sentaba fatal, al haberse modificado, un tanto, las líneas de su cuerpo y por el paso del tiempo.

La Iglesia de Santa María, en el momento de la boda estaba casi repleta de gente, unos habían acudido para oír misa de doce y otros para presenciar el casamiento. El Arcipreste que les casó era un Sacerdote valenciano, ya mayor, que llevaba varios años desempeñando este cargo. Era un hombre afable y extrovertido, que fuera de las palabras rituales, siempre se expresaba en la lengua vernácula.

Después de la ceremonia nupcial, los contrayentes, los padrinos y dos testigos, pasaron a la sacristía para firmar los documentos acreditativos que certificaban la validez del casamiento canónico.

En la actualidad, en la mayoría de los casos, de las bodas hacen un auténtico acto social con numerosos invitados que se reunen

en un restaurante de moda que sirven un verdadero banquete en toda regla, donde se come y se bebe a discreción, sin reparar en gastos. Entonces no había costumbre de hacer esos dispendios, y mucho menos en el campo, donde las familias, en plan ahorrativo solían gastar lo menos posible. En este caso concreto, dos primas hermanas de madre de Ana María, que no fueron a la iglesia, se encargaron de preparar la comida de medio día, para las treinta y cinco personas, en total que estaban invitadas. Todas ellas, familiares más allegados de los novios.

Esa comida, por supuesto, la hicieron en la casa nueva, a base de «arros en costra y puxero en teronxetes», los dos platos más típicos de la cocina ilicitana, para que cada cual comiera de lo que más le gustara. Para esta ocasión, estrenaron la vajilla y los enseres de cocina del ajuar de Ana María.

Y como broche de oro de esta sabrosa y abundante comida, dos «tortaes», que hizo la madre del novio, que tenía muy buenas manos para estos menesteres; complementadas con licores dulces y anisados (por aquellos tiempos lo del champán y la sidra, en el campo de Elche, apenas se conocía). Todos comieron y bebieron mucho y la sobremesa se hizo larga y muy agradable.

A partir de media tarde, mientras los demás hablaban distendidamente, la madre de Ana María y de Andrés más las dos mujeres que habían preparado la comida, se emplearon a fondo limpiando los platos, las cacerolas y demás objetos que habían ensuciado en la comida, colocando a cada cosa en su sitio y en orden. Y al anochecer fueron todos abandonando la casa y se dejaron a los novios solos para que pudieran gozar en paz las primeras horas de su vida matrimonial recién estrenada. Una nueva vida en común empezaba en esos momentos y los dos estaban gozosos y esperanzados.

Aunque en aquellos tiempos aún no se había generalizado la costumbre de que las parejas de recién casados hicieran un viaje más o menos largo, como ocurre ahora, Andrés y Ana María sí que quisieron realizarlo, porque les hacía mucha ilusión. Y para llevarlo a cabo, unos días antes, adquirieron en la RENFE, un kilométrico de segunda clase (entonces los vagones de tercera eran incómodos y estaban muy sucios), y así podían viajar con más comodidad y

con menos dinero, ya que al llevar kilométrico, suponía un descuento en las tarifas normales del ferrocarril. Así es que al día siguiente por la mañana, fueron a la estación de Elche, y sacaron billete en dirección a Valencia, que era la primera ciudad que querían visitar, en su viaje de novios, a donde llegaron a las cuatro de la tarde, en el tren Expreso de Cartagena a Barcelona.

En Valencia estuvieron esa tarde y todo el día siguiente y durante ese tiempo visitaron todos los monumentos y lugares más importantes de la ciudad, como la Plaza del Caudillo, Centro Neurálgico de Valencia, las Torres de Serrano, la Catedral, los Viveros, etc. Una cosa de los que más les gustó de Valencia fue el Mercado de las Flores, en la Plaza del Caudillo, un auténtica eclosión de belleza y de vistosidad; una verdadera sinfonía de colores, que era como un canto a la primavera de la ciudad valenciana. Y cumplieron también su deseo de subir a la Torre del Micalet, por una empinada escalera interior que a medida que va ascendiendo se va estrechando más y más y hace la subida más difícil. Llegaron a lo más alto muy fatigados, pero el esfuerzo valió la pena, ya que desde lo alto del Micalet, se puede contemplar todo el casco urbano de Valencia y la huerta de sus alrededores, en una panorámica impresionante.

Esa noche fueron al Teatro Ruzafa, para ver una compañía de revistas, que representaba la «Blanca Doble».

De Valencia viajaron a Barcelona, donde estuvieron dos días, que aprovecharon muy bien, para poder ver, al menos en parte, los muchos encantos que atesora la Ciudad Condal. Lo que más le llamó la atención de Barcelona, fue el Templo inacabado de la Sagrada Familia, de atrevidas líneas, obra maestra del arquitecto Gaudí, que murió prematuramente y no pudo ver finalizado este admirable monumento arquitectónico. También visitaron el Parque de Atracciones de Montjuich, y la Catedral. Pero sobre todo, callejearon mucho por la Plaza de Cataluña y por las Ramblas, que desembocan en la Plaza de Colón, junto al puerto, donde se levanta un monumento, en forma de monolito, en cuya parte superior está la estatua de Cristóbal Colón, de pie, con el brazo derecho apuntando al Continente Americano, que el descubriera en 1.492. Y al finalizar la

tarde asistieron a una función de variedades en el «Molino», que era uno de los teatros mas conocidos de Barcelona. El otro día que estuvieron en Barcelona, cuando se cansaron de callejear, vieron una película en un cine céntrico de la ciudad.

Desde Barcelona, partieron hacia Zaragoza, donde sólo permanecieron una jornada, pues en la capital aragonesa, además del Templo del Pilar, había muy pocas cosas que llamaran la atención.

Al Camarín de la Virgen del Pilar, (que por cierto, es de un tamaño muy diminuto), no pudieron acceder, porque no estaba permitido. Pero en cambio, si que pudieron besar el Pilar, en la parte posterior, donde había bastante cola de gente que querían hacer lo mismo. Todas las personas besaban en el mismo sitio, en un lugar enmarcado en metal dorado, donde por el roce de millones de besos, a lo largo de muchos años, habían dejado una profunda huella en la piedra.

Pasearon durante mucho tiempo por la amplia y hermosa Plaza del Pilar, que es el centro neurálgico de Zaragoza y cruzaron el río Ebro, que llevaba grandes caudales de agua, por el puente más cercano a la Catedral.

En el interior del Templo del Pilar, había unos guías turísticos que enseñaban a los visitantes unos agujeros que se veían en el techo de la Catedral, y que según su versión, los habían producido unas bombas lanzadas por los aviones de la República, durante la Guerra Civil Española, y que milagrosamente, no habían estallado, ni producido daño alguno, lo que ellos interpretaban como un milagro de la Virgen del Pilar.

Y de Zaragoza, salieron para Madrid, en lo que era la última etapa de su viaje.

En Madrid estuvieron seis días, entre la capital de España, el Escorial y Aranjuez. A Madrid, le dedicaron cuatro días y no tuvieron tiempo suficiente para visitar todo lo que querían conocer. Dedicaron medio día a visitar el Museo del Prado donde pudieron ver la Dama de Elche, en una de sus dependencias y otras muchas salas, donde habían numerosas obras de Goya, de Velázquez, de Murillo,

de Zurbarán, etc, y de allí salieron un tanto mareados de ver tantos cuadros y tantos estilos pictóricos que no comprendían muy bien.

Dieron varias vueltas completas a la Plaza de la Puerta del Sol, el punto kilométrico cero de todas las rutas que parten de la capital de España, en cuyo centro está el Monumento que representa al Oso y al Madroño, que es el símbolo de Madrid. Y desde la Puerta del Sol, salieron por la Carrera de San Jerónimo, y se detuvieron ante la fachada principal del Palacio de las Cortes, al principio de cuya escalinata están los dos leones de bronce en actitud yacente, como guardianes de tan emblemático edificio. Después cruzaron el Paseo de la Castellana, y continuaron hasta que llegaron a la Puerta de Alcalá, uno de los monumentos más emblemáticos de la capital de España.

Otro día, de sur a norte, partiendo de Estación de Atocha, recorrieron todo el Paseo de la Castellana, hasta el final, por ambos lados de la calle, deteniéndose en las Plazas de Neptuno y de la Cibeles, con la gran cantidad de edificios nobles que hay en este paseo, como es el caso del Museo del Prado, donde ya habían estado antes, el Palacio de Correos, el Palacete de la Real Academia de la Lengua y el Banco de España, entre otros muchos. Y también callejearon por la Gran Vía, con sus tiendas de lujo y sus cafeterías, hasta desembocar en la Plaza de España, en cuyo centro se levanta el monumento dedicado a Cervantes y al Quijote, pasando antes por delante de la Telefónica. Y estuvieron también en la Plaza de Oriente a la que da el Palacio Real, que fue residencia oficial de los anteriores Reyes Españoles y del Presidente de la Segunda República, y donde Franco dirigía la palabra a los españoles en las fechas más señaladas.

Algunos días que estaban muy cansados de tanto callejear, después de cenar, se acostaban temprano. Si no era así, iban al cine o al teatro, donde actuaba compañías de Revistas o de Variedades. También estuvieron en el Parque del Retiro en el Museo de Cera y en el Mercadillo del Rastro

El último día de su estancia en Madrid, a primeras horas de la mañana, cogieron el tren en la Estación del Norte y salieron hacia

San Lorenzo del Escorial, donde estuvieron hasta media tarde. La mayor cantidad de tiempo que estuvieron en esta población, la dedicaron a visitar el Monasterio, que construyera Felipe II, para celebrar la victoria alcanzada en la Batalla de San Quintín. Un Monje de este Monasterio hacía de guía, y les iba explicando, con toda clase de detalles la historia del Monasterio y el contenido de cada una de sus dependencias. Lo que más impacto les produjo del Monasterio, fue la Cripta de los Reyes, donde estaban enterrados todos los Soberanos españoles y sus cónyuges, a partir de Felipe II, estando vacío el nicho que tenía que albergar los restos del Rey Alfonso XIII, que murió en Roma en 1.941, y que aun no se habían repatriado.

Al día siguiente, a primera hora, en la Estación de Atocha, cogieron el primer tren de pasajeros que partía hacia el sur, que los llevó hasta Aranjuez.

En Aranjuez, recorrieron sus hermosos jardines, y junto al río Tajo, con sus numerosas fuentes y frondosos árboles. Así mismo, estuvieron en la Casita del Labrador, y dedicaron más de dos horas a visitar el Palacio Real, donde pasaban largas temporadas los Reyes españoles y donde pudieron admirar una gran colección de relojes de diferentes estilos y tamaños, que les llamó mucho la atención, dedicaron varias horas a pasear por sus zonas ajardinadas, en los alrededores del río y tropezaron con un mercado que había en una de las principales calles donde vieron una gran cantidad de fresas y otros productos agrícolas cosechados en sus ricas y fértiles huertas, regadas por las aguas del Tajo.

A primeras horas de la noche, cenaron en el Restaurante la «Rana Verde», y después de cenar, salieron para la estación donde cogieron el tren correo con dirección a Alicante, aunque no llegaron a la capital alicantina, ya que bajaron en la estación de Novelda, donde montaron en el autobús que les llevó a Elche, a donde llegaron a las nueve de la mañana, finalizando así un hermoso viaje de novios de doce días de duración, que Andrés y Ana María no olvidarían nunca.

De todos los lugares visitados, se trajeron folletos descriptivos y postales, como recuerdos entrañables de aquellos maravillosos días y de aquellos lugares visitados.

Aún le sobraron cupones del kilométrico que les hizo la RENFE, unos días antes de emprender el viaje y que tenían tres meses de plazo para poder hacer uso de ellos, en cualquier línea de la Red Ferroviaria Española.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo 10

Cuando se generalizó la mecanización de la agricultura, a partir de los años sesenta y los agricultores ilicitanos ya disponían de tractores y aperos apropiados para realizar toda clase de trabajos y cultivos, en sus fincas rústicas, iniciaron una reestructuración de sus explotaciones agrarias, para adaptarlas a las nuevas circunstancias, como era el agrandar los bancales, eliminando márgenes y nivelando terrenos para que los tractores pudieran desenvolverse con más facilidad. También empezaron a entubar todos los cauces de riego, que hasta entonces, habían sido de tierra, con lo cual, aprovechaban mejor el agua que podían distribuirla con más comodidad y ahorraban el coste que ocasionaba la limpieza de estos cauces, que casi siempre estaban llenos de malas hierbas. Esto, supuso una mejoría apreciable en el trabajo diario de los campesinos, en cuanto a esfuerzo y comodidad se refiere, ya que la mayor parte de las labores que se realizaban con el cultivo de la tierra, manualmente, con la ayuda de las caballerías, ahora ya se podían hacer mecánicamente, ahorrando tiempo y esfuerzo.

Pero el agrandamiento de bancales, con la consiguiente nivelación de superficies, en muchas ocasiones, se veía entorpecida por las palmeras diseminadas, que había por cualquier parte, sobre todo, en la zona sur del Término Municipal (Algoda, Pusol, Derramador, Daimés, La Hoya, Asprillas y Baya Baja). Estas palmeras, en la mayoría de los casos, nacieron espontáneamente, sin que las plantara el hombre, cuando empezaron a regarse estas tierras, con las aguas dulces de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, primero a través de Nuevos Riegos el Progreso y después por medio de la Real Compañía de Riegos de Levante.

Como en aquellos tiempos, las palmeras datileras, como árboles agrícolas, producían una buena rentabilidad económica, por que tenían un cierto valor comercial todos sus productos (dátiles, palma verde y blanca y hasta «els caixcabots»), las dejaban crecer todas, allí donde nacieran. Pero en los años en que empezó la mecanización de la agricultura, la rentabilidad que habían tenido siempre las palmeras, como árboles agrícolas, desapareció casi por completo, por una serie de circunstancias bien conocidas por todo el mundo. Además, con el agravante de que los jornales que cobraban los profesionales del cultivo de las palmeras, se incrementó mucho, hasta tal punto, que eran el triple de los sueldos que se pagaban por realizar los demás trabajos agrícolas. Así es que la pérdida de rentabilidad de las palmeras, con el añadido del incremento de los costos de su cultivo, estos árboles tan característicos del campo de Elche, perdieron el interés y el aprecio que siempre habían tenido, por parte de los campesinos ilicitanos. Por eso, todas esas palmeras diseminadas que se vieron forzados a arrancar, al socaire de la reestructuración de las explotaciones agrarias, en vez de transplantarlas, optaron por hacerlas desaparecer, enterrándolas en los mismos bancales donde las habían arrancado. Pero estas palmeras, que como árboles agrícolas, habían perdido la rentabilidad que tuvieron siempre, empezaron a tener valor comercial, como árboles ornamentales, para adornar parques y jardines de los pueblos de la costa mediterránea. De esta manera, algunos viveristas y comerciantes de plantas, captaron esa posibilidad comercial y empezaron a mandar palmeras a los lugares que se las pedían. En principio, a estos agricultores que querían desprenderse de ellas, no les daban nada a cam-

bio, pero los agricultores se ahorraban el gasto de arrancarlas y enterrarlas. Después, a medida que aumentaba la demanda, y por consiguiente, se incrementaba su valor comercial, ya les daban algún dinero, dinero que iba aumentando, de año en año, hasta alcanzar las cincuenta mil pesetas, por unidad, en los años ochenta y noventa, si tenían un tronco entre tres y seis metros de largo, que eran las más solicitadas, lo mismo si eran machos que si eran hembras.

Estos precios eran muy substanciosos, y por lo tanto, algunos agricultores, a sabiendas de que vulneraban una norma legal, arrancaban palmeras y mucho más en los años difíciles, en que los agricultores estaban en horas bajas, por falta de rentabilidad de sus explotaciones agrarias.

Por otra parte, no comprendían muy bien como no podían disponer a su libre albedrío, de unos árboles que habían plantado libremente ellos o sus antepasados, sin ayuda ni subvención de nadie.

Pero, como este comercio clandestino de palmeras, alcanzó grandes proporciones, salió a relucir el famoso Decreto del mes de Marzo del año 1.933, en el que se especifica que las palmeras datileras, dentro del Termino Municipal de Elche, tienen la categoría de bien social, sujeto a protección, y que se podría sancionar económicamente, a todos aquellos que arrancaran palmeras, sin autorización expresa, e incluso, a los que las malcultivaban. Y en función de esta norma legal, (que la inmensa mayoría de los agricultores ilicitanos desconocían), el Ayuntamiento de Elche, a los que cogía in fraganti arrancando palmeras, les sancionaba con fuertes multas, lo cual dio origen a una gran crispación entre el campesinado ilicitano y el propio Ayuntamiento, aunque la mayor parte de aquellas primeras sanciones, no se pagaron. De todas formas, a pesar de la gran cantidad de multas que se impusieron a los que arrancaron palmeras, los arranques clandestinos continuaron, hasta tal punto, que entre los años sesenta y noventa, desaparecieron del campo de Elche, muchos miles de palmeras clandestinamente. La cantidad exacta de palmeras arrancadas clandestinamente, no se sabrá nunca, porque no existen datos fiables sobre este particular.

A Carlos Tarí, también le tentaron unos viveristas, para que les vendiera algunas palmeras, pero él no quiso aceptar la oferta y exponerse a una posible sanción, como ya le había ocurrido a un veci-

no suyo, que arrancó palmeras y le sancionó el Ayuntamiento con una fuerte multa en metálico.

Cuando el Gobierno Central, le transfirió al Gobierno de la Generalitat Valenciana, las competencias de agricultura, ganadería y pesca, los palmerales de Elche, que estaban catalogados, legalmente, como un bien agrícola, sujeto a protección, pasaron a depender del Gobierno Autónomo, que tenía otro concepto de los mismos. Por eso, en Mayo del año 1.986, promulgó una nueva Ley de Tutela del Palmeral D' Elx, que fue aprobada por las Cortes Valencianas, el día 9 del mencionado mes y el reglamento, que desarrollaba dicha Ley, se aprobó mediante Decreto de fecha del mes de Noviembre de ese mismo año.

Esta nueva ley, que anulaba todas las Normas Legales que se habían promulgado hasta esos momentos, alrededor de los Palmerales de Elche, contemplaba, en su artículo décimo, la creación de un Patronato, «como Órgano competente para la aplicación de las disposiciones de la mencionada Ley». Este Patronato, cuyo Presidente nato sería el Conseller de Cultura y su Vicepresidente, el Alcalde de Elche, se constituyó oficialmente, en el Salón de Actos del Ayuntamiento de Elche, el día 15 de Septiembre de 1.987, a las cinco de la tarde. En este Patronato figuraba Baltasar Brotóns García, como representante de los cultivadores de palmeras datileras de Elche, elegido por ellos mismos.

Pero, para el Gobierno Autonómico Valenciano, los Palmerales de Elche, habían dejado de ser un bien agrícola, como habían sido siempre, para convertirse en un bien cultural, como una Catedral o un cuadro pictórico, por ejemplo. De ahí el que la nueva Ley de Tutela del Palmeral d'Elx, fuera promulgada por la Consellería de Cultura y no por la Consellería de Agricultura, y que el Presidente del mismo fuera el Conseller de Cultura, cuando en el Patronato anterior creado en el 1 .942- nueve años después del famoso Decreto de Marzo de 1.933, el Presidente nato, fuera el Ministro de Agricultura, hasta su disolución.

La nueva Ley de Tutela del Palmeral d'Elx, pecaba de los mismos defectos que el Decreto del año 33, ya que especificaba, claramente las sanciones que se impondrían a los que contravinieran sus preceptos, y en cambio, pasaba de puntillas sobre las subvenciones

y ayudas que se concedían a sus cultivadores, para disminuir, aunque sólo fuera en parte, la falta de rentabilidad de las mismas y las muchas restricciones, que la propia Ley imponía a la libre disponibilidad de las mismas, que formaban parte de su propio patrimonio, que ellos mismos habían creado a lo largo de muchos años.

Lo único que tenían de positivo la nueva Ley, era que permitía a los agricultores del Campo de Elche plantar viveros de palmeras datileras, que después podían comercializar libremente, donde y cuando quisieran, previa su inscripción en el Registro correspondiente del propio Patronato.

Cuando entró en vigor la nueva Ley, el Ayuntamiento de Elche, como un signo de buena voluntad, canceló de una manera tácita, aunque no explícita y por escrito, todas las sanciones que se habían impuesto hasta entonces, por arranques clandestinos de palmeras, para empezar de cero, en una nueva etapa histórica de los Palmerales de Elche. Pero como el espíritu que se reflejaba en la nueva Ley, era prácticamente, el mismo de las Normas Legales anteriores, con el cual no estaban de acuerdo los agricultores ilicitanos, cultivadores de palmeras, los arranques clandestinos continuaron como si tal cosa, y las sanciones económicas que se les imponía cuando se les cogía *in fraganti*, cada día fueron más cuantiosas, con la particularidad de que las multas ya no las imponía el Ayuntamiento de Elche, como antes, si no el propio Patronato.

A principios de los años 90, el Ayuntamiento de Elche, con la colaboración del Ministerio de Agricultura francés, montó en el Hort del Gat, de propiedad municipal, la Estación Phoenix, para iniciar los estudios científicos encaminados a la reproducción *in vitro*, de la palmera datilera según la técnica empleada por un laboratorio francés, cuyos resultados están bastante avanzados en estos momentos (finales del año 1.997). Por esos mismos años, el Ayuntamiento de Elche, compró a ese mismo laboratorio francés varios centenares de palmeras datileras pequeñas, reproducidas por ese mismo procedimiento, que plantó en ese mismo Hort del Gat, y que ya están produciendo dátiles.

Con la libre comercialización de los viveros y la posibilidad de reproducirlas *in vitro*, los palmerales de Elche, tienen asegurado un futuro esperanzador, desde el punto de vista agrícola, cultural y

paisajístico, invirtiéndose esa línea descendente, en cuanto al número de ejemplares que se había experimentando de unos años a esta parte. En estos momentos, ya hay en el campo de Elche más palmeras datileras en viveros que palmeras adultas, en huertos o diseminadas.

A finales del año 1.966, el mismo corredor de fincas que le vendió el solar en el Barrio de las Puertas Coloradas, habló de nuevo con Carlos Tarí, diciéndole que tenía ahora una oportunidad muy buena para venderlo, ganando mucho dinero, o bien permutándolo a cambio de obra, ya que el comprador que tenía, era un conocido constructor, pudiendo optar por una u otra de estas dos alternativas. Como hicieron la vez anterior, le dijo al corredor, que quería hablar directamente con el constructor, para conocer, en detalle, aquella oferta. Una vez reunidos los tres, el constructor le dijo a Carlos Tarí, que si le vendía el solar se lo pagaba a 5.000 pesetas el metro cuadrado (con un beneficio de casi el 450 %, en el plazo de pocos años). Por el contrario, si se lo cedía a cambio de obra, (se podían levantar cinco plantas en total, con ocho viviendas y dos locales comerciales), le daba a cambio del solar dos viviendas de la esquina y uno de los dos locales comerciales. Carlos Tarí, hizo sus cálculos y prefirió las dos viviendas y el local comercial al 1.250.000 pesetas que le hubiera percibido por la venta del local.

Una vez conseguido el acuerdo, redactaron en el despacho de un abogado un contrato privado, formalizando la cesión del solar en las condiciones reseñadas.

A partir de esos momentos, el constructor una vez en posesión del proyecto técnico correspondiente y diligenciada por el Ayuntamiento, la preceptiva licencia de obras, inició la construcción de las viviendas que finalizó en el plazo de catorce meses.

Por aquellos años, debido a las muchas familias de inmigrantes procedentes de otras regiones españolas, que llegaban a Elche, atraídos por la floreciente industria del calzado, que ofrecía muchos puestos de trabajo, la gran cantidad de viviendas nuevas que se construían todos los días, se vendían con mucha facilidad. De ahí que el constructor que levantó aquel edificio en el solar de Carlos Tarí,

vendió la seis viviendas que le correspondían a él, antes de finalizar la obra, a ochocientas mil pesetas cada una. Carlos Tarí también tuvo comprador para las suyas, pero no quiso venderlas, pues tal como estaban las cosas tenía la seguridad de que cada día que pasaba valdrían más dinero, aunque de momento de las dos viviendas y del local, si los hubiera querido vender, le hubieran dado alrededor, de 2.500.000 pesetas, diez veces más que le costó el solar, unos años antes. Desde luego, la compra de aquel solar, fue la mejor inversión que realizó Carlos Tarí en toda su vida.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Capítulo 11

A partir de los años sesenta, fue cuando la ciudad de Elche inició un desarrollo inusitado, en todos los aspectos y sentidos, desde el urbanístico hasta el demográfico. Este gran desarrollo, surgió al socaire del auge acelerado de una potente industria del calzado, que convirtió a nuestra ciudad en un auténtico emporio industrial, generador de riqueza y de puestos de trabajo, que actuó como un señuelo que atrajo a muchos miles de inmigrantes, que llegaban a Elche, procedentes de otras regiones españolas, en busca de una ocupación y de un jornal, que era muy difícil conseguir en sus lugares de origen, que eran, en su inmensa mayoría, zonas rurales.

La industria del calzado actuó como una locomotora que arrastraba el tren de este desarrollo ilicitano. Pero, paralelamente con el sector industrial, también se revitalizó el sector de la construcción, para satisfacer la creciente demanda de viviendas que generó el aumento de esa población de aluvión, que llegaba a Elche todos los días, y que quería tener un techo donde cobijarse. Esa inmigración masiva que llegó a tales extremos, que en sólo dos décadas (de los

años sesenta a los años ochenta), Elche duplicó su población, pasando de sesenta mil a ciento veinte mil habitantes.

Aunque la mayor parte de esos inmigrantes se emplearon en las fábricas de calzado, como trabajadores por cuenta ajena, también surgieron de la inmigración muchos hombres de empresa, que montaron aquí sus negocios, en la industria, el comercio, la construcción, etc. Y todos ellos, desde cualquier actividad que desempeñasen, contribuyeron con sus iniciativas personales, con su trabajo diario y con su esfuerzo personal, al engrandecimiento de Elche y a ese desarrollo sostenido, que ha mantenido nuestra ciudad, en el último medio siglo, en sintonía con lo que hicieron los ilicitanos de nacimiento que ya habían dado sobradas muestras, desde hacia mucho tiempo, de su espíritu activo y emprendedor.

Y todos juntos, cada cual aportando su granito de arena, hicieron de Elche una gran ciudad, dinámica y superactiva, que iba creciendo como la espuma, hasta alcanzar casi los doscientos mil habitantes en la década de los años noventa.

Y en esa ciudad ascendente, en cuanto a su desarrollo continuo, surgió una clase media de un amplio espectro, procedente de la industria, del comercio, de la construcción, de las profesiones liberales, etc, que tenían vivienda propia en la población, que ya poseía automóvil, y que había incrementando mucho su nivel de vida. Pero además de todo eso, ahora les apetecía tener una segunda vivienda en el campo, para pasar los fines de semana y las vacaciones veraniegas, y al mismo tiempo, huir un poco del hacinamiento y la polución de la ciudad, que ya empezaba a ser agobiante.

Y empezaron a comprarse pequeñas parcelas de tierra y a construirse los primeros «chalets», a lo largo y ancho de todo el campo de Elche, en una época en que el Ayuntamiento permitía esta clase de construcciones campestres, bajo el eufemismo de «albergues rurales», para que se adaptasen a las normas legales urbanísticas, que estaban vigentes, en aquellos momentos, pero que de albergues rurales no tenían nada.

Y esos dos vocablos, «parcela y chalet», inusuales hasta entonces en el lenguaje coloquial de los ilicitanos, tomaron carta de naturaleza en el lenguaje de la calle, y salían a colación a cada

momento, en todas las conversaciones. Así, en el plazo de pocos años, por familias de la población, se compraron miles de parcelas de tierra, entre dos mil y cinco mil metros cuadrados y sobre las mismas, se construyeron miles de «chalets», más o menos lujosos, que cambiaron, un tanto, la fisonomía urbanística del campo de Elche, con otros estilos arquitectónicos, ya que hasta entonces, en el campo de Elche, solo habían casas de campo, de estilo arquitectónico tradicional y con unas características uniformes, donde habían vivido siempre los agricultores, y donde se conocían todos, en cada pedanía, por sus nombres y apellidos o por los apodos. Y en esta pacífica «invasión», de gentes de la ciudad, se mezclaron un tanto los ciudadanos con los campesinos, aunque la mayor parte de los «chalets», se verjaron, convirtiéndolos en compartimientos estancos y las familias que los habitaban temporalmente, se relacionaban muy poco con el vecindario campesino.

Esta construcción masiva en el medio rural, hizo subir como la espuma el valor de la tierra, para edificar en ella, con lo que se incrementó mucho el patrimonio de los agricultores a la hora de pedir un préstamo a un Banco o a una Caja de Ahorros, cuando precisaban comprarse un tractor o hacer una inversión en su explotación agraria. Y en el supuesto de que no quisieran recurrir a un préstamo cuando necesitaban dinero para cubrir cualquier emergencia familiar, vendían un pequeño trozo de tierra y solucionaban el problema.

La permisividad, por parte del Ayuntamiento, de construir viviendas rurales, en pequeñas parcelas de tierra, duró pocos años, hasta que se llevó a cabo una nueva revisión del Plan General de Ordenación Urbana, y aprobaron unas normas legales más restrictivas para construir este tipo de viviendas. Pero cuando estas restricciones se materializaron, ya se habían construido, a lo largo y ancho del campo de Elche, ocho o diez mil «chalets», de familias de la población. Pero es que además de estos chalets diseminados, se levantaron también en el medio rural, varias urbanizaciones en la pedanías de Valverde, Altabix, Algoda y algunas otras más, con todas las comodidades y servicios.

Algunas de las familias de la población, que compraron viviendas en estas urbanizaciones consolidadas o se construyeron «chalets» individuales, con la intención de habitarlos solamente a

tiempo parcial, optaron por vivir en el campo, de una manera permanente, por que estaban allí más tranquilos y relajados y sin problemas de aparcamiento y de polución ambiental que se padecía en la población. Por otra parte, como ya disponían de automóvil propio, el vivir a tres, cuatro o cinco kilómetros de dónde tenían su puesto de trabajo, no tenía ninguna importancia, ya que en escasos minutos se trasladaban del campo a la población.

Lo cierto fue que por aquellos años, se produjo en el conjunto de la sociedad ilicitana, un fenómeno social muy curioso : mientras a muchas familias de la población les apetecía tener una segunda vivienda en el campo, para habitarla a tiempo parcial o de una manera permanente, a otras familias de agricultores que siempre habían vivido en el campo y tenían allí buenas viviendas, querían residir en la población, produciéndose dos corrientes migratorias contrapuestas: del pueblo al campo y del campo a la ciudad, cosa que no había ocurrido nunca hasta entonces.

Por aquellos años, se produjo un gran salto hacia adelante, en lo que concierne a la enseñanza y a la educación de los jóvenes, no sólo en la ciudad, si no también en el campo, pues se construyeron colegios de primera enseñanza en todas las partidas rurales del Término Municipal de Elche y varias en algunas de ellas, como fue el caso de Matola, que llegó a tener tres escuelas funcionando simultáneamente, con lo que se consiguió, por primera vez en la historia de esta comarca, tener cubierta la necesidad de enseñanza gratuita de toda la población infantil campesina, finalizando el analfabetismo crónico que tan arraigado estuvo siempre en el medio rural ilicitano al no haber ningún centro de enseñanza hasta la tercera década del presente siglo, y que ahora, en los años sesenta y setenta, se construyeron muchas más.

El colectivo campesino ilicitano, con una situación económica relativamente boyante; con la escolarización infantil cubierta en su totalidad; con la mayor parte de su red de caminos rurales convertidos en carreteras, por los que ya circulaban algunos automóviles, que habían adquirido las familias campesinas, el nivel de vida del campesinado ilicitano, en términos generales, había subido muchos enteros. Y este incremento notable en el nivel de vida del campesinado, cambió un tanto la mentalidad y los comportamien-

tos de los agricultores, particularmente, de los más jóvenes, que ya contemplaban la vida, a través de otros parámetros. Y algunos de estos jóvenes campesinos, que tenían inquietudes y aspiraciones de adquirir una cultura general y unos conocimientos más amplios, ya no se conformaban con cursar la primera enseñanza, si no que querían subir nuevos peldaños en materia educativa, y fueron a los institutos y algunos de ellos, llegaron hasta la universidad y cursaron estudios superiores. Y de esta manera, al cabo de pocos años, empezaron a salir del campo de Elche médicos, arquitectos, ingenieros, economistas, abogados, etc, que eran hijos de agricultores, cosa completamente impensable en la época de sus padres, que no tenían posibilidades de estudiar, porque aquellos eran otros tiempos y otras circunstancias.

Pero es que además, si en aquellos tiempos, algunos jóvenes, hijos de agricultores, querían estudiar, hasta estaba mal visto, pues lo normal y corriente era que los hijos continuaran haciendo lo que siempre habían hecho sus padres: dedicarse al cultivo de la tierra y llegar a ser buenos profesionales de la agricultura, sin otras apetencias ni aspiraciones de mejorar su situación personal y educativa.

Eso había sido la tradición y la tendencia generalizada, que se había trasmitido de padres a hijos, a través de muchas generaciones, sin apenas cambios ni modificación alguna, al paso de los años.

Pero a partir de los años sesenta, ya nada fue igual que antes en el campo de Elche, ya que se había producido una ruptura absoluta en esa tendencia cultural que se venía arrastrando desde los tiempos más antiguos, corriente cultural que abarcaba todas las facetas de la vida, desde la forma de cultivar la tierra, hasta la propia vestimenta de los agricultores, pasando por los rasgos arquitectónicos de sus viviendas, por las costumbres y por la forma de relacionarse entre si, entre otras muchas cosas.

Los signos más significativos de ese cambio tan notable que se había producido en el campo de Elche y en el colectivo campesino, fueron el tractor y el automóvil, que marcaron el inicio de la época moderna, tan distinta a la época anterior. Y la divisoria de esas dos épocas, tan diferentes una de otra, la marcaron la década de los años sesenta, que lo modificó todo, de arriba a abajo, en un cambio impresionante.

La mejoría substancial que se había producido en la situación económica de los agricultores ilicitanos, desde los años de la Postguerra Civil, se manifestó también, paralelamente en las Cooperativas Agrarias, y otras entidades similares, algunas de ellas de nueva creación, dando muchos servicios a su masa social. Entre todas estas Organizaciones Agrarias, merece capítulo aparte, la Cooperativa Agrícola y Caja Rural del Campo de Elche, (ya hemos hablado de ella en un capítulo anterior). Esta entidad agraria, que durante muchos años, llegó a ser una verdadera institución en el campo de Elche, desde 1.903, en que se creara, tuvo un crecimiento y desarrollo impresionante, acorde con la bonanza económica de la agricultura ilicitana, aunque después, cuando esta agricultura, por diferentes razones, entró en una franca decadencia, esta crisis, también se contagió a la Cooperativa, que pudo superarla gracias al gran patrimonio en fincas rústicas y urbanas que había acumulado a lo largo de muchos años. Y lo que le pasó a la Cooperativa Agrícola y Caja Rural de Elche, en esa época de vacas flacas, le ocurrió también a las demás entidades agrarias ilicitanas, en mayor o menor medida. La bonanza económica, en términos generales, afectó a todos, individual o colectivamente. De la misma manera cuando fue a la inversa, la crisis también afectó a todo el colectivo individualmente, como a las instituciones que creó ese colectivo para defender esos intereses individuales, de una manera mancomunada.

Desde finales del siglo pasado, el campo de Elche, (o lo que es lo mismo los agricultores ilicitanos), ha sido pródigo en la creación de Organizaciones Agrarias, para defender mejor sus intereses profesionales específicos, llegando a cerca de cuarenta, a lo largo del presente siglo, lo que demuestra, sin la menor duda, de que el sector campesino ilicitano, ha sido, en todo momento, dinámico y emprendedor. Dudamos mucho que haya existido otro campesinado, de las mismas características del ilicitano, que haya creado, en los últimos tiempos, tantas Organizaciones Agrarias como éste.

Los estudiosos de este tema, para tener un conocimiento exacto de lo que ha sido la agricultura ilicitana del siglo XX, tendrán primero que analizar, detenidamente, las muchas sociedades agrarias que crearon los que se dedicaron, profesionalmente, a esta agricultura a lo largo de tantos años.

Capítulo 12

Cuando se casaron Ana María y Andrés, Carlos Tarí les cedió las veinticinco tahullas de tierra que había alrededor de la casa, donde ellos se habían ido a vivir, y que era patrimonio de su esposa, para que el nuevo matrimonio las cultivara por su cuenta y riesgo, y de esa manera, pudieran abrirse camino por sus propios medios, sin la ayuda de sus padres.

Carlos Tarí, continuó pagando, de momento, la contribución rústica y urbana, de estas tierras y de esta casa restaurada, y además les cedía el tractor cuando tenían que cultivar la tierra, tractor que manejaba Andrés, que también poseía el pertinente permiso para ello.

Así, con las hortalizas que plantaron en esa misma Primavera y los productos de los arbolados que habían en esas tierras, casi todos los meses tenían algunos ingresos. Y como la mano de obra la ponían ellos dos, casi en su totalidad, los gastos de explotación agrícola eran pocos, y por consiguiente, tenían beneficios, con lo cual, la situación económica del nuevo matrimonio desde un principio, fue relativamente desahogada.

A partir de esos momentos Carlos Tarí y su hijo Carlos, se dedicaron, exclusivamente, al cultivar las cuarenta tahullas de tierra de su finca principal. Por consiguiente, todos los trabajos y labores que tenían que realizar diariamente, estaban alrededor de la casa, con el mayor aprovechamiento del tiempo, al no tener que realizar ningún desplazamiento.

En el año 1.962, siendo Alcalde de Elche José Ferrández Cruz, recibió una notificación del Ayuntamiento en la que se le decía que el propio Alcalde quería hablar con él, y le daba fecha y hora para esta entrevista, sin aclararle lo más mínimo, el motivo de la misma. Esta citación, le cogió un poco de sorpresa, ya que no tenía idea de cual podía ser la razón de aquel requerimiento. Así es que el día y la hora señalada, se presentó en el Ayuntamiento y al mostrar la citación al guarda municipal, que estaba a la puerta del Consistorio, le acompañó hasta la Alcaldía, donde el Alcalde y el Concejal de Pedanías le estaban esperando. Después de los saludos de rigor, el Alcalde, con su proverbial sencillez y campechanía, le dijo: «che, Carlos no te preocupes, que no t'e fet vindre per a res roin, si no tot el contrari. Aixina es que tranquilo, que no pasa res». Aquellas palabras rompieron un poco el hielo y después de sentarse, el Alcalde, continuó hablando y le dijo : «mira, Carlos jo he pensat que tu eres el home mes indicat per a ser el pedaneo de Daimés, que con saps molt bc, exie carreç, s'ha quedat vacant, fa uns dies, per que s'ha mort l'home que el desempeñaba. Tots els informes que tinc de la teua persona, me diuen que tu eres un home molt formal, i ademes, eres molt apreciat per tots els veins de la partia». Carlos Tarí, se resistió un poco a aceptar el cargo, alegando sus muchas ocupaciones, pero al final le convenció el alcalde y salió del Ayuntamiento, con el nombramiento y el sello de la pedanía de Daimés en el bolsillo. Desde ese momento, Carlos Tarí ya era el «Diputat», de Daimés (así llamaron siempre los agricultores al Pedáneo de cada partida rural del campo de Elche). Ese nombramiento, aumentó más aún el aprecio y el respeto que le tenían a Carlos Tarí, todos sus vecinos y conocidos.

Unos meses antes de este nombramiento, Carlos Tarí le compró un «Seat 600», a su hijo Carlos, que ya llevaba algún tiempo

pidiéndoselo, aunque lo conducían los dos. La mayor parte de las veces el que lo llevaba era el hijo. Este coche que se lo compró a la firma Serrauto, que tenía sus instalaciones en la Correora, en el local que antes había sido la Posada del Sol, le costó 72.000 pesetas, pago al contado, y le duró muchos años en buen estado de conservación, como ocurrió con todos los de esta marca y de este tipo. Este precio era relativamente barato, como estaban las cosas por aquellos años, y por lo tanto, al cabo de poco tiempo, una gran cantidad de «600», circulaban todos los días por los caminos y las carreteras del Campo de Elche. El «600», era también el coche que tenían las escuelas de chóferes, para enseñar a los futuros conductores, que adquirían el permiso de conducir con mucha facilidad, tras superar unas sencillas pruebas teóricas y prácticas de conducción.

El «600», fue el pionero de la motorización de la sociedad española, en aquellos años en que se inició un incipiente desarrollismo de los españoles, después de muchos años de dificultades y escaseces de todo tipo, y que por su poco precio, se puso al alcance de muchas familias de la clase media-baja, y que el simple hecho de adquirir un « 600», era un signo inequívoco de distinción dentro del estrato social en que se desenvolvía.

En aquellos años de bonanza económica, en el campo de Elche, la sociedad Nuevos Riegos el Progreso, entidad estrictamente ilicitana, en su creación, gestión, capitalización y desarrollo, creada en 1.906, por el Ingeniero Técnico Industrial Ernesto Martínez Riviere y seis agricultores más de la Marina, atravesaba por una situación boyante y desahogada en su funcionamiento, hasta tal punto que sus acciones se habían revalorizado mucho, acciones que casi en su totalidad, estaban en poder de los agricultores ilicitanos, que consideraban a esta Sociedad Mercantil, dedicada a la distribución de aguas de riego, procedentes de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, como una cosa propia, porque en realidad, ellos fueron los que la financiaron, desde un principio, peseta a peseta, con sus ahorros. Por tal motivo, para los agricultores ilicitanos, beneficiarios de estas aguas, el tener acciones del Progreso, lo consideraban como un honor y un privilegio.

Carlos Tarí lógicamente, también era accionista del Progreso, pero cuando en la década de los años sesenta, la sociedad llevó a

cabo una ampliación de capital, compró diez acciones más y las inscribió cinco a nombre de su hijo Carlos y las otras cinco a nombre de su hija Ana María, para que ellos dos, fueran también accionistas de esta sociedad tan emblemática del campo de Elche. Durante aquellos años como la sociedad obtenía beneficios, los accionistas también lograban dividendos en las liquidaciones anuales que practicaba y cada día que pasaba, se incrementaba su valor en el mercado.

En cambio, en la Real Compañía de Riegos de Levante, las cosas no estaban tan claras, y cada día que pasaba se iba complicando más su funcionamiento, hasta el extremo de que le vendieron las concesiones de agua, los canales y demás instalaciones, y también el salto de agua de Almadenes en el río Segura, a Hidroeléctrica Española que se hizo cargo de todo. Pero se daba la circunstancia que a Hidroeléctrica Española, sólo le interesaba la Presa de Almadenes, para aumentar su producción de fluido eléctrico, que era a lo que se dedicaban, no mostrando ningún interés en la distribución de aguas de riego, que era para lo que se había creado la «Compañía», en la segunda década del presente siglo.

Así las cosas, no le dedicaban ninguna atención al mantenimiento de las instalaciones, que se iban deteriorando más y más, a medida que pasaban los años. Así las Asambleas Generales que se celebraban anualmente, por la Comunidad de Riegos de Levante, que gestionaba la venta y distribución de estas aguas, siempre resultaban polémicas y controvertidas en grado sumo.

Carlos Tarí, asistía a todas estas Asambleas Generales y salía de ellas siempre muy preocupado, por el feo cariz que iban tomando las cosas en esta Comunidad, que era tan importante, no sólo para el campo de Elche, sino también para otros nueve Términos Municipales del sur de la provincia de Alicante, (San Juan, Campello, Muchamiel. Alicante, Crevillente, Albatera, Cox, La Granja y Orihuela), cuyas tierras se regaban también con estas aguas.

Como dijimos en páginas anteriores, desde que el Alcalde de Elche, nombró a Carlos Tarí pedáneo de Daimés, se incrementó su popularidad y nombradía, hasta tal punto de convertirse en un personaje de los más conocidos del campo de Elche. Por eso, Carlos Antón Antón, que entre otras cosas, era Presidente de la Hermandad Sindical de Agricultores y Ganaderos, desde su creación, le pro-

puso para que formara parte de los Órganos de Gobierno de dicha entidad, propuesta que aceptó, pero a regañadientes, aunque en aquellos tiempos, en la «Hermandad», excepto su Presidente, los demás componentes de sus Órganos de Gobierno, «pintaban» muy poca cosa y apenas tenían poder de decisión. Ciertamente, se celebraban Asambleas todos los años, Asambleas a las que asistía muy poco gente, por que resultaban siempre un tanto estériles y» descafeinadas».

No contento Carlos Antón en que Carlos Tarí, estuviese vinculado a la cúpula directiva de la «Hermandad», sino que le insinuó también a que podría presentarse como Vocal de la Junta Rectora de la Cooperativa del Campo de Elche, de la que era también Presidente, desde hacía bastantes años. Esta sugerencia la admitió con mayor agrado, pues como hemos reseñado en capítulos anteriores, Carlos Tarí fue siempre socio de la Cooperativa, y hacía uso de todos sus servicios y asistía a todas las Asambleas Generales, que solían celebrarse todas Primaveras. Así es que en la Asamblea General del año 1.963, en que tenía que renovarse la mitad de la Junta Rectora, incluido el Presidente de la entidad, Carlos Tarí presentó su candidatura para una de las Vocalías vacantes, que había que cubrir, y la Asamblea le dio el visto bueno con sus votos. A partir de esos momentos Carlos Tarí, ya formó parte de los Órganos Directivos de la Cooperativa y conoció, con más profundidad su funcionamiento y sus interioridades. Este nuevo cargo, le restaba poco tiempo de sus ocupaciones habituales en el cultivo de la tierra, ya que a lo único que le obligaba, era a asistir a las reuniones que de cuando en cuando celebraba la Junta Rectora, la tarde de un día laborable, en que el Presidente, el Secretario y el Tesorero, daban cuenta de la marcha y funcionamiento de la Cooperativa, cada uno en sus respectivas competencias. En estas reuniones, se estudiaban también las solicitudes de préstamos que solían pedir los socios, y se aceptaban o no, en función de determinadas circunstancias de solvencia del solicitante y también del grado de confianza que les mereciera. Salvo raras excepciones, estos préstamos, (que se concedían en mejores condiciones que lo hacían las demás entidades financieras), solían aprobarse en la mayoría de los casos.

La Sección de Préstamos y Ahorros de la Cooperativa del Campo de Elche, era una de las secciones que mejor funcionaban. Por eso, los socios, depositaban allí la mayor parte de sus ahorros y era allí también donde acudían a solicitar préstamos cuando tenían que realizar alguna inversión en sus explotaciones agrarias o necesitaban dinero para cubrir alguna emergencia familiar.

A mediados de 1.969, Carlos Tarí al cumplir los 65 años, pasó a engrosar el ya abundante colectivo de jubilados, y empezó a cobrar una pensión de la Seguridad Social, ya que llevaba cotizando más de veinte años, en la rama agraria, como trabajador por cuenta propia. Entonces, las pensiones de jubilación del campo, tenían muy poca cuantía, pero también los cupones mensuales que pagaban los afiliados a la rama agraria hasta el momento de la jubilación, tenían un coste muy bajo.

La cuestión fue que de la noche a la mañana, Carlos Tarí se convirtió en un pensionista más y dejó de pagar los cupones mensuales, como lo venía haciendo hasta entonces, aunque continuó trabajando lo mismo, en su explotación agraria, como si nada hubiera ocurrido.

Pero a medida que pasaban los días, él y su esposa, iban madurando la idea de que deberían darle un nuevo giro a sus vidas, pues los años ya les iban pesando y su hijo Carlos que ya había cumplido los treinta y cinco años, y que desde hacía cinco años, tenía relaciones con una muchacha del campo, como ellos, les comunicó que pensaban casarse al año siguiente, lo cual les alegró mucho, porque entendían que ya iba siendo hora de que tomase esa decisión.

Esta alegría experimentada por el matrimonio Tarí-Sempere, fue una alegría añadida a la que sintieron cuando tres años después de casarse, su hija Ana María, les hizo el hermoso regalo de una nieta, que ya era una hermosa muchacha de nueve años y que le pusieron el nombre de Bienvenida. No había ninguna Bienvenida en la familia, pero a los padres les gustó ese nombre y se lo pusieron, rompiendo una tradición muy extendida en el campo de Elche, de ponerle a la primera hija el nombre de la abuela paterna y al primer hijo el nombre del abuelo paterno. Antes de tomar esa decisión, Ana María y Andrés, se lo notificaron a sus padres, para ver que les parecía la idea, y les contestaron que si les gustaba a ellos

ese nombre, no tenían nada que objetar. Y ya no se habló más del asunto, con la particularidad, de que a todos les parecía un nombre muy bonito.

Bienvenida creció y se desarrolló sana y fuerte, y además arropada por el inmenso cariño que le profesaban, no sólo sus padres sino también sus abuelos paternos y maternos, pues era la única nieta que tenían.

Desde muy pronto, sus padres le enseñaron las primeras letras y los principios de la escritura, y antes de cumplir los seis años, empezó a ir a la escuela de Daimés, que estaba muy cerca de su casa, con gran aprovechamiento, ya que era una de las niñas más adelantadas de la clase, en cada uno de los cursos en que estaba. Como demostraba buenas cualidades para el estudio, y además tenía mucha afición y facilidad para asimilar todas las asignaturas que la maestra le enseñaba, sus padres tenían la intención de que cuando finalizase la primera enseñanza, cursase el bachillerato y después, si ella no perdía el interés que entonces tenía por el estudio, que pasase a la Universidad y estudiase la carrera que a ella más le gustara. A finales de los años sesenta, las circunstancias habían cambiado mucho, en todos los aspectos y sentidos, y también la mentalidad de los agricultores, que ya no veían con malos ojos el que estudiasen sus hijos, cosa impensable unos años antes. De ahí el que algunos hijos de agricultores ilicitanos, cursaran estudios superiores y llegaran a ser médicos, abogados, arquitectos, economistas, etc, cosa que no había ocurrido hasta entonces.

Como Ana María y Andrés no tuvieron más hijos, todos sus cuidados y atenciones los volcaron en Bienvenida, que se había convertido en la alegría de sus padres y de sus abuelos. Tenía unos rasgos fisonómicos bastante agradables y unos modales más distinguidos que ellos, lo que demostraba que había tenido una mayor enseñanza educativa, primero en la escuela primaria y después en el instituto de segunda enseñanza. Por otra parte, al contrario de lo que había hecho su madre, en los años juveniles, Bienvenida no había realizado nunca trabajos agrícolas en el campo, pues desde su más tierna infancia, había dedicado todo su tiempo al estudio y a reunirse con las amigas de su misma edad, aunque la mayoría de ellas trabajaban en el campo o como aparadoras del calzado.

La verdad era que Ana María y Andrés estaban orgullosos de su hija, orgullo y satisfacción que iba en aumento a medida que iba creciendo y haciéndose mujer.

Carlos Tarí, cuando su hijo Carlos decidió casarse, pensó que lo mejor que podía hacer era irse a vivir a la población, ocupando una de las dos viviendas que tenía vacías en el barrio de las Puertas Coloradas y que su hijo y su esposa se quedaran a vivir en la casa de Daimés, puesto que ellos tenían que continuar cultivando las cuarenta tahullas de tierra que había a su alrededor. En esta casa de campo, había espacio suficiente para vivir los cuatro, pero pensó, (de acuerdo con su esposa), que el nuevo matrimonio, debería vivir solo, sin la menor interferencia de sus padres.

Así es que, unos meses antes de la fecha del casamiento del hijo, buscaron al mismo ebanista que le hizo los muebles a la hija y que le estaba haciendo los del hijo y les trasladó del campo a la población los muebles que precisaban para acomodarse él y su esposa, instalándose en aquella vivienda que aún estaba sin estrenar, a pesar de que habían trascurrido ya varios años desde que fue construida.

Los primeros días después del cambio de residencia, se encontraban un tanto extraños en la población, donde conocían y se relacionaban con muy poca gente, pero poco a poco, se fueron acostumbrando. No obstante, casi todas las tardes, cogían el «600», (que se quedó él, puesto que el hijo, cuando se casó, se compró otro coche nuevo), y se iban al campo, unas veces a casa del hijo y otras a casa de la hija, pues sentían cierta nostalgia del ambiente en que habían vivido siempre. Además, como tanto Carlos como su esposa, aún estaban en buenas condiciones físicas para desarrollar determinados trabajos, ayudaban a sus hijos en todo lo que podían en las labores del campo, que era lo que habían hecho siempre.

Cuando Carlos Tarí y su esposa se fueron a vivir a la población, podían mantenerse por sus propios medios, sin la ayuda de sus hijos, pues con la pensión que tenía de la Seguridad Social, lo que cobraba del local de Elche, (que lo había alquilado a un carpintero, que instaló allí su taller), y con los intereses que cobraba de un dinero que tenía a plazo fijo en la Cooperativa del Campo de Elche y en el Banco de Vizcaya, tenían suficiente para poder vivir con un cierto desahogo, sin ayuda de nadie. De esta manera, sus hijos, que

cultivaban por su cuenta y riesgo, las fincas familiares, no tenían que preocuparse para nada del mantenimiento de sus padres y todos los beneficios que adquirían de las mismas, iban, íntegramente, al mantenimiento de sus propias familias, sin ninguna otra servidumbre.

El hijo de Carlos Tarí, de acuerdo con su novia, que también vivía en la pedanía de Daimés, quisieron casarse en la Ermita de la Hoya, ya que no les apetecía casarse en una Iglesia de Elche, como hizo su hermana unos años antes. Les casó, en la Ermita de la Hoya, el mismo sacerdote que venía todos los domingos y días festivos, por la mañana, a oficiar la misa, y este casamiento fue una ceremonia muy sencilla, con una Ermita completamente llena de familiares y amigos, que quisieron estar presentes y acompañarles en aquel acto tan entrañable.

Tampoco quisieron salir a ninguna parte en viaje de novios, y dos días después de la boda, la pareja de recién casados, reanudaron su vida normal, como si nada hubiera ocurrido. Cuando se casaron, el hijo de Carlos Tarí, tenía treinta y seis años, y su novia treinta y dos.

Cuando Carlos Tarí se fue a vivir a Elche, le pidió a Luis Chorro y Juan, (que era a la sazón Alcalde de Elche), que le reemplazara en su cargo de pedáneo de Daimés, pues al no vivir allí, no podía estar en contacto permanente con el vecindario, para atenderles debidamente, en sus demandas y necesidades. El Alcalde reconoció los motivos de Carlos, cuando le planteó esta renuncia y aceptó su petición, nombrando un pedáneo nuevo para sustituirle.

No obstante, Carlos Tarí continuó en contacto diario con las gentes del campo de Elche, desde su vocalía en la Cooperativa del Campo y también en las dependencias de el Progreso, ya que iba casi todas las mañanas al salón donde se hacía la venta del agua y a donde iba muchos amigos y conocidos suyos, y pasaban un rato comentando todas las cuestiones que giraban alrededor de la agricultura que eran las que más conocían y les interesaban.

A principios de los años setenta, dieron comienzo las obras del Trasvase Tajo-Segura, siendo Federico Silva Muñoz, Ministro de Obras Públicas del Gobierno de Franco. Lo de trasvasar aguas a las provincias de Alicante y Murcia, procedentes de otros ríos más o menos alejados, era una idea que se venía contemplando desde ha-

cia ya muchos años, pero nunca se había realizado, por una u otra causa. Primero, este Trasvase tenia que hacerse desde el Júcar; después desde las Lagunas de Ruidera, y por último, desde la cabecera del Tajo. Y por fin, después de pasar muchos años y de varios proyectos que no se materializaron, se dio luz verde a lo del Trasvase Tajo -Segura, que traería aguas de buena calidad a todas estas comarcas costeras, no solo para regadíos, si no también para reforzar el abastecimiento de muchas poblaciones que ya estaban iniciando un acelerado desarrollo turístico, en lo que después se bautizó con el nombre de la Costa Blanca.

Por aquellos años Hidroeléctrica Española, era ya la dueña de todas las instalaciones y cauces de riego que antes pertenecieron a la Real Compañía de Riegos de Levante y la Comunidad del mismo nombre que se creó en el año 1.942, y que se encargaba de la venta y distribución de estas aguas, estaba atravesando por una situación muy conflictiva, hasta tal punto, que sus Asambleas Generales, se convertían en espectáculos bochornosos, ya que los comuneros estaban divididos en varios bandos, unos a favor y otros en contra de los Órganos de Gobierno de la Comunidad. Así las cosas, el IRIDA (Instituto de Reforma y Desarrollo Agrario), puso en conocimiento de los Rectores de la Comunidad de Riegos de Levante, que lo más conveniente para la Administración, y también para los comuneros, sería que la Comunidad rescatara, anticipadamente, todas las instalaciones y canales de la «Compañía». De esta manera por esos cauces, al ser de la Comunidad, ya se podían distribuir las aguas trasvasadas, cuando llegase. De lo contrario, la Administración tendría que hacer una red de canales nuevos, con la consiguiente pérdida de tiempo y de dinero, ya que mientras estos cauces fueran de una empresa privada, no podrían ser utilizados para distribuir estas aguas trasvasadas. Además, después del rescate, la Administración concedería substanciosas ayudas y subvenciones, para restaurar los canales y demás instalaciones, que estaban bastante deterioradas después de cincuenta años de uso.

Respecto a la conveniencia de rescatar o no, los comuneros estaban divididos, unos a favor y otros en contra del mismo, y cada bando, aportaba sus razones, para respaldar sus propios criterios. Y para salir de dudas, en esta cuestión tan trascendental, se decidió,

con buen criterio, dilucidar la cuestión en una Asamblea General Extraordinaria, sometiéndolo a votación, aunque la corriente mayoritaria, era favorable al rescate. Tanto era esto así, que en la Asamblea General del 8 de Octubre de 1.972, después de pronunciarse favorablemente al rescate anticipado, se formó una Comisión compuesta de cuarenta y seis comuneros (dos por cada sección de riego), para que ratificasen este rescate, y en las condiciones que tenía que llevarse a cabo o que, en su caso, lo rechazase. Uno de los componentes de esta Comisión, era Carlos Tarí, que fue propuesto por los comuneros de la zona de Daimés. En la primera reunión que celebró esta Comisión, fue elegido Presidente de la misma, D. Carmelo Serrano Sánchez y Vicepresidente D. Vicente Martínez Irles. Unos meses después, al morir el Sr. Serrano en un accidente de tráfico, pasó a presidir la Comisión el Sr. Martínez Irles, que estuvo al frente de la misma hasta que finalizó su trabajo, que duró más de un año de frecuentes reuniones cada semana. Una vez finalizado el trabajo encomendado por la Asamblea General del año setenta y dos, la Comisión elaboró un informe favorable al rescate anticipado, con un sólo voto en contra y una abstención. Este informe favorable al rescate, por parte de la Comisión, se presentó a una nueva Asamblea General de fecha 11 de Noviembre de 1.973.

En esta misma Asamblea fue elegido Presidente de la Comunidad, el General D. Antonio Maciá Serrano y Vicepresidente D. Vicente Más Martínez.

A la vista del informe favorable al rescate anticipado, la Comunidad inició las negociaciones formales con Hidroeléctrica Española, que era la dueña de estas instalaciones, como dijimos antes, encaminadas a formalizar este rescate anticipado.

Estas negociaciones, fueron muy difíciles y se alargaron en el tiempo, ya que la escritura de este rescate se firmó en Madrid el día 10 de Diciembre de 1.976, por un importe de setenta millones de pesetas, pagaderas en ocho plazos anuales. Por parte de la Comunidad, firmó esta escritura D. Emigdio Tormo Ródenas, en calidad de Presidente del Sindicato de Riegos.

En los primeros momentos después del rescate, la mayor parte de los comuneros, no calibraron, en todo su valor y trascendencia, la decisión que habían tomado, ya que a partir de esos instantes, la

Comunidad, (que era el conjunto de todos los comuneros), asumió una gran responsabilidad, al tener que gestionar y administrar todo el patrimonio que había pasado a su poder, fijar los precios del agua, para que no hubiera déficit y hacerse cargo de unas instalaciones defectuosas y de una numerosa plantilla de empleados que había, la mayor parte de ella, compuesta de personas mayores. Pero el rescate, para bien o para mal, se llevó a cabo y eso ya no tenía vuelta de hoja.

Uno de los fallos que tuvo la Comisión de los 46, fue el acuerdo que adoptaron de que el importe de los setenta millones de pesetas, que costó el rescate se aplicase al precio del agua y no que se pagase mediante una derrama impuesta a las tierras que tenían derecho a riego, como hubiera sido lo más justo. Pero se acordó así, y así se llevó a cabo.

Después del rescate, las discrepancias entre los comuneros, continuaron incrementándose, y las Asambleas que se celebraban, resultaban un tanto tormentosas, a medida que el déficit de la Comunidad se iba incrementando de año en año.

Alrededor de la fecha en que se formalizó el rescate, llegaron las primeras aguas trasvasadas del Tajo, en plan de prueba, marcando un hito histórico en la agricultura del sur de la provincia de Alicante en general, y de la ilicitana, en particular, ya que a partir de esos momentos, se podía disponer de más recursos hídricos, para regar estos campos, y además, con agua de buena calidad. También se beneficiaron de estas aguas, los campos de Cartagena y del oeste de la provincia de Murcia.

Las primeras aguas trasvasadas que se distribuyeron en la pedanía de Daimés, en el año 1.979, se regaron en las tierras de Carlos Tarí.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Otros libros del autor

1.- Impresiones y recuerdos de Canarias.
2.- El campo, entre la marginación y la esperanza.
3.- Cantos de amor y esperanza. (Poesía)
4.- Agrodelx
5.- ¡Salvemos los palmerales de Elche!
6.- S'ha perdut una cultura del camp d'Elx.
7.- La agricultura ilicitana de ayer a hoy.
8.- El futuro del campo de Elche.
9.- El paso de los días (Poesía)
10.- Tierras, pueblos y paisajes.
11.- La vida que pasa. (Poesía)
12.- Sociedades agrarias ilicitanas del último siglo. (1886-1986)
13.- Poemas a la Dama del Alba. (Poesía)
14.- Los palmerales de Elche, desde sus orígenes.
15.- De Estambul a Moscú.
16.- Del tiempo y de la vida. (Poesía)
17.- Viajar, ver y escribir.
18.- Memorias de mi tiempo.
19.- Juan Algorós.
20.- Pinceladas. (Poesía)
21.- El placer de viajar.
22.- La poesía de las ciudades. (Poesía)
23.- El camp d'Elx. Historia i tradició.
24.- Las Islas Canarias, vistas por un peninsular.
25.- Historias del campo de Elche.
26.- Por los caminos de Europa.
27.- Viajes y Congresos.
28.- Pascual Campos.
29.- Del jardín de mis tardes.
30.- El mundo visto a los ochenta años.
31.- Nuevas historias del campo de Elche
32.- Viajar en el recuerdo
33.- De domingo en domingo
34.- Mirando hacia atrás, sin ira
35.- Les pedanies del Camp d'Elx
36.- 1997. El año del Bimilenario de Elche

MUSEO ESCOLAR

Este libro se acabó de imprimir en los
talleres de Pascual Segarra el
día 5 de Febrero de 1999
festividad de
Santa Águeda

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR